

EDUCACION Y CLASES SOCIALES

Segunda edición, revisada y completada con las notas originales

ELOY TERRÓN ABAD

**Edición a cargo de
Rafael Jerez Mir**

MADRID, BIBLIOTECA VIRTUAL ELOY TERRÓN, JUNIO 2019

INDICE

BREVE APUNTE INTRODUCTORIO	3
PRÓLOGO	4
I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	13
A. Antecedentes y formación de la familia campesina española	15
B. La familia campesina española	19
C. La familia en la moderna sociedad industrial.....	22
D. Motivaciones para tener hijos	27
E. Los hijos; crecimiento y educación	34
F. La autoridad de los padres y la autodisciplina del niño	40
II. EDUCACIÓN Y CLASES SOCIALES	49
A. La educación familiar en la sociedad agrícola tradicional.....	49
B. La educación y la clase alta española	55
C. Educación y clase media	58
D. Educación y pequeña burguesía.....	62
III. LA EDUCACIÓN Y LA CLASE OBRERA.....	70

BREVE APUNTE INTRODUCTORIO

La primera parte de este ensayo sociológico, que tuvo su origen en una conferencia impartida en Villafranca del Bierzo (León) en agosto de 1978, se incluyó en esta Biblioteca Virtual en 2011 con el título *Familia y educación en la moderna sociedad industrial*, como un texto independiente. Tras localizar las partes segunda y tercera, se publicó en 2012 el libro *Educación y Clases sociales*, a falta de las notas originales. Y, tras la recuperación de éstas en marzo de 2018, se incluyen en esta segunda edición para poner el texto completo a disposición del lector.

Se ha revisado la primera edición teniendo a la vista la versión del mecanoscrito con las correcciones del autor; se ha conservado el prólogo y se ha suprimido el apéndice; y se han intercalado entre sus notas a pie de página las notas inéditas.

En cuanto a éstas, en las cinco últimas, más o menos extensas, se abordan algunos temas relevantes. Concretamente: la necesidad de la colaboración entre padres y profesores para hacer frente a la influencia sobre la infancia y la juventud del imperio de la publicidad comercial y la industria de la subcultura en general; el conflicto generacional entre la moral de la miseria de los mayores y la moral de las gratificaciones de los jóvenes, como el rasgo más característico de la familia de la época de la transición a la sociedad de consumo; las limitaciones de la pequeña burguesía como clase social objetiva pero no subjetiva, en el marco temático de la relación entre clase social y relaciones sociales; el supuesto derecho de los padres a elegir el tipo de educación de sus hijos como su derecho a coartar y restringir la libertad de los mismos imponiéndoles un adoctrinamiento ideológico; y, en fin, las consecuencias negativas del abuso de la información por la industria de la subcultura para una educación rigurosa y equilibrada de la infancia y la juventud. El resto, hasta un total de catorce, son notas breves y de importancia desigual: desde meras puntualizaciones temáticas a observaciones teóricas sumarias sobre algunas otras cuestiones cruciales, como la naturaleza del hombre como un animal singular, la trascendencia de la configuración cultural del afecto nuclear o primario en relación con la psicología del niño, o, en fin, la importancia socio-histórica de la sustitución de la esclavitud por la servidumbre como estímulo para el progreso de las masas.

Madrid, 3 de junio de 2019

PRÓLOGO

Educación y Clases Sociales es el título de un librito de Eloy Terrón, que data probablemente de 1978¹ y cuyo original no obra en su archivo personal.² Una época, por cierto, en la que casi le absorbía por completo la reflexión sistemática sobre la problemática educativa, como decano del Colegio de Doctores y Licenciados en Filosofía y Letras y en Ciencias del Distrito Universitario de Madrid y Presidente del Consejo General de Colegios.³

El libro se abre con el *Planteamiento del problema*, a modo de marco antropológico y sociológico introductorio, para poner el acento en la desatención científica y en la importancia teórica y práctica del análisis de la familia europeo-occidental, las motivaciones de la paternidad y la educación de los hijos. Supuesto esto, se sienta ante todo la tesis de la reproducción de la fuerza de trabajo como función principal de la familia en las sociedades históricas, para abordar a continuación algunas cuestiones fundamentales. A saber: antecedentes y formación de la familia campesina española; la familia campesina española; la familia en la moderna sociedad industrial; motivaciones para tener hijos; crecimiento y educación de los hijos; y la autoridad de los padres y la autodisciplina del niño.

Por de pronto, el estudio de los “antecedentes y formación de la familia campesina española” concluye con otras dos tesis básicas: la importancia clave de la familia servil como solución al problema de la fuerza de trabajo en las sociedades esclavistas, valiéndose de la trampa del sexo; y el origen de la vieja familia campesina española del pequeño labrador entregado al cultivo para el autoconsumo, como heredera directa de la familia servil medieval.

Sigue luego un análisis de “la familia campesina española” con el que se resaltan sus rasgos fundamentales: despotismo patriarcal (impuesto por las condiciones de la vida familiar); miseria de la vivienda; práctica inexistencia de la división del trabajo; matrimonio, como alianza contra el hambre y la miseria extrema; y educación de los hijos en la dura escuela del trabajo, junto a los adultos.

¹ Hay tres mecano-escritos parciales: uno, con el índice del libro (véase Apéndice I); y otros dos, correspondientes a las partes primera y segunda. La paginación del primero coincide con la de los segundos, pero ninguno de los tres está fechado. No obstante hay algunos datos al respecto: dos guiones con el título «Familia y educación en la sociedad industrial», de mayo y julio de 1976 (Apéndices III y IV); otro, que parece previo, al estar su contenido menos elaborado, sobre «La educación en la sociedad industrial»; una conferencia en Villafranca del Bierzo, en agosto de 1977, sobre la misma temática; y una única referencia bibliográfica de 1978 (el resto son previas) en el texto correspondiente a la tercera parte, impreso como artículo («Familia y educación en un contexto de clase obrera») en el *reader* del Simposio Internacional sobre «Marxismo y Sociología de la Educación», de diciembre de 1983, editado por Fernández Enguita en 1986. De modo que el libro debió estar listo, como mucho, en 1978.

² En dicho archivo sólo se conserva el índice general. La primera parte se incluyó en 2011 en esta Biblioteca Eloy Terrón con el título «Familia y educación en la moderna sociedad industrial», al entender entonces que se trataba de un texto independiente y completo; y la segunda aparece ahora por primera vez, gracias al profesor Mariano Fernández Enguita, que ha localizado el manuscrito completo entre sus papeles. Pero, tanto en un caso como en el otro, se han perdido las notas originales.

³³ Sobre esto último puede consultarse el libro *Escritos de sociología del sistema educativo español, de Eloy Terrón*, publicado en esta misma Biblioteca Eloy Terrón, y la segunda parte de mi introducción al mismo.

Ese panorama cambia por completo con “la familia en la moderna sociedad industrial”, en virtud de los cambios que acarrea el desarrollo capitalista industrial y la pérdida por la familia de su condición de unidad de producción: del pago de tributos y la crianza de soldados para el rey, como función genuina de la familia campesina, al suministro de mano de obra asalariada por la familia en la moderna sociedad industrial; del matrimonio como alianza contra el hambre, a las relaciones prematrimoniales, la libre elección del cónyuge y la posibilidad del amor; de la familia extensa a su reducción al matrimonio y los hijos; y de la autoridad del marido a la autoridad de la mujer, trabaje ésta o no también fuera de casa.

Ahora bien, en la moderna sociedad industrial desaparecen, como “motivaciones para tener hijos”, tanto la fatalidad de las “argucias metafísicas de la especie”, como las supuestas motivaciones seculares (en beneficio por cierto de terceros) o irracionales y mágicas. Y esto, mientras, por el contrario, el amor en la pareja por la libre decisión de tener hijos se despliega y se refuerza.

Eso viene a enlazar con el tratamiento de la siguiente cuestión –“los hijos: crecimiento y educación”–, que se plantea con idéntica óptica. La finalidad genuina de la familia es el amor; y el resultado de éste, el tener hijos, para vivir la vida de éstos y la del cónyuge como ampliación de la propia. Hoy nadie está obligado a tener hijos, por lo que sólo tendrían que tenerlos aquellas parejas con gran capacidad de generosidad, entrega, abnegación y amor. Por lo demás, al niño hay que tratarlo como un aprendiz de hombre, valiéndose sobre todo del amor como aliento del núcleo afectivo primario de la personalidad, pero con la palabra, el trato de las personas y la familiaridad con las cosas como complemento imprescindible.

Por lo demás, esta primera parte del libro se completa y culmina con la reflexión sobre “la autoridad de los padres y la disciplina del niño”, todavía tan de actualidad. En las sociedades históricas los hombres han educado siempre a los niños inculcándoles los conocimientos necesarios para poder insertarse como adultos en la producción; y hoy hay que obviar en la educación de los niños tanto el autoritarismo como el *libertarianismo*, habida cuenta de la sociedad en la que van a vivir, porque en la sociedad industrial capitalista todo conspira contra la autoridad de los padres.

Las normas y los propósitos sociales, que son siempre la guía ineludible de la conducta humana, no pueden interiorizarse sin la autoridad de los padres. Ésta es, pues, esencial para el buen desarrollo y la autodisciplina del niño. Pero, en una educación genuina, la autoridad de los padres tiene que ser equilibrada y racional e ir siempre acompañada del amor.

«En alguna parte y hace años he leído -concluye Terrón- que *la educación es amor y disciplina*, y, aunque no recuerdo bien quién era el autor de esa sentencia, no la he olvidado, porque es muy justa y verdadera: educación equivale a amor y disciplina, al amor severo del que se habló hace años. Ese aforismo –“la educación es amor y disciplina”– es la síntesis más valiosa y la guía más segura y correcta de la educación que debe practicar la familia en la sociedad industrial capitalista. Puede ser también el lema de nuestras familias, que están adquiriendo todos los caracteres de las familias urbanas industriales.»

Una vez trazado este marco introductorio general, el análisis pasa a centrarse en la cuestión central: *Educación y clases sociales*. Y, con ese fin, se abordan de modo sucesivo la educación familiar en la sociedad agrícola tradicional, la educación y la clase alta española, educación y clase media, y educación y pequeña burguesía (todo ello en la segunda parte del libro), y la educación y la clase obrera (en la tercera y última).

La reflexión sobre la “educación familiar en la sociedad agrícola tradicional” se abre con un inciso temático importante, con tres aspectos relevantes: la importancia real de la misma, como educación de la mayoría; las razones de su desatención sistemática por los historiadores de la educación; y su significación para entender el proceso educativo y de cara al futuro.

«La atención prestada a la educación de los niños campesinos puede parecer reiterativa. Pero esa insistencia no tendría que sorprendernos: la inmensa población de nuestro país era campesina, y hasta ahora, que yo sepa, se ha escrito muy poco o nada sobre ese importante tema. Éste no tiene cabida en las historias de la educación, precisamente porque la educación de los campesinos no requería libros ni teorías; y, como los historiadores de la educación –por inclinación natural y de clase– sólo atienden a los hechos que encuentran recogidos por escrito, es justo que se ocupen únicamente de la formación de la minoría que recibía una formación literaria (esto es, basada en libros). Ahora bien, ocuparse de la educación de la mayoría parece conveniente para entender mejor el propio proceso educativo, y para extraer de ella toda experiencia útil para planificar mejor la educación del futuro.»

En la sociedad agrícola tradicional española lo más llamativo es el marcado contraste entre la educación del campesino del Norte y la del campesino del Sur, como claves respectivas de su diferente psicología típica.

El campesino del Norte –que vive por cierto en regiones de población dispersa– se educa en exclusiva en la familia (sobre todo, mediante la imitación) y en un medio sociocultural general que se distingue por el aislamiento, la pobreza informativa y una tecnología rudimentaria. Y, por eso, su resistencia a relacionarse con los demás, su timidez y su rudeza; y, también, su dificultad para el pensamiento abstracto, la pobreza y rigidez de sus ideas –con el subjetivismo consiguiente–, y su preferencia por la acción.

En cambio, el campesino de las grandes agrovillas del Sur –aparte de disponer de mejores servicios– se educa en la familia y en la calle, con las ventajas de la convivencia intensa y el contraste de pareceres en esta última; esto es, en un medio sociocultural que se caracteriza por la intensidad de las relaciones sociales, como cauces de la información y del diálogo, el apoyo mutuo y la riqueza de la información. Y, de ahí, la sociabilidad, la seguridad, la capacidad de resistencia frente al miedo y la opresión, la comprensión de la realidad, y el mayor desarrollo de la personalidad y la libertad característicos de su psicología típica.

Bajo el siguiente epígrafe –“la educación y la clase alta española”– se abordan, de hecho, dos cuestiones distintas: la educación de la aristocracia –como “la clase que da el tono”– y el estereotipo de la familia agraria española.

Lo más singular de la educación de los hijos de la clase alta española –dejando a un lado sus licencias y extravagancias, siempre originales para los obligados a admirarla– es el complejo “niño educado por criados” dentro de la familia.

«Las familias aristocráticas, por poco más que la comida, contaban con amas de leche, niñeras, institutrices (extranjeras) y con dómines, maestros de canto, de baile, de etiqueta y de esgrima, como profesores particulares, y todos ellos ejercían sus funciones dentro de la mansión familiar y se les pagaba por hacerlo. Pero esta educación familiar no tenía nada que ver con la de la familia campesina: sus ejecutantes eran verdaderos criados, y el “complejo de niño educado por criados”, su rasgo principal. Claro que los niños aristócratas pasaban por muchas manos, de modo que unos “maestros” neutralizaban a otros, con el resultado final de un estereotipo humano inconfundible.»

El estereotipo de la familia agraria patriarcal –autoritaria, y hasta tiránica– y religiosa, que educa a los hijos en la familia como buenos cristianos y patriotas, fue difundido por los novelistas costumbristas del siglo XIX, pero tiene poco que ver con la realidad. Su origen parece estar en la idealización de la familia de los hidalgos cortos de la orla periférica cantábrica –corroída, de hecho, por el mayorazgo– por parte de la clase media y de la pequeña burguesía. Porque, en realidad, más que a los hidalgos cortos –de escasas rentas y siempre envarados frente al común de las gentes–, ese tipo de familia sería el propio sobre todo de los campesinos acomodados.

El tratamiento de la “educación y clase media” incluye también dos asuntos distintos, aunque interrelacionados: la creación del arquetipo de la clase alta como clase dominante e influyente por la clase media propiamente tal (altos funcionarios y profesionales de las categorías más exclusivas); y la educación típica de esta última.

Para la clase media así entendida lo más importante de todo es la reproducción del propio estatus privilegiado en la jerarquía del poder y de la posición social; esto es, de su bienestar y su rango, en razón de su monopolio de los “empleos de clase media”. Eso explica su entrega a la clase alta. De ahí su sentido del orden, su disciplina funcional, su conformismo y su autoritarismo, reforzados por el miedo a perder la propia posición social, puesto que no controla sus condiciones de vida de modo directo. Y por eso también su “saber hacer” rutinario (a costa de la desatención del saber real y de la búsqueda del conocimiento por el conocimiento) y su tendencia general a mantenerse en un nivel medio, sin dejarse atraer por el vértigo de la profundidad.

Como es lógico, la clase media educa a sus hijos en esas mismas “sabiduría prudente” y *áurea mediocritas*. Esto es: en los modales y la distinción, como barrera social; y como profesionales del conocimiento entendido como “saber hacer”, valiéndose de las ventajas del ambiente culto de la familia y del espíritu de cuerpo de la clase. De ahí que lleve a sus vástagos, como internos o mediopensionistas, a colegios privados y caros, donde lo de verdad son las actividades paradocentes y el “estilo de vida” en general.

«Las familias de la clase media dedican grandes esfuerzos a la educación de los hijos como condición de su bienestar y de la conservación del rango social. Pero, aunque por otras razones, les sucede lo mismo que a las familias de la clase alta. Los padres no tienen tiempo para educar a los niños (de hecho, ni siquiera pueden, sobre todo el padre). Como no disponen de recursos para llevar a cabo la formación en el hogar, los

envían como internos o medio—pensionistas a colegios privados de cierto prestigio. Les obsesiona que los chicos no se mezclen con los de las clases bajas, y por eso eligen colegios caros, aun cuando estén protestando continuamente por los precios.»

Ahora bien, a partir del siglo XVIII, esa misma clase media, reforzada por la burguesía industrial naciente, impulsa también el arquetipo de la clase alta como clase dominante eficaz e influyente. Eso la lleva a la crítica sistemática de la misma para su corrección y mejora en el dominio intelectual y en el saber hacer. Y, en ese sentido, el más significativo fue el esfuerzo de Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza, porque, pese a su fracaso con la clase alta, formaron una clase media preindustrial avanzada, capaz de frenar en su momento a la clase media feudal tardía.

La consideración de la cuestión que completa esta segunda parte —“educación y pequeña burguesía”— se inicia resaltando la participación mayoritaria de la fracción agraria de dicha categoría social: labradores arrendatarios o aparceros de las huertas de la orla mediterránea que cultivan para la exportación: campesinos medios del área del trigo, el aceite y el vino; y campesinos ganaderos productores de carne y de leche para las centrales lecheras.

Como rasgos comunes de la clase destacan la propiedad de los medios de producción y la posibilidad de transmitirlos a los hijos (salvo en el caso de los aparceros) y el empleo de mano obra familiar, por una parte, y la dependencia del mercado, por otra. Esas condiciones de vida explican la ambigüedad de su psicología típica y la exacerbación de ésta ante el avance del capitalismo: oscilación entre el sentimiento de seguridad en razón de su autonomía relativa y el pesimismo por el miedo a la proletarización; entre el realismo de los hechos y el idealismo más abstracto; entre el compromiso con la clase obrera y el seguidismo de la burguesía; etcétera, etcétera.

Si la remoción capitalista de las raíces de las condiciones de vida de la pequeña burguesía alimenta de continuo su búsqueda obsesiva de la identidad perdida y su desorientación general en todos los dominios (política, ciencia, arte, trabajo y demás), su policromía en el vestir y la extrema diversidad en el semblante y la apariencia y en el comportamiento de sus hijos responde a idénticas causas.

Lo mismo ocurre con la actitud de los hijos de la pequeña burguesía ante los estudios universitarios. Algunos de ellos son buenos estudiantes, sin pensar en la salida profesional ni apreciar el valor del conocimiento; y sólo una minoría aprecia el “saber hacer” que abre las puertas al trabajo en la empresa o el estado. Los hay que buscan en los estudios superiores su promoción social, pese al lastre que supone la carencia familiar de “tradición profesional”, modelos y “proyecto de vida” (ser ingeniero, arquitecto, etc.), la falta relaciones sociales y hasta el desarraigo familiar y de clase (cuando desprecian el trabajo familiar del que sin embargo viven). Muchos optan por las profesiones intelectuales y los empleos medios inferiores. Y otros tienden a integrarse en un grupúsculo radical, y, a veces, mesiánico.

«De hecho, buena parte de los problemas con que se enfrentan hoy las sociedades industriales capitalistas proceden de la gran desorientación de los jóvenes hijos de las familias de la pequeña burguesía y de las dificultades que encuentran para insertarse en la sociedad.»

La parte final del libro, *La educación y la clase obrera*, comienza precisamente con una apreciación similar, aunque ahora aplicada a la educación de los niños en general.

«Ahora bien, el desarrollo industrial que ha tenido lugar en nuestro país –y que es la causa del fuerte crecimiento de la clase obrera– está planteando una serie de problemas realmente graves a la educación de los niños. Y esos problemas exigirán a los padres y a los enseñantes que tienen que enfrentarse a ellos el empleo de toda su capacidad imaginativa para encontrar soluciones».

Hasta los años sesenta del siglo XX, España fue una sociedad básicamente agrícola, con tres o cuatro enclaves industriales importantes, una rígida estratificación social, una incomunicación entre sus clases sociales reforzada por la “revolución” liberal (que llevó al estancamiento de los pequeños labradores de la mitad Norte peninsular y desató el “hambre de tierras” de los jornaleros agrícolas de la mitad Sur) y dos culturas muy distintas: la cultura letrada de la clase media, limitada al campo simbólico y literario, y la cultura oral popular, que abarcaba todos los aspectos de la vida humana.

«En una sociedad así caracterizada existían dos culturas: la cultura simbólica y literaria de la clase media, la única que, realmente, dominaba sus instrumentos (lectura, escritura, cálculo, el diseño, capacidad de abstracción, etc.), y la cultura popular, la cultura transmitida oralmente. Es decir, existía la cultura letrada, acumulada y transmitida por la clase media, de la que participaban también, en cierto grado, los miembros menos conformistas de la clase alta, de la aristocracia (...), y, sólo en los aspectos más operativos e instrumentales (...), la pequeña burguesía y la reducidísima clase obrera urbana. (...). Quienes quedaban fuera del alcance de la cultura literaria no, por eso, carecían de cultura: eran los portadores y sostenedores de la milenaria cultura popular, muy variada y diversa, según las regiones y comarcas de nuestro país (...), [que] conformaba las conciencias y les proporcionaba contenidos».

En esas condiciones, el obrero de los enclaves industriales, en concreto, no tenía el menor interés por la educación de su hijo, que para él era una carga; de modo que el hijo se educaba en la calle hasta que encontraba acomodo en el trabajo no cualificado, desde los doce años, aliviando así de algún modo la economía familiar.

Ahora bien, el dualismo cultural tradicional de la sociedad española desapareció en pocos años, tras el cataclismo final de la Guerra Civil, al convertirse aquélla en una sociedad capitalista industrial, con la mercantilización de la cultura material y la colonización universal de las conciencias por la publicidad industrial y comercial, los medios de comunicación “de masas y para las masas” y la nueva industria de “la cultura” espiritual en general, consiguientes.

«La separación entre cultura popular (que, como es lógico, abarcaba todos los aspectos de la vida humana) y cultura literaria, letrada (que, en realidad, sólo afectaba a la cultura “espiritual”, arte, literatura, ciencia, etc., pero no a la cultura material, base de la sociedad, que lo era la otra) persistió hasta que el desarrollo del capitalismo produjo, como consecuencia, las grandes conmociones emigratorias, el aumento de los ingresos personales y la expansión de los medios de comunicación de masas, en especial, de la televisión. La expansión de este medio de comunicación por todo el país y el desplazamiento de miembros de la familia a las grandes ciudades y zonas industriales, la mayor frecuencia de los viajes a ciudades de mayor población permitieron o facilitaron la difusión de las formas de vida urbana a las zonas rurales».

Con el desarrollo industrial capitalista no sólo se constituye una nueva clase obrera que tiende a aplicar a sus necesidades y en la actividad política lo aprendido en la empresa (racionalidad, orden, cooperación, exactitud, responsabilidad,...). También se impone la “sociedad de consumo”, que plantea toda una serie de problema nuevos en la educación de los niños en general.

Como es sabido, el modo de producción capitalista no se guía por las necesidades sociales y el interés general sino por la lógica de la competencia y la expansión del capital: sustituye a los trabajadores por las máquinas, con la quiebra consiguiente del sentido del trabajo; los disciplina bajo la amenaza del paro y el subempleo; y crea los consumidores de sus mercancías, convirtiendo el consumo en una nueva forma de religión, y la publicidad mercantil e industrial, en su profeta. Con la publicidad se enseña cómo se disfruta de las cosas, cómo se usan los diversos aparatos, cómo se goza de unas vacaciones y hasta cómo se puede adquirir cosas sin pagarlas inmediatamente. Pero la publicidad por sí sola no basta para crear una audiencia. Ésta la atraen los medios de comunicación y la industria de la “cultura”, al equilibrar la publicidad con la información y el entretenimiento e introduciendo contenidos de calidad. Con lo que se garantizan, en definitiva, la realización de la producción y las ganancias del capital.

«Existen esfuerzos prácticos, y también teóricos, dirigidos a quebrantar cualquier resistencia de parte de la gente para ahorrar (hasta disponer de recursos para comprarlas) y, sobre todo, a encariñarse con las cosas, hacerlas durar y no renovarlas (...). Entre los esfuerzos prácticos y los teóricos, lo que se pretende es predisponer a los individuos para que, sin resistencia, consuman lo que se les “eche”, lo que se les indique a través de los medios de comunicación de masas. La publicidad directa e indirecta es el nuevo y poderoso profeta de la nueva forma de religión, en la que el cielo está representado por el consumo; el que se porta bien, trabaja con ahínco y se adapta a las exigencias del negocio, recibe su premio en el consumo satisfactorio; por el contrario, al que infringe la ley (consumir y no pagar, disfrutar sin corresponder con su esfuerzo,...) le espera la policía, el juez y la cárcel. (...). La publicidad (con el consiguiente desarrollo de los medios de comunicación de masas) y la industria de la “cultura” (más bien se debiera decir “subcultura”) constituyen dos rasgos de carácter dominante y –pudiera afirmarse– definidores de la sociedad capitalista, industrial y democrática, hasta el punto de que bien pudiera hablarse de estas sociedades como sociedades informadas, sobre-informadas, casi científicamente deformadas».

En efecto, en esas condiciones, la lógica desaforada de la sociedad de consumo y la lucha sin límite alguno –teórica y práctica– capitalista contra toda moral acaba bloqueando la formación moral de la infancia y la juventud. Además, el predominio abrumador de la “cultura de la imagen” (en la “industria de la cultura”, el *show business* y los medios de persuasión de masas, con la publicidad como industria de industrias) alienta una “sociedad sobreinformada”, dominada en realidad por una información desorganizada e irracional, que constituye el principal reto para los educadores.

«La información que incide sobre cada individuo es excesiva, hasta el punto de que los hombres no pueden interiorizarla, clasificarla, ordenarla, de manera que la información, de ser un elemento insustituible de racionalidad, se convierte en un factor de desorganización y de envejecimiento de los que la reciben, de degradación de las conciencias individuales».

«En las sociedades industriales capitalistas avanzadas este clima ha calado tan profundamente en los jóvenes que ha creado en ellos la impresión de que la sociedad les debe todas las satisfacciones sin esfuerzo ni obligaciones, y que, por lo tanto, todo esfuerzo para educarse, prepararse para insertarse en la actividad productiva social, es opresión, represión, etc. La “espontaneidad” –con razón entre comillas– y la liberación de todo condicionamiento han adquirido tal prestigio y vigencia que los padres de una cooperativa de enseñanza alientan a sus hijos a no tener en cuenta las reglas gramaticales, especialmente las ortográficas, por su carácter represivo de la “espontaneidad” del niño. Cuando se llega a extremos como éste no tiene que extrañar que los jóvenes rechacen abiertamente lo que constituye la clave de toda represión, aquello que anula toda espontaneidad (¿?): el trabajo; que rechacen todo lo que implica esfuerzo, disciplina, dedicación atenta.»

Todo esto, mientras el estado de la educación entra en una crisis crónica por la falta de un análisis riguroso de los factores que desorganizan la conducta de la infancia y la juventud, incluyendo al profesorado, los padres y la administración educativa. Y esto, cuando aquélla resulta imprescindible para todos los agentes educativo, que tendrían que hacer frente a la crisis de la educación de modo activo, dialógico y solidario.

«Es así como hay que concebir la educación en la sociedad industrial capitalista: fundamentalmente hay que tener conciencia clara de que los niños ya no están delante del profesor dispuestos a recibir pasivamente el “maná” de su sabiduría; los niños reciben masas ingentes de información, mucho más atractiva que la proporcionada por el profesor; éste se ve obligado a competir con esos canales de información, por lo que, para imponer la suya, el profesor tiene que usar de toda la experiencia posible y de toda la teoría para traer la atención del alumno; en esto radica el gran problema. ¿Cómo resolverlo?: sólo la experiencia puede proporcionar la respuesta.»

«Los enseñantes no deben olvidar que, frente al atractivo, a la sugestión de la cultura de la imagen, es mínima, realmente rudimentaria, la capacidad para interesar al niño e inclinarlo a aceptar los conocimientos científicos y el método para obtenerlos, el método experimental.»

«Los enseñantes {pero también los padres, la iglesia, los poderes locales, lo mismo que el estado} tienen que saber con bastante aproximación a qué tipo de canales de información están sometidos los niños y los muchachos, porque solamente conociendo la clase de información que reciben pueden adoptar una estrategia para *organizar, depurar y completar* toda esa masa de conocimientos diversos y contradictorios.»

Ciertamente, a la hora de responsabilizarse de la educación, lo ideal es la unión de todos los agentes educativos. Pero, hoy por hoy y mientras no cambien las cosas –dada la influencia de los factores socioculturales que deforman la conducta sobre la inmensa mayoría de los niños, los padres y los profesores– únicamente los profesores de los primeros niveles de la enseñanza tienen algunas posibilidades de contribuir a mejorar la educación de los niños; y, eso, siempre y cuando los padres colaboren con ellos en el proceso educativo y se continúe en el hogar la labor de la escuela.

«Sin la colaboración de los padres es totalmente imposible la educación. (...). Sin la colaboración de los padres los profesores pueden estar realizando un esfuerzo que es contrarrestado en las horas que el niño pasa fuera del colegio. La educación de los niños impone, por lo pronto, la necesidad de coordinar las relaciones e influencia que incidan sobre el niño, tanto en el colegio como en el hogar, sin dar lugar a que advierta

excesivas divergencias. Es muy importante que el niño no note contradicciones entre el hogar y la escuela, porque, aparte de que nada es más perjudicial para su educación que el desorden, podrá justificar sus fracasos en esa diversidad».

«No cabe duda que la participación de los padres en la escuela les forzará a tomar conciencia de los problemas de la educación y a contribuir con su autoridad a mejorar, a racionalizar, la formación de los niños. Esta autoridad de los padres, por pequeña que sea, y que dependerá del afecto que hayan conseguido despertar en sus hijos, constituirá un apoyo valioso para el profesorado y para la eficacia de la enseñanza, en general. En este sentido, los padres aportan lo particular y concreto, los sentimientos, y los profesores, lo general y abstracto, lo intelectual; los dos principios básicos de la educación humana. La cuestión radica en hallar los términos teóricos y morales de esta colaboración entre los padres y los profesores».

Por lo demás,

«la enseñanza de una sociedad democrática industrial y capitalista tiene que desarrollar desde una edad temprana el respeto para el hombre y, por tanto, debiera desenvolver en el niño una gran sensibilidad para todo lo humano, fundamentalmente para el hombre, si bien será difícil desenvolver un gran respeto al hombre sin sentir una gran simpatía y un gran respeto para con todos los seres vivos. En este aspecto —el desenvolvimiento de una afinada sensibilidad para con el hombre— la moral conecta estrechamente con el desarrollo y enseñanza de una concepción racional del mundo (la interiorización individual de la conciencia científica del mundo, elaborada y apoyada en la física, sobre las bases establecidas, hace casi tres cuartos de siglo, por Einstein).»

Madrid, 12 de junio de 2012

I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

«En alguna parte y hace años he leído que *la educación es amor y disciplina*, y, aunque no recuerdo bien quién era el autor de esa sentencia, no la he olvidado, porque es muy justa y verdadera: educación equivale a amor y disciplina, al amor severo del que se habló hace años. Ese aforismo –la educación es amor y disciplina– es la síntesis más valiosa y la guía más segura y correcta de la educación que debe practicar la familia en la sociedad industrial capitalista. Puede ser también el lema de nuestras familias, que están adquiriendo todos los caracteres de las familias urbanas industriales.»

Desatención científica e importancia del análisis de la familia europeo-occidental, las motivaciones de la paternidad y la educación de los hijos

Durante miles de años la familia ha sido la unidad de producción, de reproducción y de consumo del hombre. Pero no se trata de entrar a discutir aquí la composición histórica de la familia, pues el análisis se va a limitar a la familia patriarcal que nos precede, típica de los países del Occidente europeo. Puede darse por supuesto que esta familia estuvo compuesta por un matrimonio principal, los hijos (alguno de ellos, a su vez, casado) y algún pariente colateral. Para lo que se pretende, lo importante es el hecho de que en ese tipo de familia los padres –el matrimonio– producían los alimentos y engendraban, criaban y educaban a los hijos sin control ni ayuda de nadie, bajo su propia responsabilidad. Y, por lo demás, bastará con trazar un esquema muy rápido de la reproducción de la fuerza de trabajo que da continuidad y perduración a la sociedad, en sus tres aspectos de generación, alimentación y educación de la nueva mano de obra.

No se ha reflexionado mucho sobre la reproducción de la fuerza de trabajo y su influencia en la marcha y desarrollo de las sociedades, tanto en el pasado como en el presente. Este importante factor social ha sido meramente confiado a la “trampa del sexo”, a la llamada de la sangre y a otras ficciones similares. Pero – ante los avances del desarrollo económico y tecnológico y sus repercusiones sociales, que prácticamente han acabado con la familia, unidad de producción y de consumo– todo esto está siendo sometido a profunda revisión. A lo que hay que añadir la difusión de los anticonceptivos, que han contribuido de modo decisivo a plantearse la pregunta ¿para qué tener hijos?

Ahora bien, aunque cualquier pareja con una cultura intelectual mediana, e incluso baja, se plantea hoy esa pregunta, no recibe ninguna respuesta racional, científica.

La reproducción de la fuerza de trabajo, función principal de la familia en las sociedades históricas

El hecho real, crudo, es que una pareja sacrifica su bienestar, su libertad, para tener hijos, los cría con trabajos y desvelos y los educa con sacrificios para que, en cuanto puedan valerse por sí mismos –en cuanto puedan integrarse en la actividad productiva–, renueven la fuerza de trabajo de la sociedad en beneficio de ésta en su

conjunto, en general, y del empresariado, en particular. Llegado ese momento, los hijos se casan, y vuelta a empezar. La sociedad carga la reproducción de la fuerza de trabajo sobre algunos de sus miembros –sobre aquellos hombres y mujeres que se casan y que, de modo voluntario o involuntario, se deciden a tener hijos–, mientras que otros individuos –los célibes y los matrimonios que no quieren sacrificarse cargándose de responsabilidades– se benefician de los nuevos candidatos a puestos de trabajo. Y, todo esto, sin olvidar que la población envejece, se jubila y vive unos años del trabajo excedentario de las nuevas generaciones, sin las cuales el colapso social sería fulminante y terrible.

Para comprender bien nuestra situación actual se va a efectuar, en primer lugar, un breve análisis de la realidad de la familia cuya imagen pesa todavía sobre nosotros y determina con creces nuestro comportamiento. Tal análisis se centrará en la familia campesina española, que es la que aún predomina en cierta medida aquí, tras un recorrido sumario a través de nuestros antecedentes históricos un poco más lejanos, sobre todo en el mundo feudal. Tras esto se abordará el papel de la familia en las sociedades industriales actuales: sus relaciones con la producción y el consumo y su función como reproductora de la población y, en especial, de la fuerza de trabajo (esto es, de la cría de los hijos y su educación, que es lo que constituye el propósito concreto de este, por llamarlo de alguna manera, librito). Y finalmente se analizará la actitud de las diferentes clases sociales ante la educación.

A. Antecedentes y formación de la familia campesina española

Como ya se ha dicho, la principal función que las sociedades históricas han atribuido al matrimonio (a la familia) es la reproducción de la especie: de hecho, la reproducción de la fuerza de trabajo para la sociedad.

Como es sabido, los regímenes esclavistas fracasaron porque la fuerza fundamental de trabajo solo se podía conseguir por dos caminos: las guerras de conquista o de pillaje y la compra de adultos a los estados o tribus extranjeros. En ambos casos el abastecimiento de mano de obra era irregular y no controlable; y en los dos casos costaba oro y sangre (o tan solo oro) al país comprador. Los ensayos de “recreía” interna de esclavos fracasaron siempre, en la antigüedad lo mismo que en los Estados Unidos de América de los siglos XVIII y XIX. Ese método, de “recreía”, era muy costoso, por lo que resultaba más rentable “cazar” esclavos que estuvieran ya criados por su familia o por su propio grupo social.

La familia servil, solución al problema de la reproducción de la fuerza de trabajo en las sociedades esclavistas, valiéndose de la “trampa del sexo”

La incapacidad del Imperio Romano para obtener esclavos por conquista y la falta de oro para conseguirlos por compra fue el principal factor de su decadencia. Sin embargo, aunque de modo tardío y tímido, logró descubrir la solución al problema. A saber: la servidumbre (que se convertiría por cierto en el fundamento de un nuevo orden social: el feudalismo). Los dueños de esclavos comprobaron que, para resolver el problema de reproducir la fuerza de trabajo, bastaba con hacer algunas concesiones insignificantes a los esclavos: concederles una parcela de tierra, algún ganado, aperos y otros utensilios, autorizándoles a construir una choza; permitirles tomar una esposa y formar familia; y dejarles unas horas para trabajar su parcela y mantenerse con el producto de ésta, tanto ellos como su familia.⁴

Este pequeño e insignificante cambio en las condiciones de vida y de trabajo del antiguo esclavo fue suficiente para que se formara una familia que tomó sobre sí la pesada carga de reproducir la especie, incluida, por tanto, la fuerza de trabajo que necesitaba la clase dominante. Fue un extraordinario descubrimiento, pues a partir de entonces la sociedad dispuso de fuerza de trabajo abundante a muy bajo coste. Ya no hizo falta llevar a cabo sangrientas y destructoras guerras exteriores para conseguir mano de obra “gratis” o desembolsar oro o plata en los mercados de esclavos, puesto que se había descubierto un maravilloso filón de oro (aunque por entonces se ignorase aún “que, entre todos los capitales preciosos, el más valioso es el hombre”). A saber:

⁴ Estas pequeñas concesiones tuvieron consecuencias extraordinarias. La primera fue que el amo ya no tuvo que mantener al esclavo; y la más importante, que éste dejó de ser un animal de trabajo que se rebelaba constantemente contra sus condiciones de trabajo y de vida maltratando a los animales y destrozando los aparejos y herramientas, como muy bien señala Columela en su *Agricultura*. El ex esclavo transformado en siervo adopta una nueva actitud frente al trabajo, porque una parte de su tiempo lo dedica a trabajar para sí y para los suyos, y en este trabajo pone la experiencia e iniciativa ganadas. Surge, pues, un nuevo y rudimentario estímulo de progreso a nivel de las masas trabajadoras.

cargar sobre las espaldas (sobre los músculos) de la fuerza de trabajo su propia reproducción valiéndose de la “trampa del sexo”, mecanismo que aún sigue en vigor.

Esta fórmula tan sencilla –dotar a cada esclavo de una parcela de tierra, una choza, ganado, etc., y autorizarle a *casarse* y a formar familia– abrió nuevas y extraordinarias perspectivas a la producción agrícola, impensables en el régimen de esclavitud. Pues no sólo quedó asegurada la reproducción de la fuerza de trabajo, sino que hizo posible también el aprovechamiento (excesivo) del trabajo de las mujeres y de los niños. Quizás no fuera frecuente que la mujer y los niños del siervo trabajaran de forma directa en el cultivo de las tierras llevadas por el señor, aunque es posible que ese tipo de prestación se diera en los días de más agobio de la recogida de las cosechas. Pero lo que puede asegurarse es que el trabajo de la mujer y de los niños del siervo dejó a éste más libre y mejor dispuesto para entregar su esfuerzo en beneficio del señor.

Por lo demás, esas condiciones iniciales cambiarían pronto con el paso de la prestación directa del trabajo en las tierras del señor a la participación de éste en los frutos de la tierra cultivada por el siervo. Con ese cambio, los señores se beneficiaron en gran medida del trabajo de todos los miembros de la familia del siervo, incluidos los niños, pues, en las nuevas condiciones, los esfuerzos de toda la familia se encaminaron a conseguir la mayor producción posible, al coste que fuera y aun cuando ello significase que el señor se llevara la mayor parte de la misma, en forma de tributo oneroso. El siervo y su familia necesitaban alimentos y, para lograrlos, no regateaban esfuerzos ni sacrificios. En cuanto al señor, y por lo mismo, también a él le interesaba el aumento de la familia del siervo, puesto que el número de sus componentes constituía parte importante de su poder y riqueza.

El aprovechamiento del trabajo de la mujer y de los muchachos en bien del abastecimiento de alimentos para la familia y, sobre todo, en beneficio de la economía de los señores abrió unas perspectivas para el desarrollo de la población asombrosas. Es verdad que cada hijo significaba más trabajo, puesto que había que alimentar una boca más, pero, al cabo de pocos años, también suponía disponer de más brazos para el trabajo de cultivar la tierra para la familia y (por más doloroso que esto les fuera) para el señor.

Tratándose precisamente de estas tierras (las de la España de pequeños campesinos), no es preciso insistir en aclarar cómo los campesinos pobres –pues no otra cosa eran los siervos– utilizaban el trabajo de los niños a partir de los 5 o 6 años de vida en la realización de diversas tareas ligeras; y tampoco va a resaltarse aquí el enorme significado de este hecho para la educación de los niños y el cómo los condicionaba para la edad adulta.

Este brevísimo resumen del origen y expansión de la familia sierva –que resolvió los problemas que el régimen esclavista había sido incapaz de superar– pone de relieve, tanto el carácter determinante de la forma de la producción y de la posesión de los medios de producción (que en esta etapa del desarrollo humano eran ante todo la tierra más el ganado y los aperos de labranza), como sobre todo una cierta libertad para el hombre de disponer de sí mismo.

El esclavo comenzaba por no disponer de sí mismo: todos sus esfuerzos pertenecían al amo que lo había comprado (como hoy se compra una vaca o un

caballo); y, por lo mismo, no podía ni quería formar familia, ya que sus hijos serían esclavos como él. Frente a esa condición del esclavo, el siervo “dispone” de una parcela de tierra, una choza, ganados, aperos y sobre todo de un cierto margen de libertad; de modo que ya podía constituir una familia y trabajar su parcela para alimentarse él y alimentar a su familia. Aunque también pagaba un alto precio por ese margen de libertad y por el derecho a reproducirse y a cultivar para sí la parcela de tierra: la entrega de la casi totalidad de su trabajo al señor de la tierra. El siervo pagaba la renta de la parcela que cultivaba para sí en trabajo —en días de trabajo—, con su ganado y aperos en las tierras cultivadas de forma directa por el señor. Pero, aunque su condición parezca tan precaria y tan mísera, porque en realidad lo era en grado sumo, también significó un avance enorme sobre la esclavitud: el siervo podía acostarse con su mujer, tener hijos, pasar juntos muchas calamidades y miserias y sentir el calor humano, puesto que hombre y mujer, padres e hijos, podían amarse.

Las condiciones de existencia de los siervos mejoraron cuando los señores les entregaron todas las tierras con la condición de que tenían que pagarles como renta una porción de las cosechas, fijada por los propios señores. En algunas comarcas esa porción ascendía hasta las siete u ocho décimas partes, pero, pese a ello, las nuevas condiciones significaron un progreso enorme para los siervos, ya que con ellas podían disponer de más alimentos y, sobre todo, de más libertad personal, aunque no pudieran abandonar la tierra: además, ¿a dónde ir, si en ella, en la tierra que les había sido concedida, tenían alguna libertad?

En adelante todas las luchas de los siervos estuvieron dirigidas a reducir la porción de la participación del señor en las cosechas que el siervo tenía que entregar por el usufructo de la tierra (esto es, por el derecho a cultivarla). En esas luchas, que duraron siglos —bastantes siglos— los siervos experimentaron muchos avances y retrocesos, pero fueron conquistando lenta y firmemente los derechos más elementales del hombre hasta acabar pagando un censo o foro (como se recordará todavía en algunas comarcas españolas), como el último vestigio del régimen feudal.

La vieja familia campesina española del pequeño labrador entregado al cultivo para el autoconsumo, heredera directa de la familia servil medieval

Ahora se entenderá por qué este análisis de la familia se comenzó al final del régimen esclavista y en los comienzos de la servidumbre. Se hizo así para que se viera con claridad cuál fue el origen y el desarrollo de nuestro sistema familiar, ya que —como se dijo antes— nuestra familia actual está enlazada de modo estrecho con la familia campesina que predominó en nuestro país hasta años recientes y que todavía domina en las comarcas más atrasadas, en las que se practica una agricultura de autoabastecimiento (muy característica de aquellas provincias —como León, Asturias y Galicia— en las que el feudalismo arraigó con mayor profundidad).⁵

Las familias campesinas de todas las comarcas en las que predominan las pequeñas explotaciones cuyos cultivos están destinados al consumo directo del labrador y su familia —de la familia labradora— son las herederas directas de los siervos de la gleba que fueron conquistando lentamente su libertad. Procede ahora analizar en

⁵ El origen de este librito fue una conferencia en Villafranca del Bierzo en el verano de 1977.

pocos párrafos la familia labradora de los pequeños campesinos, echando mano incluso de los recuerdos de la propia niñez y adolescencia.⁶

⁶ De hecho, ésta es siempre una fuente capital en Eloy Terrón. (*N. del ed.*).

B. La familia campesina española

Dadas las duras condiciones de vida de los pequeños labradores entregados a cultivos para el autoconsumo –condicionados por su rudimentaria tecnología y por la escasez de tierra laborable y esquilados por los diferentes tributos, en el pasado, y por los impuestos, en el último siglo o siglo y medio–, la forma de familia predominante tenía que ser rudamente autoritaria por necesidad. Sin una autoridad ejercida incluso de modo despótico por el padre (en un orden de cosas) y por la madre (en otro), la vida de estas familias habría sido un caos.

Despotismo patriarcal, impuesto por las condiciones de la vida familiar, miseria de la vivienda y práctica inexistencia aún de la división del trabajo

Estas familias no tenían más ingresos que lo que obtenían de las pequeñas parcelas que cultivaban; y tenían que obtenerlo directamente todo (alimentos, vestido, medicamentos, etc.) de las mismas, puesto que apenas vendían nada, salvo algún animal cuando necesitaban con urgencia dinero contante y sonante para pagar los impuestos, para el entierro de algún deudo o para afrontar otras urgencias similares. De modo que, si se tienen en cuenta esas condiciones de vida, habrá que reconocer que sólo con autoridad y con una ruda disciplina podían conseguir estirar el trigo, el centeno o el mijo, muy escasos, hasta la cosecha siguiente. Lo mismo ocurría con las patatas, las judías y el pequeño cerdo que se había sacrificado, y –en determinadas comarcas– con las castañas, aun cuando contaran con alguna verdura, verdadera despensa de los pobres. Ni aun de las cosas más vulgares podían hartarse nunca. Por eso, la madre tenía que conservarlo todo bajo llave, hasta el punto de resultar habitual el que un niño se acusara en el acto de la confesión de haber robado castañas a su madre.

De la miseria de las viviendas, para qué hablar. No hay que remontarse hasta muy atrás –no más allá de los límites de este siglo– para encontrar familias cuyos miembros, varones y hembras, dormían todos en la cocina, en los ahumados escaños de madera en los que ponían una brazada de paja, cubriéndose con mantas raídas de tiras de trapos. Esas familias no vivían mucho mejor que sus animales, y no era infrecuente que alguna persona de la familia, o algún viajero, durmiese en la cuadra sobre un montón de paja y cubriéndose con ella (sin sentir el menor reparo por ello, al menos en invierno, pues con el calor de los animales la cuadra se mantenía más caliente que la cocina o el *cilleiro*).

En tales familias apenas había división del trabajo. Es verdad que las mujeres hacían la comida, fregaban los cacharros, lavaban la ropa y limpiaban la casa, en tanto que los hombres afrontaban los trabajos más duros y penosos del campo. Pero aquéllas también participaban, junto con los hombres, en las tareas más rudas, como recoger la hierba, segar el pan, majar, excavar, sacar las patatas, sembrar, recoger las castañas, dar de comer a los cerdos y a los otros ganados, etc. En cuanto a los niños, realizaban desde la edad de 5 o 6 años trabajos ligeros que requerían menos esfuerzo (aunque también bastante atención), como cuidar ovejas y vacas, regar, excavar, ir delante de la pareja de bueyes al arar y otras muchas.

Matrimonio como alianza contra el hambre y la miseria extrema, y educación de los hijos, junto a los adultos, en la dura escuela del trabajo,

Dadas esas condiciones de vida, entre estas gentes el matrimonio era una verdadera unión, una alianza contra el hambre y contra la miseria extrema. Tal es el rango dominante en el matrimonio de estas familias campesinas: su carácter de alianza contra el enemigo común de todas ellas (el hambre irremediable que obligaba a salir a pedir de puerta en puerta). Por lo mismo, eran los padres quienes arreglaban el matrimonio de sus hijos, dotándolo de vivienda, de algunas parcelas y de equipamiento para que la nueva pareja comenzara a vivir. En esas condiciones, la libre elección no tenía nada que hacer, porque los jóvenes carecían de libertad (esto es, de medios de vida) para elegirse. La vida era muy dura y no había espacio para sentimentalismos.

Enseguida empezaban a llegar todos los hijos que Dios –o la extremada incultura e imprevisión de la pareja– quería darles. Todos los matrimonios solían tener muchos hijos: ocho, diez o doce; todos los que podía tener la mujer, desde que se casaba hasta la llegada de la menopausia, si antes no se presentaba la muerte, pues con tanta fatiga y tanto trabajo solían envejecer con rapidez. Por lo demás, en un medio tan inhóspito, eran pocos los hijos que sobrevivían: las diarreas estivales se encargaban de convertirlos en angelitos para el cielo.

No había problema de educación: los niños se educaban al lado de los padres en la dura –durísima– escuela del trabajo. Aprendían las tareas agrícolas bajo el imperioso mandato de los padres, que no solían vacilar en confirmar sus órdenes con la aguijada de arrear los bueyes. Así, bajo la mirada constante de los padres, comenzaban a ejecutar toda clase de operaciones con exactitud y ahorro, al tiempo que se iba forjando su carácter, puesto que los muchachos no sólo aprendían a hacer cosas sino que lo hacían bajo una disciplina muy rigurosa. De modo que la rudeza del trabajo y de la atención, que se exigían durante largas horas, anulaba la posible espontaneidad “natural” en el niño al tiempo que modelaba su carácter, ya desde los primeros años.

Los niños de estos campesinos tenían que aprender muchas más cosas que las labores agrícolas y el cuidado del ganado. Tenían que aprender, entre otras cosas, a prever el tiempo (en relación con la humedad idónea de la tierra para sembrar, por ejemplo), a calcular las provisiones para toda la familia y a encontrar dinero contante y sonante para pagar las contribuciones (para lo que era normal vender algún animal de recría, cerdo, ternero, etc.). Y, sobre todo, tenían que interiorizar los fines fundamentales de la vida campesina: trabajar sin descanso, con cariño y con entrega a las cosas; trabajar para no pasar hambre; y ahorrar para dejar el mínimo acomodo para los hijos. Esto último constituía la gran obsesión de estos matrimonios campesinos: dejar a los hijos en condiciones de ganarse la vida con trabajo –con duro trabajo–, pero de tal modo que no pasaran hambre después de que los padres hubiesen desaparecido.

Las familias campesinas hacen trabajar de modo duro –muy duro– a los hijos. Pero los padres –su gran mayoría– también entregan su sangre por dejar a sus hijos en condiciones de hacer su propia vida siguiendo su ejemplo. De hecho y en general, los hijos supieron responder a esa exigencia de los padres durante generaciones.

Por lo demás, merece la pena señalar cómo, en estas aldeas y pueblos de labradores que cultivaban para el autoconsumo, la comunidad entera contribuía a la educación de los muchachos, despertando en ellos un gran respeto hacia todos los vecinos adultos, lo que se manifestaba en el modo como los niños y los jóvenes trataban de tíos (tío Juan, tío Pedro, tía Manuela, etc.) a todas las personas mayores, de la edad de sus propios padres.

Visto desde el presente resulta curioso –y hasta contradictorio– el que, salvo raras excepciones, esos hijos tan duramente tratados, tan disciplinados por los padres, sintieran reverencia y cariño hacia ellos. Tanto más cuanto que en los países más adelantados los padres tienen en la actualidad miedo de corregir y coaccionar a los hijos por temor a perder su cariño, y, aun así, se da con frecuencia el que los hijos desprecien y hasta odien a los padres. Pero sobre esto se volverá más adelante.

C. La familia en la moderna sociedad industrial

Del pago de tributos y la crianza de soldados para el rey al suministro de mano de obra industrial, como función genuina de la familia campesina

La descripción abreviada que se acaba de hacer permite ver que la familia campesina de nuestras zonas de cultivo para el propio consumo constituye una unidad de producción y de consumo y es el verdadero núcleo de la reproducción de la especie –o de la fuerza de trabajo, por decirlo de modo más franco–. Su función genuina era el pago de tributos o impuestos y criar soldados para el rey, y también –en los últimos 30 años– proporcionar mano de obra abundante para el desarrollo industrial español y, aún más, para la expansión económica de los países capitalistas de la Europa occidental (a esto debía referirse un filósofo reaccionario alemán, al afirmar que España era la reserva espiritual de Europa⁷).

Ahora bien, con el desarrollo industrial de nuestro país, los objetivos de esta familia campesina han entrado en crisis; y lo han hecho en razón de la quiebra de sus bases objetivas; mejor dicho, de su base objetiva fundamental: *ser la unidad básica de producción*.

Las familias que han emigrado desde la agricultura de autoconsumo a las zonas industriales y de servicios han dejado de ser una unidad de producción, porque, por lo común, el marido (y en algunos casos la mujer) ha entrado a trabajar –al lado de decenas, centenas o millares de otros trabajadores– en una empresa (la auténtica unidad de producción capitalista) en la que la producción se cumple por numerosos obreros que manejan máquinas altamente complejas. El trabajador se limita a ejecutar unas operaciones muy sencillas durante un período limitado de tiempo, siete u ocho horas; transcurrido éste, abandona su trabajo y se olvida por completo de él; al final de la quincena o del mes, cobra una cantidad de dinero, que el matrimonio utiliza para satisfacer sus necesidades (o las más apremiantes de ellas, según su cuantía). Y, además, al abonar el salario al obrero, la empresa retiene una cantidad para pagar los impuestos y los seguros sociales (de paro, de enfermedad, de jubilación, etc.) del trabajador.

Ahora bien, ¿cuáles son las consecuencias del haber dejado la familia de ser una unidad de producción, del haber dejado de ser autosuficiente?

Al principio estas familias sienten una gran inseguridad: dependen de un jornal, no tienen el abastecimiento para el año (cereales, patatas, carne de cerdo, etc.). Las mujeres sienten una gran frustración al tener que comprar la comida para cada día; y, tanto los hombres como las mujeres, se encuentran inseguros de cara a la vejez. Pero pronto constatan que el salario da de por sí más que las míseras cosechas, y que la seguridad social ofrece confianza para el caso de una enfermedad y, sobre todo, para la vejez (ya que, tras la jubilación, el matrimonio disfrutará de unos ingresos que permitirán a ambos cónyuges acabar su vida, muy modestamente, pero también sin dependencia de los hijos, a diferencia de lo que les sucedía a los viejos en el pueblo).

⁷ Probable referencia a Alfred Bäumlér (1887–1968), filósofo oficial del partido nacional socialista. (*N. del ed.*).

La reducción al matrimonio y los hijos, consecuencia principal de la pérdida por la familia de su condición de ser una unidad de producción

Todo esto apunta a la consecuencia más destacada de la pérdida por la familia de la condición de ser una unidad de producción: quedar reducida a su mínima expresión, el matrimonio y los hijos. Y esto influye a su vez de forma decisiva en la constitución del mismo matrimonio, en la autoridad del marido y –lo que más interesa aquí– en los hijos y en su educación.

Para deshacer cómodas leyendas (que circulan por cierto en la actualidad como artículos de fe), hay que insistir en el carácter que las condiciones de vida imponían a la familia campesina española de la economía de auto-subsistencia.

Como la familia era una unidad de producción y no contaba con más medios de subsistencia que lo que producía (menos el pago de los “impuestos y consumos”), en la mayoría de los casos –como se ha dicho antes– era precisa una disciplina dura y rigurosa para hacer llegar la cosecha hasta la siguiente y, además, ahorrar algo para la colocación de los hijos. Éstos eran el gran condicionante: había que dejarles acomodo y, como las parcelas familiares una vez divididas entre los distintos hijos no bastaban lo suficiente para que los matrimonios pudiesen vivir, tenían que ahorrar, sobre todo en aquellas únicas cosas que podían vender (una vaca, un ternero, un cerdo cebado, los jamones y nada más).

Esto último sólo se podía lograr a costa de reducir la comida: no se podía vender el cerdo cebado sin renunciar a la grasa y al tocino (con frecuencia los campesinos cambiaban, al peso, los jamones por tocino), un recurso energético fundamental para los campesinos. Pero, por lo mismo, las familias campesinas se veían obligadas a completar su escasa ración de féculas (cereales y patatas) con verduras, berzas, repollo en el invierno y frutos de huerta en el verano. Su ración de grasa era muy baja, pues sólo disponían de la pequeña cantidad que obtenían del cerdo y del tocino (por eso lo apreciaban tanto). Sazonaban todas las comidas con la grasa del cerdo, pues desconocían el aceite; y su ración de proteínas animales era casi nula, pues quedaba reducida a algún chorizo y poco más.

Los campesinos luchaban con la escasez de tierra y con la baja, bajísima, fertilidad de la poca de que disponían. No podían adquirir abonos minerales –si es que sabían que existían– y contaban con muy poco abono orgánico, pues, al tener poca tierra, tenían aún menos animales (a veces sólo una vaca, un burro y tres o cuatro ovejas). Aparte de que, no sólo debían sacar de esa tierra lo indispensable para no morir de hambre, sino que además tenían que conseguir algún dinero para pagar los impuestos, ya que, si no los pagaban, se erguía ante ellos el terrible espectro de la justicia y del embargo. De manera que, para que lo cosechado durase todo el año, era necesario trabajar muy duramente todos, los padres y los hijos que Dios enviaba a la familia, y comer poco.

La autoridad del padre –mejor dicho, de los padres– no era el resultado de ninguna razón *patriarcal* –metafísica–, sino de la terrible necesidad, de tener que vivir racionando la escasez y para no morir de hambre. O la dura disciplina del trabajo y el ahorro, o el lanzarse a la mendicidad, a pedir por las puertas; no había más opción. La autoridad de los padres era un resultado directo e insoslayable de las condiciones de

vida: del régimen de producción y –no menos– de la reproducción de la especie, de los hijos que Dios enviaba a la familia.

Las consecuencias de haber perdido hoy la familia su función productora son tan diversas y profundas que parecen transmutar la naturaleza de la misma, el objetivo o fin del matrimonio, la relación entre el marido y la mujer, la autoridad del padre y de la madre, las relaciones de ambos con los hijos, el hecho mismo de tenerlos, la educación de los niños, las relaciones con los abuelos y colaterales, el matrimonio de los hijos, etc. De hecho, tienen que desaparecer los rasgos más característicos de la vieja familia campesina en tanto que surge sobre su ruina la nueva familia propia de la sociedad industrial, la familia moderna.

Analizaré, en primer lugar, los condicionamientos en la elección de compañero o compañera (del cónyuge). En las zonas urbanas los padres ya no influyen ni pueden influir o disponer en el matrimonio de sus hijos; ante todo, porque la inmensa mayoría de aquéllos ya no aporta bienes –medios de producción– para subsistir, y, cuando aporta alguno (la vivienda, por ejemplo), suele ser con pago diferido al futuro.

Del matrimonio como alianza contra el hambre a las relaciones prematrimoniales, la libre elección del cónyuge y la posibilidad del amor

En estas nuevas condiciones, el matrimonio deja de ser una unión o una alianza contra el hambre. Esto sí constituye un cambio radical en los propósitos del matrimonio, puesto que ambos jóvenes trabajan y ninguno de los dos tiene necesidad de buscar seguridad en el otro (algo que, no obstante, reza todavía hasta cierto punto para muchos jóvenes que ven la solución de sus problemas de futuro en un matrimonio aceptable).

A medida que se desarrolla el capitalismo y mejoran las condiciones de vida, los jóvenes gozan de más seguridad y más libertad, con lo que los encuentros entre muchachos y muchachas son más frecuentes y más ajenos a cualquier propósito matrimonial. Este trato social constituye un progreso enorme. Permite a los jóvenes conocerse sin disimulos ni convencionalismos, y, por lo mismo, también, descubrir con mayor objetividad sus respectivos caracteres. De modo que pueden elegirse con más libertad y más conocimiento de causa.

Las actuales condiciones sociales –en comparación con cualquier otra época pasada– se aproximan a las condiciones óptimas para que los jóvenes elijan su cónyuge con mayor acierto y con más posibilidades de constituir un matrimonio más satisfactorio y más gratificante. Si los jóvenes de hoy todavía no aciertan a elegir bien es porque acabamos de salir de una sociedad terriblemente opresora y fomentadora de la ignorancia y el oscurantismo. De modo que, cuanto más bajo sea su nivel cultural, más se sentirán los jóvenes atraídos por las meras apariencias externas y menores serán su capacidad de enjuiciamiento y sus posibilidades de elegir de modo adecuado. Pues –hablando con dura franqueza–, se puede decir que la mujer que se elige depende de la clase de hombre que se es y a la inversa; o, en otras palabras: con pocas excepciones, cada uno tiene lo que se merece.

Estas afirmaciones –sin duda demasiado crudas y despectivas– reflejan una cierta desconfianza hacia la capacidad de adaptación del hombre y de la mujer, que es mayor de lo que a primera vista parece. Son muchos los matrimonios que aprenden a

estimarse, a quererse, viviendo juntos y que se educan así mutuamente, mejorándose el uno al otro en un esfuerzo por hacerse cada día más digno frente al otro. Esto requiere el esmero de la inteligencia y una gran generosidad, pues sólo con desprendimiento, con abnegación y concesiones, se consigue desvanecer los recelos del otro y que responda a su vez con generosidad y con su entrega. Pues –aunque parezca una frase hecha– es una gran verdad que la felicidad (el bienestar) en el matrimonio sólo se consigue en una lucha diaria contra la rutina; la felicidad en el matrimonio hay que conquistarla cada día.

No debiera sorprender el que se haya llegado hasta aquí sin escribir la palabra amor. En realidad, no ha sido necesario, aunque en el último párrafo se han descrito ya determinados aspectos de ese sentimiento. No se ha utilizado antes la palabra amor porque en la familia campesina sólo de modo muy excepcional pudo haberse dado entre hombres y mujeres uncidos al yugo del trabajo extenuante y que carecían por completo de libertad para elegirse.

Por lo demás, en el pasado no se dieron las mejores condiciones para la existencia del amor en los matrimonios de ninguna clase social; a excepción de unos pocos y raros casos, no fue posible la existencia del amor entre el hombre y la mujer. Pues, para que el amor hubiera podido existir, tendrían que haberse dado una serie de condiciones: la libertad y la facilidad de relacionarse los muchachos y las muchachas sin fines prematrimoniales premeditados; la ausencia de aditamentos hereditarios que despertaran el interés de cualquiera de las partes; la seguridad e independencia personal –sobre todo de la mujer– para poder obviar la búsqueda de solución de sus problemas en el matrimonio; la ausencia de diferencias de clase, de religión y de raza; y, por último, un nivel cultural elevado, no sólo intelectual sino ante todo de los sentimientos, porque el amor es el sentimiento síntesis y culminante de la especie humana.

Puede que los hechos –muchos hechos– contradigan las afirmaciones anteriores. Pero la aparente abundancia de ese tipo de hechos se debe precisamente a que se ha exaltado tanto el amor que se le ha convertido en algo divino –en un don de los dioses, en fundamento de las religiones–, en base de la solidaridad entre los hombres, en la alienación de un sentimiento humano que no existía pero que los hombres deseaban que existiese. Aunque también se debe a que con frecuencia se ha confundido el amor con el deseo sexual. Ya lo dijo Antonio Machado: “se canta lo que no se tiene y el amor ha hecho correr muchas palabras”.

La presencia avasalladora del amor –esto es, del concepto o tan sólo de la palabra– en la novela, en la poesía, en el teatro, en el cine, en las canciones, nos impulsa también a creer que este sentimiento es el más corriente entre los hombres, cuando de lo que se trata en verdad y en principio es de un mero recurso retórico.⁸ Con esto no se quiere decir que la presencia del amor en todas las manifestaciones culturales no haya tenido su efecto. Lo ha tenido, en dos sentidos: por una parte, porque los escritores han profundizado en ese sentimiento y han esclarecido y divulgado sus hallazgos; y, por otra, porque las masas han asimilado y han

⁸ Un ejemplo ilustrativo. Participé en una mesa redonda sobre la sexualidad y la juventud, en el Colegio de Médicos de Madrid, a la que asistiría unos 2.000 o 2.500 estudiantes. Se habló de sexo, del matrimonio, de los hijos, desde las 8.30 a las 11.30 de la noche y –hecho sorprendente– ni por los componentes de la mesa ni por el público se pronunció nunca la palabra amor.

interiorizado y hecho suyo ese sentimiento de cuño literario y en muchos casos se lo han propuesto como ideal.

Parece evidente que, cuando una muchacha (o un muchacho) que canta una canción amorosa crea y desarrolla sus propios sentimientos, se prepara para aprender a amar. Pero entre esa simple posibilidad y la existencia del amor media un abismo que no se llenará jamás y que el chato sentido común, realista e interesado, se encargará de ayudar a frustrar. Existe una tendencia anti-romántica, anti-sentimental, positivista, muy difundida (y hoy más que nunca) que desprecia y descalifica el sentimiento del amor como una ilusión burguesa, trasnochada, y como simple sustituto de las relaciones sexuales; y actitudes de ese tipo reflejan una verdad innegable. A saber: que el amor es un sentimiento sospechoso, peligroso, en la sociedad burguesa; y que su lugar sociológico es otro: las sociedades socialistas nacies en las que –es curioso– el sentimiento del amor se cultiva a nivel cultural y educativo.

Por otra parte, una vez desaparecido el móvil (el objetivo) del matrimonio –una unión, una alianza, contra el hambre (o, en otras versiones, el clavo ardiendo al que se agarraban muchos jóvenes de la pequeña burguesía y de la clase media)–, ¿cuál es la motivación de los jóvenes de hoy que se casan? ¿Por qué se casan? La respuesta a estas preguntas nos proporcionará un conocimiento de los fines y propósitos de la mayoría de los matrimonios típicos celebrados en los últimos 8 o 10 años; esto es, de los matrimonios de los jóvenes, que cada día se casan a edad más temprana, más jóvenes.

Pues bien, se puede afirmar sin temor a equivocarse que la gran mayoría de los jóvenes que se casan hoy lo hacen por un único motivo: vivir juntos, estar juntos, tener relaciones sexuales normales (aunque esto último no es una motivación decisiva, pues muchas parejas jóvenes tienen relaciones sexuales “normales” antes del matrimonio). Pero esa motivación tan simple en apariencia –vivir juntos, estar juntos–, que puede tener vigencia en los primeros meses o años, es demasiado pobre y abstracta y no resiste el desgaste frente al descubrimiento de contradicciones antes encubiertas. El vivir juntos, sin más propósitos, es hoy posible gracias a los anticonceptivos, que permiten los matrimonios muy jóvenes y el retraso a voluntad de la aparición de los primeros hijos. Eso supone para muchas parejas una segunda interinidad, una nueva prueba; y, si no naufragan en ese segundo período de prueba (lo que suele ocurrir), pueden plantearse la conveniencia de tener uno o más hijos. Porque lo que puede darse como seguro es que, en el momento de casarse, los hijos no forman parte del horizonte matrimonial en la mayoría de las parejas, confiadas en la seguridad de los anticonceptivos.

D. Motivaciones para tener hijos

De la fatalidad de las “argucias metafísicas de la especie” al despliegue y el reforzamiento del amor en la pareja por la libre decisión de tener hijos

Es muy importante analizar ahora los motivos que inducen (o más bien deciden) a las parejas a tener hijos. Pues –como puede verse por lo que se ha expuesto con anterioridad– en las sociedades industriales avanzadas desaparece la divinidad fatal, el hado insobornable, que gobernaba el crecimiento de la población: *la trampa del sexo*. La llegada de un hijo ya no es un hecho irremediable; ahora ese temor pesadilla se ha desvanecido y las parejas pueden tener los hijos que quieran y cuando los quieran (bueno, a veces, unas pocas no pueden aunque quieran, pero esos son casos patológicos). No obstante, la pregunta persiste: ¿qué factores deciden hoy a una pareja a tener hijos?

Desde luego no es el propósito de continuar la especie, ni el de proporcionar nueva fuerza de trabajo a las nuevas industrias, ni el de contar con una ayuda para la vejez, etcétera. Ninguna de esas respuestas parece convincente; tienen que existir otra u otras razones. Los padres pueden presionar a la pareja para que tenga hijos, por ejemplo. Pero esto lleva a su vez a preguntarse ¿por qué los padres de la pareja pueden querer que ésta tenga hijos? Sin duda, por los mismos motivos por los que ellos los tuvieron: por tener un niño o una niña en quien realizar y desarrollar sus propios sentimientos mutuos; porque el amor existente entre ambos necesita fortalecerse y afianzarse en algo más objetivo, en otro, en el hijo. Pues, ¿cuántos matrimonios se salvan de la crisis definitiva por el hijo o los hijos?

De modo que, en realidad, se ha dado un salto maravilloso: se ha pasado de tener hijos por “fatalidad” –por las “argucias metafísicas de la especie” – a tenerlos porque la pareja lo ha decidido así, planeando el momento para hacerlo y el número de hijos con plena responsabilidad. Sin duda, en esta importante cuestión, la humanidad está pasando del reino de la necesidad al reino de la libertad.

Nuestra sociedad española acaba de salir de las catacumbas del oscurantismo, la ignorancia y la opresión, y de ahí que se sienta bastante deslumbrada y se encuentre en un momento de vacilaciones y confusiones. Por eso, muchos jóvenes, más libres de prejuicios y de hipocresías (aunque de todo eso que se dice ahora no se está muy seguro), descubren el sexo en vez del amor. Esto no debe preocupar, porque se trata de una novedad pasajera y la realidad acabará imponiéndose, y con más motivo cuando es un hecho que no es necesario llegar al matrimonio para satisfacer los deseos sexuales. Esa situación significa por sí misma un viraje importante, pues, si las necesidades sexuales se pueden satisfacer sin casarse, vuelve a plantearse la cuestión: ¿por qué se casan los jóvenes?

El matrimonio representa algo más trascendente, más profundo, que la simple satisfacción sexual. La llegada al matrimonio apunta a un nuevo contenido: descubre el amor; descubre los hijos como objetivo y éstos desbordan, con mucho, las relaciones entre un hombre y una mujer, les dan una nueva dimensión. Porque un hombre y una mujer pueden hacer lo que quieran con sus deseos, con sus sentimientos y hasta con sus cuerpos, a condición de no tener hijos. Pues, en cuanto aparece el niño –el tercero en discordia– surge un nuevo nudo de derechos: un ser humano, sujeto y objeto de las

leyes; y la sociedad se siente afectada y toma parte en todo lo que le afecte. El hijo –el hombre– abre la verdadera dimensión del matrimonio, porque a la sociedad le afecta la aparición de un nuevo miembro en su seno, ya que ella sufrirá las consecuencias de lo que se haga con él.⁹

Las motivaciones tradicionales -en beneficio de terceros o irracionales y mágicas-, no resisten el más ligero análisis científico

Es necesario, por tanto, un análisis más profundo de esta cuestión: por qué un matrimonio quiere tener hijos, y si está obligado a tenerlos.

En el siglo pasado –y también en éste– los buenos burgueses y sus escritores asalariados han consumido mucha retórica a fin de convencer a los obreros de que tengan el mayor número de hijos en bien de la patria y del capital (de las empresas, del ejército de reserva, etc.); y esa propaganda y esa tendencia alcanzaron su culminación en los regímenes fascistas de los años 20 y 30.¹⁰

Diversos regímenes iniciaron precisamente en esos años la concesión de subvenciones y premios a las familias numerosas. Las razones para tener más hijos eran muy variadas e iban desde las puramente racistas e imperialistas hasta las religiosas, pasando por las estrictamente psicológicas, como prolongar la propia existencia individual de los padres proyectándose éstos en los hijos (como si la reproducción constituyera una continuidad de la propia existencia y una forma de inmortalidad). Todas las motivaciones que se propusieron eran (y son) abiertamente irracionales; dejando a un lado los “razonamientos” raciales, imperialistas y religiosos, el inmortalizarse en los hijos es algo contrario a toda evidencia y quizás se explique por una creencia basada en nociones mágicas, que implica un desconocimiento total de la naturaleza y la evolución de los seres vivos.

Una motivación muy vigente y con gran difusión entre las clases alta y media (así como, por supuesto, en la pequeña burguesía) era la de tener un heredero. Pero esta motivación también era (y creo que todavía lo es) muy ambigua, porque el matrimonio quería tener *un* heredero y, a ser posible, sólo uno, con el fin de no tener que dividir el patrimonio y poder conservar así el poder de la familia. Esa misma motivación condicionó con mucha frecuencia la costumbre de que el hijo primogénito llevara el nombre del padre, lo que sin duda aludía a la obsesión de prolongar el poder de la estirpe en el tiempo y de dar continuidad a la personalidad del fundador. Algo que alcanzó de hecho su máxima expresión en la institución del mayorazgo, con el que el fundador condicionaba los destinos de todos sus descendientes por línea masculina y primogénita, abriendo así un abismo entre el primogénito y los demás hijos.

Entre las masas del pueblo se dan otras muchas motivaciones aparentes, motivaciones que en este momento están en crisis; más aún, en trance de extinción. Pertenece ya al pasado el tener hijos para que sean una ayuda en la vejez, a pesar de que ésa era la motivación más influyente en la familia campesina que cultivaba la

⁹ Recientemente apareció en la prensa el caso de un niño de un matrimonio adherido a los Testigos de Jehová internado en un hospital. Los padres se negaban a autorizar una transfusión de sangre por motivos religiosos; el juez (representante de la sociedad) decidió por ellos y la autorizó; y los padres fueron detenidos y acusados de denegación de auxilio a persona en peligro. Este caso se repite con frecuencia en los países industrializados.

¹⁰ E. B. Young, *Population in Perspectives*, New York, 1968, pp. 153-154.

tierra para el autoabastecimiento. En las ciudades, entre las familias de la pequeña burguesía y de los empleados, una razón para tener hijos era (y puede ocurrir que aún lo sea) el afirmar y asegurar el matrimonio –el retener al marido–, porque los hijos daban estabilidad a la pareja. En efecto: los hijos no sólo acrecientan la responsabilidad de los cónyuges; también crean nuevos y, con frecuencia, profundos lazos entre hijos y padres, contribuyendo así a aumentar la base de la estabilidad del matrimonio y, en consecuencia, de toda la familia. Otras muchas motivaciones son de carácter afectivo, como éstas, que se esgrimen con frecuencia: “a ambos nos gustan los niños”; “así tenemos algo con lo que entretenernos”; “con ello disponemos de alguien muy propio sobre quien volcar el afecto y realizar todos los anhelos que nosotros vimos frustrados”; “tenemos hijos para que disfruten de la vida que nosotros no pudimos llevar”; etcétera.

Ahora bien, todas las motivaciones y razones anteriores no resisten el más ligero análisis científico: o bien porque benefician a terceros (como mano de obra barata, al ser ésta abundante), o bien porque son, sin más, irracionales y mágicas (como el continuarse e inmortalizarse en el hijo –mayorazgos y demás–) o de orden afectivo (como el tan frecuente “nos gustan los niños”), o bien porque tienen por finalidad el estabilizar el matrimonio respondiendo al interés de uno de los cónyuges. De todas ellas, las únicas mínimamente justificables son las de orden afectivo, aunque no constituyen razones firmes y suficientemente duraderas para resistir todos los cuidados y trabajos exigidos por los niños, pues se pasa pronto del entusiasmo inicial a la indiferencia, el mal humor, la irritabilidad y el cansancio. De modo que los efectos de ese cambio son muy perjudiciales para los hijos, que quedan sometidos a oscilaciones fuertes de carácter y de humor por parte de los padres que repercuten de modo grave sobre su desarrollo psíquico.

Probablemente la motivación más racional para tener hijos sea el amor de la pareja. Cuando ésta siente que sus relaciones están establecidas con firmeza –de modo que los cónyuges no advierten ningún peligro para el matrimonio porque el amor entre ambos es lo bastante fuerte para superar todas las dificultades que nacen de la convivencia diaria, una vez que ya se han revelado los rasgos más profundos del temperamento y del carácter de cada uno (hasta entonces enmascarados en la vida pública pero imposibles de ocultar de forma permanente en la vida diaria) – y se han vencido todos esos posibles motivos de conflicto, es justo el momento en el que ambos pueden y deben pensar en tener hijos.

La unión de ambos cónyuges no será completa ni satisfactoria del todo sin el hijo, porque éste es la materialización real, auténtica, del amor. Un amor profundo, real –a prueba de conflictos–, es difícil de comprender sin el hijo, porque un amor sano (como lo es siempre todo amor verdadero) tiene por necesidad que ser generoso, abnegado, altruista. La entrega (el sacrificio) de cada uno al otro es el valor supremo del matrimonio; esta entrega generosa alcanza su plena realización en el hijo, en los hijos; y éstos vienen a ser el resultado del desbordamiento del amor, de algo así como un exceso de vitalidad. Los inconvenientes y los sacrificios que ocasionan los hijos sólo pueden ser superados por el amor entre los padres; de modo que quienes no estén dispuestos a esa entrega generosa no deben tener hijos.

Nadie está obligado hoy a tener hijos, por lo que sólo deberían tenerlos aquellas parejas con gran capacidad de generosidad, abnegación y amor

Ninguna pareja está obligada a tener hijos. Nadie debe tener hijos por egoísmo, por interés. Sólo deben tenerlos aquellos que sientan desbordarse su generosidad. Sólo quienes sientan una gran capacidad de abnegación pueden –o, más bien, deben– tener hijos. En defensa de los hijos, en defensa de la sociedad, el tener hijos debiera estar vedado a todas las parejas egoístas, mezquinas, avariciosas, sórdidas, porque el egoísmo de los padres se duplicará en los hijos que se eduquen en él. La cultura, los adelantos técnicos y las condiciones de libertad sexual que se disfrutaban en las sociedades industriales constituyen razones suficientes para demostrar que ninguna pareja está obligada a tener hijos. Pero, por lo mismo, la que quiera tenerlos debe meditar bien las consecuencias y los resultados de su decisión y no conformarse sólo con engendrarlos; tiene que valorar las graves dificultades con las que se va a enfrentar y la enorme responsabilidad que contrae, pues lo mismo puede engendrar un Dr. Petiot (un asesino en serie¹¹) que un Einstein (un científico genial), ya que el resultado dependerá de la educación y no de los genes.

Claro que afirmar que el tener hijos es el resultado del desbordamiento de la generosidad y la abnegación está en contradicción o, más bien, carece de sentido ante la esperanza de muchas gentes que propugnan que el Estado se haga cargo del sostenimiento y la educación de los hijos. A esto se podría replicar que dicha pretensión es cosa del pasado, cuando los matrimonios obreros se cargaban inmediatamente de hijos y los salarios de los padres no daban para sostenerlos. Aunque, bien miradas, esas exigencias no están demasiado alejadas de las que formulan muchas parejas actuales, que claman por guarderías gratuitas, bien equipadas y con un personal especializado en cuyas manos los niños estén mejor cuidados que por los propios padres. Es más, son muchas las personas que consideran que ésa es la única solución para que la mujer no se frustre en el trabajo doméstico y pueda realizarse en un trabajo para el que tenga vocación, y para que esa misma esposa pueda aportar un salario que complementa el del marido, con lo que, además, no se sentirá en situación de inferioridad frente a él.

Las contradicciones en que incurren hoy muchas parejas resultan sorprendentes¹². Parece como si perviviesen las reivindicaciones del pasado en condiciones muy distintas. Tales pretensiones eran lógicas en la angustiosa situación en que se hallaban muchos padres que tenían todos los hijos que Dios les enviaba y se sentían incapaces de sostenerlos y educarlos. En esa situación estaban justificadas organizaciones como *La Gota de Leche*,¹³ *Auxilio del Invierno*,¹⁴ las *Damas visitadoras*

¹¹ Se refiere a Marcé André Henri Petiot (1897), guillotinado el 25 de mayo de 1946, después de encontrarse en su dominio restos de los cadáveres de 27 personas. (*N. del ed.*)

¹² Podría tratarse aquí del conocido desfase entre las relaciones sociales y el cambio de las conciencias, al seguir operando a sobre éstas durante largo tiempo los vestigios de aquéllas hace tiempo desaparecidas.

¹³ *La Gota de Leche* fue el nombre que se dio a las instituciones creadas para remediar los problemas de desnutrición y alta mortalidad infantil en aquellas familias que no podían permitirse el lujo de tener nodriza y cuyas madres no podían dar de mamar. Surgieron a finales del siglo XIX. En España, la primera fue la de Madrid, creada por Rafael Ulecia, y le siguieron las de Barcelona, Valencia, Palma de Mallorca y San Sebastián, entre otras ciudades españolas. (*N. del ed.*)

¹⁴ Nombre inicial de *Auxilio Social*, una organización de socorro humanitario constituida durante la Guerra Civil, siguiendo el modelo de otras organizaciones similares de la Alemania nazi y, con posterioridad, englobada dentro de la Sección Femenina de Falange Española. (*N. del ed.*)

*de los pobres*¹⁵ y otras similares, e incluso los mismos oficios y orfanatos, en los que al menos los niños podían comer y no morir de hambre aunque murieran de desamparo. Pero, hoy, cuando ningún matrimonio se ve forzado a tener hijos, la obsesión de tenerlos para enviarlos al poco –a los dos meses– a la guardería (que viene a ser, hasta cierto punto, el sustituto moderno de los hospicios) resulta cuando menos insólita.

Esa tendencia –muy generalizada en nuestro país en la actualidad– tiene sin duda una base del todo irracional. A saber: la creencia en que la herencia condiciona la personalidad de forma definitiva y en que los hijos lo son por el mero hecho de haberlos engendrado. De modo que hay que llevar a la conciencia de las gentes la tremenda verdad de que los hijos *lo son*, más que por haberlos engendrado, por haberlos sostenido, por haberlos educado y por haberlos velado día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto, con la mayor paciencia y con el mayor cariño, con amor.

Los argumentos que se esgrimen a favor de las guarderías (a las que muchos matrimonios llevan a sus niños pequeñitos, desde las ocho de la mañana a las seis, siete u ocho de la tarde) son, entre otros, el trabajo de la mujer en fábricas y oficinas, la necesidad de complementar el salario del marido y, sobre todo, la necesidad para la mujer de abandonar el trabajo embrutecedor y rutinario del hogar para posibilitar su realización personal en un trabajo productivo. Pero tales argumentos no resisten una crítica seria y responsable.

Las guarderías infantiles son, desde luego, convenientes y necesarias, pero siempre que no se rebasen determinados límites temporales según la edad del niño. En los ocho o diez primeros meses –a excepción del primero– las ausencias de la madre pueden ser más largas, pero entre los 10 y los 12 meses y los 24 su presencia es fundamental. Utilizadas con prudencia, las guarderías infantiles son convenientes y beneficiosas, ya que pueden permitir una mayor libertad a los padres, a ambos cónyuges.

La frustración de la realización personal de la esposa por el carácter embrutecedor y rutinario del trabajo doméstico y del cuidado de los niños que recae sobre ella es más fácil de criticar. También en este caso parece como si la gente tuviera la vista puesta en el el pasado, cuando no había ni lavadoras, ni aspiradores, ni cocinas de gas o de butano, ni alimentos semielaborados y platos preparados, ni tejidos inarrugables, y cuando, además, los maridos habrían considerado una afrenta la obligación de limpiar la caca a un niño, fregar los platos, usar el aspirador o freír un par de huevos. Porque, antes, el trabajo de la mujer en el hogar era, en efecto, rutinario y embrutecedor, pero, hoy, no tiene por qué serlo, con la ventaja, además, de que los maridos comienzan a tomar parte en la mayoría de los trabajos del hogar. Esto es muy importante: trabaje o no la esposa fuera de casa, el marido debe ayudarla en los trabajos domésticos sin temor a sentirse degradado; el esposo debe cooperar con la mujer aunque sólo sea por amor, por compartir con ella las ocupaciones más molestas.

La ocupación de la madre en el cuidado de los hijos merece un lugar aparte. Hasta ahora, al menos en las ciudades, el cuidado de los hijos ha recaído también de modo casi exclusivo sobre la esposa. Ahora bien, si se atiende al bien de los hijos, el que el marido comparta con la esposa esa ocupación no sólo es conveniente sino del

¹⁵ Sociedad de beneficencia, integrada en Cáritas Española. (*N. del ed.*).

todo necesario. Pues, si el padre no colabora con la madre en el cuidado y educación de los niños, éstos lo acusarán de algún modo: algo fallará en ellos.

Por desgracia, en muchos hogares el padre es un señor que suele aparecer a las horas de comer, con frecuencia de mal humor y pidiéndole a la madre que no le moleste porque viene cansado. Los niños se acostumbran a su presencia, pero con cierta timidez, aunque él pretenda a veces ser amable. La madre es la única que disfruta de la verdadera confianza de los niños y es a ella a quien llaman por las noches o cuando sufren alguna pesadilla o se sienten mal. Se sentirían mejor si se acostumbraran a llamar lo mismo al padre que a la madre en tales casos, pero eso supone una actitud muy distinta por parte del padre. La participación de los padres en el cuidado de los niños desde el primer día del nacimiento sería muy beneficiosa para la educación, tanto de los chicos como de las chicas; y, aunque pueda parecer extraño, no sería un mal comienzo para hacerlo el que el padre quitase el meconio a los hijos y los limpiase, pues, en tal caso, es probable que ninguna otra cosa de ellos le produciría asco en adelante.

El padre no puede dar el pecho al niño. Pero sí puede darle el biberón, cambiarlo cuando está húmedo, aprender a bañarlo y, en general, sentirse tan obligado como la madre a ocuparse de él durante las horas que pase en el hogar (las cuales –teniendo hijos– deben ser todas las que le permita su trabajo) y dejar de inventarse ocupaciones para huir de casa y no oír el llanto de los niños. Pues, si el padre participara en la educación de los hijos en igualdad de condiciones con la madre, lo mismo los niños que las niñas se sentirían más seguros y más dispuestos a entablar amistad con miembros de las dos mitades de la especie, y las relaciones de los niños con las niñas serían más espontáneas, abiertas y sinceras. Es imposible evaluar con precisión las ventajas enormes que se derivarían de la participación del padre en el cuidado y la seguridad de los hijos, pero tales ventajas serían sin duda muy grandes y de largo alcance, por sus repercusiones en relación con el tipo de personalidades que exigen las modernas sociedades industriales.

Con la quiebra de la familia como unidad de producción, se desvanece la autoridad del marido y surge la de la mujer, aunque ésta no tenga empleo

Otra consecuencia de la desaparición de la familia como unidad de producción es no ya sólo la quiebra total de la autoridad del marido sino –lo que es más sorprendente– el surgimiento de la autoridad de la mujer; y esto, sin contar con el hecho de que la mujer trabaje, en cuyo caso sería más lógico.

Como es frecuente que el hombre tenga que trabajar más horas de la jornada normal, apenas está en el hogar y, cuando llega a él, se encuentra cansado y desganado, de modo que es la mujer quien tiene que ejercer la autoridad sobre los hijos y tomar, además, la mayoría de las decisiones sobre las cuestiones del hogar. Poco a poco, y sin proponérselo, la mujer va asumiendo la autoridad en la familia hasta convertirse en el centro y en la dirección de la misma. Por otra parte, la mayoría de los maridos, no sólo no se oponen a ello, sino que dejan su parte de responsabilidad en manos de la mujer; por eso, los gestos autoritarios maritales son ya fósiles y a extinguir.

El desvanecimiento de la autoridad del marido es lógico, puesto que ésta ya no parece necesaria al no haber materia sobre la que ejercerla, ni respecto a la mujer ni

respecto a los hijos. Si el marido es el único que trabaja, aporta su salario al hogar, la mujer administra el empleo del mismo en alimentos, ropas y otros gastos de la casa, y la única intervención del marido suele reducirse a la distribución de los gastos, cuestión muy difícil de solucionar entre los dos.

Por lo demás, y como se verá más adelante, donde se notará más la desaparición de la autoridad del marido es en la educación de los hijos, ya que puede dar lugar a fracasos graves y tener consecuencias incalculables y desconocidas.

E. Los hijos; crecimiento y educación

La finalidad del matrimonio es el amor; y su resultado, el tener hijos, viviendo la vida del cónyuge y de los hijos como ampliación de la propia

No resulta fácil encontrar otra motivación para el matrimonio que la de los hijos.

Ya se ha ensayado la demostración de que, con las libertades democráticas de la sociedad industrial capitalista y la ayuda de los anticonceptivos, la convivencia sexual no necesita del matrimonio, puesto que dos personas pueden vivir juntas sin tener que recurrir al enlace matrimonial. Por eso, la conclusión es que la razón del matrimonio –su finalidad– es el amor y, como resultado de éste, los hijos.

Se ha tratado también de demostrar que, por lo común, las parejas de hoy tienen hijos cuando quieren y los que quieren, gracias a los anticonceptivos y a una mayor conciencia por parte de la pareja de lo que significa cuidar, alimentar y educar a los hijos. Hay, pues, que partir de la nueva situación dominante: un matrimonio ya no tiene los hijos que Dios le envía sino los que quiere; es más, en los países industriales avanzados se controlan los nacimientos hasta un extremo que empieza ya a ser preocupante.

Por otra parte y como ya se ha dicho antes, nadie debe confundirse ni engañarse: tener hijos no consiste, como creen algunas parejas jóvenes, en engendrarlos –en traerlos al mundo– y cuidarlos durante un tiempo muy limitado hasta que los admitan en una guardería. Tener hijos significa algo más, mucho más, de lo que la mayoría de las parejas se imaginan; implica más sacrificios, más cuidados, más trabajo y una grave responsabilidad.

Tener hijos constituye una grave responsabilidad, puesto que hoy en día ninguna pareja está obligada a tenerlos, y, si un matrimonio se dispone a hacerlo, debe tener conciencia de las nuevas obligaciones adicionales que va a contraer. Un solo hijo significa ya un esfuerzo adicional importante para la pareja; ese esfuerzo alcanza cierta intensidad durante los primeros días del niño, desciende cuando éste se acomoda a su nueva vida y vuelve a aumentar, de forma notoria, desde los ocho o diez meses en adelante para alcanzar su máxima intensidad desde que el niño empieza a andar hasta que comienza a controlar por sí mismo sus esfínteres, entre los dos y tres años. Aparte de que no se trata sólo del trabajo que el niño da, sino también de la dependencia que crea; pues, cuando hay un niño en el hogar, resulta casi imposible dejarlo sólo aunque esté durmiendo durante varias horas en una habitación inmediata. La existencia de un hijo (o de los hijos) acaba con la independencia del matrimonio; impide las salidas nocturnas y fuerza a los padres a cambiar de vida.

El análisis de la dependencia que crean los hijos parece sorprendente, pero en realidad no supone nada nuevo para las parejas conscientes.

La vida y las preocupaciones de un joven (o de una joven) que ha alcanzado la independencia económica no van más allá de las propias necesidades y preocupaciones; para él (o ella), el mundo se reduce al estrecho ámbito de sus intereses particulares. Y esa limitación general llega a ser mucho mayor para los solterones, pues éstos acaban siendo verdaderos especialistas en sí mismos, hasta el punto de prestar atención a las perturbaciones más ligeras del propio cuerpo.

Cuando el joven (o la joven) entra en relaciones formales, o contrae matrimonio, desaparece de repente su independencia previa y surge en su lugar una cierta sujeción, una dependencia hacia la persona amada, de modo que las propias preocupaciones ya no terminan en uno mismo; aparece un foco nuevo de cuidados: la persona querida, presente o ausente; y la persona siente por sí y siente por la otra, por la persona amada. Y, cuando la pareja tiene hijos, los cuidados de la mujer y del marido alcanzan nuevas dimensiones, al sentir y preocuparse por cada hijo. Esta preocupación llega a límites increíbles. Es bien sabido cómo las madres de niños pequeños (aunque el caso también se da entre los padres) no despiertan ante ruidos fuertes cuando están durmiendo, pero en cambio lo hacen ante cualquier ruido que produzca el niño (tos, un llanto ligero, etc.), aunque se encuentre en una habitación inmediata.

En este sentido, a pesar de los cuidados y trabajos que conllevan los hijos, los hombres y las mujeres casados y con hijos viven una vida más rica y satisfactoria que la de los célibes independientes; y esto, precisamente por ese vivir preocupados por los demás (el otro consorte y los hijos), como si vivieran su propia vida y de alguna manera también la vida de los demás; viven –no hay duda– de forma más plena.

Sin embargo, los trabajos y sacrificios de una pareja que se dispone a tener hijos serían menores, y sus cuidados, menos y más sosegados, si tuvieran la precaución de enterarse de lo que es en verdad un niño. Porque hay un porcentaje muy elevado de padres que no saben (ni siquiera tienen la menor idea) lo que es el niño que tienen entre manos.

Al principio, sobre todo, a la madre le resulta imposible creer que aquello no es un trozo suyo y quiere tratarlo como tal, por lo que se siente frustrada porque no consigue dominarlo como domina sus propios brazos y piernas; no puede admitir que sea algo ajeno, extraño. No obstante, pronto descubre, en efecto, que el niño es un extraño, un extraño inabordable, inasequible, un ser desconocido, en definitiva. En esa primera fase, la madre se debate en la ambigüedad de seguir queriendo al niño como algo muy propio, como un pedazo de sí misma, pero que a la vez es algo extraño y desconocido; es otro. Los padres recurren a un manual que les instruye sobre cómo deben bañarlo, cómo deben vestirlo, cómo lo deben acostar y –si el puericultor no se lo ha explicado bien– cómo lo deben alimentar, pero, para ellos, el personaje que ha aparecido en su vida sigue siendo todo un misterio. El niño como persona sigue siendo un desconocido.

Los padres deberían tener algún conocimiento de lo que es ese nuevo ser, que ellos saben que es parte suya, pero que no parece serlo por su comportamiento. De ahí que se ensaye a continuación un breve resumen de lo que se puede afirmar hoy que es un niño recién nacido y de cómo éste evoluciona y va pasando por diversas etapas hasta llegar a convertirse en un hombre sano socialmente y psíquicamente equilibrado.

Hay que tratar al niño como un aprendiz de hombre, por medio del amor (que alienta el afecto básico), la palabra y el trato de personas y de cosas

Un niño recién nacido es un animalito, tan inerme y desvalido, que moriría de modo rápido sin los cuidados de los adultos. Durante algunos meses ese animalito se comporta como un simple estómago que se alimenta, defeca y orina, llora y duerme, y en el que en apariencia no se percibe ninguna cualidad, ninguna peculiaridad, humana;

la definición que mejor le va es la de un estómago que hace pis y caca, llora y duerme. Durante varios meses el recién nacido es así, pero hay que tener siempre presente que su destino irremediable es ser un hombre, y que la clase de hombre que llegue a ser dependerá de lo que se haga con ese inerte y desvalido animalito durante los primeros años de su vida.

El niño es así porque nació de modo prematuro, por lo que carece de instintos –esto es, de respuestas espontáneas a los estímulos de su medio interno y externo– que le faciliten la adaptación al propio medio sociocultural; hasta tal punto, que es una conciencia limpia, vacía, por completo en blanco en tanto que humana, que parte de cero, pero maravillosamente dispuesta para acoger, recibir, a lo largo de los años todos los condicionamientos de un medio sociocultural que acabarán por convertirlo en un hombre útil para la sociedad en la que va a vivir. De modo que, puesto que el destino del niño es ser un hombre, hay que tratarlo desde el nacimiento como tal, como un aprendiz de hombre.¹⁶

Por eso mismo, la madre (y el padre) debe hablarle al niño cada vez que lo toma en brazos, aunque esté más que convencida de que no entiende, de que en los primeros días ni siquiera oye. Debe hablarle con cariño mientras lo amamanta, mientras lo baña, mientras lo viste, porque esto es fundamental para que el niño asocie la palabra a todas sus satisfacciones (hasta tal punto, que llega un momento en el que la voz de la madre constituye la mayor satisfacción para él). Por otra parte, la palabra es el verdadero medio del hombre, que va a condicionar y configurar todo su ser.

Otra preocupación primordial de los padres (o de quienes hagan sus veces) tiene que ser la regularidad y el orden desde el momento mismo del nacimiento del niño –orden en las comidas, en el baño, etc.–, porque el orden ayudará al niño a dominar su fisiología, a educarla. Durante los primeros ocho o diez meses el niño debe dormir mucho, pero en cuanto empiece a conectar con los padres (cuando empiece a tener conciencia –esto es, en cuanto conozca– de las personas que le rodean), debe facilitársele la convivencia con los mayores (padres y hermanos) para que aprenda a imitar los gestos, los sonidos y todo lo que pueda ir asimilando por simple imitación.

Para el niño, la etapa más importante es cuando empieza a andar y a pronunciar las primeras palabras. Cuando el niño anda, adquiere alguna independencia –se desplaza por sí mismo–, pero no tiene autonomía porque carece de experiencia; en esta primera fase tiene que tocar todos los objetos y llevárselos a la boca. Es una etapa muy contradictoria. Las madres tienen a protegerlo llevándolo de la mano o metiéndolo en el corralito o en el *tacataca*, pero esas preocupaciones retrasan el desarrollo del niño, porque éste tiene que aprender a moverse por sí mismo, a andar entre las cosas sin ser absorbido o paralizado por ellas. Esta etapa es crucial. Al poder

¹⁶ Hay que confesar sin miedo que el hombre es un animal; somos semejantes, por nuestra fisiología, a la clase de los mamíferos, y, dentro de ésta, al suborden de los antropoides. Tendemos a olvidar nuestro origen y a considerar que somos fruto de un extraño milagro, cuando, en realidad, nuestra grandeza consiste justamente en que, siendo anatómica y fisiológicamente casi indiferenciable del suborden al que pertenecemos, la especie humana se elevó, tan por encima de su condición genéricamente animal, al crear toda la cultura humana (las ciencias y las artes; los sentimientos más elevados, comenzando por la solidaridad y el amor; etcétera), hasta adueñarse progresivamente de toda la Tierra y encontrarse incluso en camino de tomar posesión de nuestro universo más próximo.

el niño desplazarse por sí mismo, se siente atraído por todos los objetos (algunos peligrosos como el fuego, los objetos cortantes, etc.). Entonces, la madre (cuya voz es para el niño el estímulo más agradable e importante) se esfuerza en controlarlo a distancia, riñéndole, prohibiéndole que coja o toque los objetos con determinadas frases (“¡nene, no toca!”, “¡nene no coge!” y otras similares), repitiendo esas mismas frases, otras parecidas u otras expresiones sencillas, sin cansancio y un día tras otro, tantas veces como sea necesario, pues hay que conseguir que el niño aprenda a andar por entre las cosas de la casa sin tocar las que de ninguna manera debe tocar.

¿Por qué es tan importante ese proceso? En primer lugar, porque el niño se siente impresionado –coaccionado– por la voz de la madre hasta el punto de que, en vez de coger la cosa prohibida, repite la prohibición: “nene no toca”. Al hacerlo, el niño sustituye la acción animal de coger o tocar el objeto que le estimula por una *acción nueva*: hablar; esto es, la *acción* de hablar sustituye a la reacción animal, espontánea. El niño ha iniciado el proceso de apoderarse de las palabras, de interiorizar el lenguaje; ha comenzado a pensar; se ha puesto en el camino recto que le conducirá a ser hombre.

Esta manera de comportarse la madre es considerada por muchas gentes con una cultura intelectual improvisada como represiva, como coactiva. Sí, desde luego; el comportamiento de la madre condiciona el comportamiento del niño; lo ha hecho desde el momento mismo del nacimiento de éste; todo lo que ha hecho la madre desde entonces le condiciona y es represivo. Pero es que *todos los cuidados dispensados al niño son represivos*; y el niño responde a los mismos, porque su enorme corteza cerebral tiene una función sobre todo represiva, inhibidora.

Para cualquier persona consciente está claro que las prohibiciones de la madre desarrollan el lenguaje y el pensamiento del niño, y que éste aprende a no hacer caso de tanto y tanto estímulo animal como asalta su atención de modo simultáneo. La madre trata de romper con su comportamiento la espontaneidad animal del niño; trata de liberarlo de reacciones inútiles (que no conducen a nada); trata de liberarlo de la opresión de los innumerables estímulos que se le imponen. Y el precio de renunciar a ese espejismo es la conquista del lenguaje: el cauce de la experiencia social, que le liberará de ese aprisionamiento del medio animal. El niño aprende que esa inmensa variedad de estímulos no significa nada, que el estímulo conductor –y por el que debe guiar su comportamiento– lo lleva en su interior, en su misma interioridad, en su conciencia (esto es, en la experiencia social humana interiorizada, el medio exterior asumido).

El condicionamiento (la coacción, la represión) que los padres ejercen sobre el niño tiene como finalidad romper la espontaneidad animal e inculcarle la experiencia humana acumulada, que le liberará de la arbitrariedad y la tiranía de los estímulos animales y le abrirá el camino de la condición de hombre. No hay que temer el condicionamiento que se ejerce sobre el niño. A lo que hay que temer es al desorden, a la arbitrariedad. El desorden impide la formación en el niño de respuestas favorables a los estímulos sociales, que son los que van a configurar la conducta del niño. Por ello, todo orden racional –orden social, vivo– favorecerá necesariamente el desarrollo de la personalidad del niño, aun cuando ese desarrollo sea muy lento y hasta difícil de percibir.

Por otra parte, todo condicionamiento que la madre ejerza sobre el niño será tanto más eficaz y fecundo cuanto más penetrado esté del afecto, del amor, de la madre (de los padres) hacia el niño. Es fundamental y decisivo que todo cuidado que la madre preste al niño vaya acompañado por un cariño regular, metódico, ni deficiente ni excesivo (hasta hacerse empalagoso). Al niño hay que demostrarle cariño en todo comportamiento para con él. No sólo hay que protegerlo, cuidarlo, sino que todo esto tiene que ir acompañado de amor. Hay que desarrollar en el niño un sentimiento de afecto que vaya siempre mezclado con un sentimiento de dependencia. Ese sentimiento se manifiesta como una adhesión a la madre, profunda pero no nerviosa (de tipo histérico, nos atreveríamos a decir). Hay que provocar en el niño un afecto *sereno* y *profundo* hacia la madre, hacia los padres; y esto sólo se puede conseguir con una demostración constante de preocupación por él y de protección.

Es muy importante desarrollar en el niño ese afecto primario, originario, hacia los padres;¹⁷ en un principio –muy pronto, entre el primer y el tercer año (antes de que el niño salga del círculo familiar para ir a la escuela)– hacia la madre. Crear y desarrollar un núcleo tal de afecto es trascendental para su educación intelectual, para sus relaciones con los demás y para el desarrollo de su sensibilidad y de todos sus sentimientos y emociones en general, y básicamente de su carácter.

Si no se consigue desarrollar ese núcleo afectivo primario a través del cariño que los padres demuestren de modo constante (y muy sereno y regular) al niño, éste desarrollará un sentimiento de egoísmo excesivo, encerrándose en sí mismo y en sus cosas. Sentirá desconfianza y recelo hacia los demás, lo que le impedirá establecer amistades verdaderas y desinteresadas, con lo que se retrasará su desarrollo intelectual (en cuanto las relaciones sociales del niño son sus cauces de información). Pues esos cauces tendrán tanto más valor para el niño cuanto más afecto haya transferido a la persona que le transmite el conocimiento.

Todo niño que haya desarrollado un sano afecto¹⁸ hacia la madre estará dispuesto de modo favorable para establecer relaciones de “amistad” con otras personas sin que el recelo y la desconfianza sean un grave obstáculo. Este comportamiento es evidente cuando el niño comienza a ir a la escuela. Las primeras separaciones de la madre serán dolorosas: llorará; pero, en pocos días (si el maestro sabe ganárselo), se habrá abierto hacia él; lo asimilará a su núcleo familiar y lo convertirá en uno de los suyos. Cuando esto suceda, las enseñanzas del maestro serán fecundas; y la familia lo apreciará enseguida, porque surgirá alguna ocasión en la que el niño exclamará: “¡mi profesor ha dicho que sí!”.

¹⁷ Llamo afecto nuclear o primario a la adhesión hacia su madre que el niño desarrolla en respuesta a los cuidados que ella le dispensa y le muestra en todo momento. La llamo nuclear porque es un afecto desde el que se desplegarán todos los sentimientos y emociones del niño; es la manifestación originaria de dependencia del niño para con sus padres, que algún día abarcará a los demás, cuando se haya desarrollado como solidaridad.

¹⁸ Calificar al afecto nuclear de sano, sereno, quiere decir que los padres pueden pasarse o quedarse cortos, con facilidad. En ambos casos el niño desarrollará un afecto absorbente, enfermizo, desconfiado, irritable; tendrá temor a perder a la madre, reaccionará nerviosamente y se excitará hasta perder todo control al separarse de ella. Son esos niños propensos a poner su afecto en una muñeca o en cualquier otro objeto. Los niños que han crecido sin este afecto nuclear, primario, sano y equilibrado, suelen conmovirse con preferencia ante una obra de arte que ante un hecho humano real, al llegar a adultos; y suelen carecer de verdadero sentimiento de solidaridad.

Un niño que haya desarrollado un cariño sano hacia los padres establecerá con facilidad amistad con otros niños; estará bien dispuesto a sentir simpatía por los demás en sus desgracias; desarrollará una sensibilidad que le hará pronto a percibir y vivir los sentimientos de los demás como propios y a sentir las emociones contenidas en las obras literarias y artísticas. Y –lo que es lo más fundamental– un niño así estará abierto a los sentimientos de solidaridad y de compañerismo, y mostrará siempre una personalidad equilibrada.

F. La autoridad de los padres y la autodisciplina del niño

Los hombres han educado a los niños inculcándoles los principios y conocimientos necesarios para insertarse en la producción como adultos

Existe hoy entre los padres con formación intelectual alta y media (sobre todo entre los universitarios) la tendencia a dejar que los niños hagan lo que quieran, porque temen que cualquier represión podría originar desequilibrios emocionales en su vida futura. Esta tendencia, bastante difundida –y, en apariencia, bastante cómoda– deriva de la vulgarización de algunas teorías de Freud acerca de las causas de los trastornos emocionales (neurosis, psicosis), pero carece de la mínima comprobación científica; con más motivo podría deducirse la tesis opuesta de las teorías fisiológicas y psicológicas de Paulov, y con una base bastante más científica y racional.

Dejar que los niños hagan lo que quieran es, por principio, imposible de llevar a la práctica. De hecho, esa tendencia ha dado lugar a más de una nota cómica fácil. Un profesor de psicología está defendiéndola ante sus alumnos cuando el bedel abre la puerta del aula y se dirige al profesor: “llama su señora para decirle que su hijo le quiere sacar un ojo a la niña con las tijeras y pregunta qué debe hacer”; y el profesor contesta sin vacilar “¡que le quite las tijeras!”, sin parar mientes en cómo con esto está negando en la práctica lo que defiende en teoría. Por lo demás –de acuerdo con lo que se ha expuesto en diversas ocasiones y se ha vuelto a sostener también aquí– hay que anular la “espontaneidad” animal del niño para que pueda ser sustituida por el lenguaje y el pensamiento; permitir al niño que haga lo que quiera, aun dentro de los límites de lo no peligroso para él, retrasa su desarrollo y puede afectar a su temperamento.

El destino de todo niño es convertirse en un hombre que ha de hacer su vida en una sociedad con su organización peculiar, y en la que viven los padres; y la historia de la civilización demuestra que la superioridad de la especie humana tiene como base el hecho de que, desde los tiempos más lejanos, los adultos han educado a los niños inculcándoles aquellos valores, principios y conocimientos que consideraban que les habrían de ser indispensables a la hora de insertarse como miembros de pleno derecho en la actividad productiva, junto a los demás adultos.

En todas las épocas pasadas –y en todas las sociedades– los adultos han dedicado tiempo y esfuerzo a determinar qué es lo que era preciso enseñar a los jóvenes para convertirlos en adultos útiles; y, si somos conscientes de esto, tenemos que educar a los niños de modo que su inserción en la actividad productiva social les sea más satisfactoria y menos dolorosa. Por otra parte, la actividad productiva de las sociedades industriales capitalistas es cada día más metódica, racional y disciplinaria, por lo que a los niños les jugaríamos una mala pasada si los educáramos con si fueran a vivir en una sociedad permisiva o libertaria.

Teniendo en cuenta la sociedad en que va a insertarse el niño, hoy hay que evitar en su educación tanto el autoritarismo como el *libertarianismo*

Siendo conscientes del tipo de sociedad en que los niños están destinados a vivir, hay que evitar dos extremos en su educación: *dejarles hacer lo que les dé la gana*, y someterlos a una disciplina tan autoritaria que anule por completo su voluntad y los

convierta en seres sumisos. La educación en el seno de la familia campesina tradicional apuntaba a esto último: el niño era educado sobre la base de un trabajo extenuante y sometido a una represión anuladora de toda iniciativa y de todo gesto voluntario, individual. En la sociedad industrial –como ya se ha señalado– no es posible ya esa forma de educación, porque no existe la base material del trabajo para los niños; no existe un trabajo duro y riguroso para toda la familia y, por lo tanto, no se puede ocupar al niño en unas tareas agobiadoras que modelan tan profundamente la atención y la voluntad infantil.

Muchos padres ven en esto último la principal dificultad para educar a los hijos. Por lo común, en los hogares urbanos no hay tareas en las que ocupar a los niños, por lo que no es posible modelar la inteligencia, la voluntad, la atención y la destreza infantil mediante la realización de las mismas. La separación de la familia y la actividad productiva impide a los padres educar a sus hijos en un doble sentido: ante todo, porque no existe ya la serie de tareas que el niño tenía que aprender (trabajos de por sí penosos y en cuya realización se forjaba la voluntad del niño); y, además, porque los padres no pueden saber en cuál de las miles y miles de ocupaciones de la sociedad industrial se va emplear el niño cuando llegue a adulto.

Con la transformación de las condiciones de vida, la autoridad del padre ha disminuido hasta casi desaparecer; ya no puede educar a los hijos a su lado en el duro trabajo agrícola, como lo hacía el campesino. Y la autoridad de la madre también se ha visto reducida. Ni el uno ni la otra están ya en condición de ejercer con algún rigor su autoridad. Los padres se encuentran en la situación de no poder educar a sus hijos a partir de los tres o cuatro años; de modo que se ven forzados a compartir su educación con instituciones y personas especializadas desde que empiezan a ir a la escuela.

Lo que más grave de esta nueva situación es que (en la etapa por la que está pasando nuestro país) con frecuencia –con demasiada frecuencia–, los padres no pueden ni siquiera ayudar en la educación de sus hijos porque carecen de una cultura intelectual suficiente para entender lo que éstos hacen en la escuela. Esa situación resulta desesperante para los padres, pues no saben si los hijos estudian o no, si lo hacen de modo correcto o si les engañan, y, así, se ven impotentes para ejercer la mínima autoridad sobre ellos. En la actualidad, en nuestro país es ínfimo el número de padres capaces de entender los estudios de sus hijos (incluso de los que se hallan cursando Educación General Básica), por lo que no pueden vigilar su educación y, menos aún, colaborar en ella.¹⁹ Y, sin embargo, de ser posible, la cooperación de los padres en la formación de los hijos sería muy fecunda.

De los datos y las condiciones objetivas que se han expuesto puede deducirse con facilidad que el margen que les queda a los padres para ejercer alguna autoridad sobre los hijos es escaso. Por esto, los padres se retraen, temerosos, y renuncian a

¹⁹ La colaboración de los padres en la educación de los niños, especialmente en la escuela primaria o educación general básica, es una cuestión que debieran tener muy en cuenta los que planifican la educación para no enajenarse esa posible ayuda. Naturalmente, no pensaron ello quienes decidieron cambiar radicalmente la enseñanza de las matemáticas y de la lengua castellana al decretar la introducción en la EGB de las llamadas “matemática moderna” y “gramática estructural”, sin preparación ni experimentación alguna. Pero, con ello, hicieron imposible la colaboración de los padres –graduados universitarios incluidos– al no estar éstos en situación de entender los textos de sus hijos.

imponerse; en la mayoría de los casos, con la justificación de que las nuevas generaciones son así, de que se trata de una corriente de los tiempos contra la que no se puede ir, por lo que no se puede hacer nada. Aunque también hay fuerzas sociales interesadas en reducir y desacreditar la autoridad de los padres (aun la estrictamente racional y justa, porque la hay) como egoísta, tacaña y trasnochada.

Por lo demás, la cuestión sigue en pie: ¿es contraproducente para la formación de los niños la autoridad de los padres?; ¿las represiones (las limitaciones, las prohibiciones), las riñas e incluso, en casos muy extremos (cuando no haya otra posibilidad) un leve azote, pueden poner en peligro la estabilidad emocional del niño al llegar a mayor, a hacerse adulto?

La vida en sociedad ofrece ventajas tan grandes para la especie humana que ésta se ha extendido por toda la Tierra compitiendo con ventaja con especies mejor adaptadas y desplazándolas, llevándolas a la extinción o sometiéndolas a su voluntad, hasta el punto de alcanzar una seguridad completa para su propia vida. Pero la seguridad que la sociedad humana ofrece a sus miembros tiene un precio y éste es la sumisión más completa a numerosas normas y regularidades: se viste, se come, se duerme, se anda por la calle, etc., etc., de acuerdo con normas, con arreglo a normas; los hombres no nacen nada que no tenga sus normas adecuadas, sus normas propias.

Para interiorizar las normas y propósitos sociales, que son la guía de la conducta humana, es indispensable la disciplina ajena, clave de la propia

No hace falta mencionar las normas que rigen en la producción, tan rígidas y rigurosas que no admiten excepción. Lo sorprendente es que son liberadoras, pues, en vez de limitarla, hacen posible la libertad real de cada individuo. De hecho, una parte importante del aprendizaje del niño está dirigido a hacer propias o habituales las acciones regidas por normas. Es más: esas normas, en cuanto reguladoras de las acciones humanas, constituyen el procedimiento indispensable –único–, para que los individuos logren el dominio completo del propio cuerpo.

En relación con esto último se plantea otra pregunta: ¿por qué es tan importante el dominio del propio cuerpo? El pleno dominio del cuerpo es fundamental, porque la guía del comportamiento del hombre no son los estímulos animales sino la experiencia social interiorizada, asimilada, como algo propio. La guía de la conducta humana son las normas y los propósitos sociales,²⁰ todos ellos formulados (como toda la experiencia social) en palabras, o –dicho de otro modo– en pensamiento.

Como es bien sabido, cuando un individuo se dispone a llevar a cabo un propósito es fundamental que no sea perturbado ni afectado por nada. La mayoría de los padres tienen a mano un buen ejemplo de esto: un niño se dispone a estudiar o a

²⁰ Los animales guían su comportamiento y acumulan experiencia sobre sus necesidades vitales (alimentación, defensa, apareamiento para reproducirse, etc.) valiéndose de sus instintos. El hombre lo hace mediante la experiencia social enmarcada por los grandes objetivos sociales (la caza, la pesca, la recolección de alimentos, el cultivo de cereales, la construcción de viviendas y demás). Actualmente, la conducta del individuo viene condicionada por la división del trabajo social; y, por lo mismo, si un muchacho elige ser fresador, calderero, ebanista, linotipista, guía de turismo o profesor, hay que encauzar su conducta a fin de conseguir el objetivo propuesto al facilitarle su inserción social para cumplir su función y realizar su propia personalidad.

realizar un trabajo de clase; si el niño no es capaz de prescindir de todos los estímulos animales del medio (ruidos, voces, colores, etc.), no podrá concentrarse en sus trabajo aunque esté horas ante los libros o ante el papel; ni estudia, ni juega; pierde el tiempo de forma estúpida. Éste es tan sólo uno de los casos en que el dominio del cuerpo resulta primordial, y el no conseguirlo es la causa de muchos fracasos escolares. Pues, como muestra ese mismo ejemplo, pensar, meditar o proseguir con constancia y atención propósitos humanos, exige el pleno dominio del cuerpo; mejor dicho, exige que el cuerpo no perturbe –no interrumpa – el trabajo, como sucedería si de repente el individuo se viera afectado por un fuerte dolor de muelas.

Ahora bien, el individuo no puede conseguir el dominio del cuerpo –esto es, la inhibición de todos los estímulos, internos o externos, de todos los deseos– por sí mismo; es por completo imposible que lo logre sin la imposición de los mayores. Si los padres no *reprimieran* de forma constante los impulsos inútiles de los niños, éstos jamás se elevarían a la condición de hombre, pues, por propia iniciativa, el niño no sería capaz de asumir las normas y los propósitos humanos (y nunca haría suyo el lenguaje y, por tanto, la experiencia social).

La autoridad de los padres en forma de prohibiciones –el que los padres repriman constantemente los impulsos de los niños, desde que empiezan a andar hasta un momento difícil de determinar en el que el muchacho (por haber asumido las normas y propósitos sociales) desarrolla su propia autodisciplina y empieza a ser capaz de llevar a cabo con constancia los objetivos que se le propongan– es absolutamente necesaria. Pero conviene insistir en que, así como un buey no se somete al yugo por propia iniciativa, tampoco el niño desarrolla por sí solo la autodisciplina necesaria para realizar su personalidad. Pues esta analogía entre la domesticación de los animales y la represión de los instintos animales en el niño no es disparatada; el hombre domestica animales porque él ha sido domesticado antes (esto es, ha rechazado todos los impulsos animales para asumir la experiencia social).

Muchos padres temen que, si reprimen los impulsos inútiles de sus hijos, provocarán en ellos reacciones hostiles –respuestas de rencor– y que se alienarán su cariño. Ese temor es irracional y resulta de suponer que los niños pequeños reaccionan como los adultos y que sus acciones son conscientes y encuadradas por un propósito, un proyecto, cuya frustración puede dejar un rastro permanente, una lesión psíquica. Pero las reacciones del niño no obedecen a ningún propósito hasta bastante tarde, porque antes no puede tener propósitos ni iniciativas; y las restricciones que los padres le impongan no tienen nada en común, por ejemplo, con las represiones policíacas de la dictadura franquista, como algunos quieren hacer creer a los demás.

Aunque un niño llore porque no le dejan coger un cuchillo, unas tijeras, una copa o cualquier otro objeto, no sufre ninguna frustración, puesto que no tenía ningún propósito, y, de hecho, a los pocos segundos ese mismo niño se sentirá atraído por cualquier otro objeto. Si la vida del niño –conforme a una práctica normal de crianza y de educación– viene estando sometida a regularidades, esas represiones armonizarán fácilmente con las regularidades anteriores y contribuirán a su desarrollo físico, emocional e intelectual de forma muy beneficiosa. En este sentido el niño encajará bien las imposiciones de los padres, por el profundo sentimiento de dependencia que se va desarrollando en él.

La satisfacción y la seguridad del niño no resultará de que le dejen o no tocarlo todo, o hacer lo que quiera (de hecho, no se puede decir que hace lo que quiere, porque no quiere nada, no tiene ningún proyecto, no tiene iniciativa, no tiene conciencia humana), etc., sino que se deriva de que se vea rodeado siempre de una protección amorosa, de modo regular y ordenado. Por lo mismo, los padres no deben tener temor a ejercer su autoridad y a imponerse al niño desde la edad más temprana (fundamentalmente, desde que comienza a andar), si toda represión –toda prohibición– se enmarca en un plan regular de protección cariñosa, por desvelos constantes y por muestras objetivas de cariño. Además, el niño no elaborará respuestas conscientes de afecto hacia los padres antes de los cinco o seis años; antes de ser capaz de responder con cariño hacia los padres –al principio, de modo inconstante y veleidoso, pero cada día de forma más regular y firme–, tiene que recibir muchas muestras de amor por parte de aquéllos. A los niños no les perturba la autoridad regular, ordenada y firme de sus padres; lo que les trastorna es la arbitrariedad y el desorden, el que un día les riñan o castiguen por algo que otros días les permiten.

La arbitrariedad y el desorden les afectan a los niños porque trastornan sus respuestas ya elaboradas y condicionadas –sus reflejos adquiridos–, por lo que se ven obligados a producir nuevas respuestas. La arbitrariedad en el comportamiento hacia los niños los desconcierta, retrasa su desarrollo intelectual, perturba su desarrollo emocional, haciéndolos recelosos y desconfiados hacia los demás, e impide la formación de respuestas afectivas, no ya hacia los padres sino hacia todos los demás. Porque no son la autoridad y las represiones autoritarias, sino las manifestaciones arbitrarias de la autoridad, las que dejan una huella peligrosa para las relaciones sociales del niño en su futuro. Y conviene tener muy en cuenta que la capacidad del niño para establecer relaciones normales depende ante todo de las relaciones sociales (cuando éstas han sido bien establecidas), y que esto resulta fundamental para él, porque esas relaciones sociales son los cauces más fecundos para recibir y asimilar la experiencia social que convierte al individuo en un hombre útil, equilibrado y capaz de llevar a cabo sus propósitos sin desánimo.

Esta insistencia en el análisis de la conveniencia o inconveniencia del ejercicio de la autoridad de los padres sobre los hijos no debiera extrañar. Nos encontramos en un momento de *rechazo de todas las formas de autoridad*, debido a los crímenes cometidos por los gobiernos y sus policías en muchos países. Los abusos y los crímenes cometidos por las fuerzas represivas estatales, y la existencia misma de tales fuerzas, no tienen nada que ver con la autoridad ejercida por los padres. Éstos están muy lejos de ser colaboradores de los poderes establecidos por el hecho de que repriman acciones impulsivas de sus hijos. Las fuerzas policíacas de los gobiernos totalitarios al servicio de los grandes monopolios y de otros grupos de poder destruyen las libertades de los ciudadanos. Pero las represiones de los padres (amonestaciones, riñas, incluso, si llega a ser necesario, algún leve azote –hasta cierta edad, se entiende–); por el contrario, contribuyen al dominio de sí mismo y al desarrollo de la propia autodisciplina, que será la base de la libertad del niño al llegar a adulto.

Hace ya muchos años que un gran filósofo, Hegel, enunció este aforismo: “La disciplina es la base de la libertad”. Sin regularidad, sin determinismo, no es posible la libertad. Rechazar la autoridad de los padres, la autoridad de los maestros, porque hay

gobiernos que cometen grandes abusos de autoridad –rechazar toda disciplina, que ennoblece al individuo, porque los gobiernos y las empresas abusan de la autoridad y de la disciplina– equivale a tirar la harina junto con el salvado.

La autoridad de los padres -contra la que todo conspira en la sociedad industrial capitalista-, es fundamental para el buen desarrollo del niño

En los días en que vivimos, y por diversos motivos, la autoridad paterna anda por los suelos con muy raras excepciones. Con el psicoanálisis, las revueltas juveniles, la contracultura, las violentas represiones policíacas y demás, la autoridad de los padres tiene muy mala prensa, especialmente entre los jóvenes izquierdistas que acusan a los padres de colaboración con las fuerzas represivas del régimen. Pero la situación real era (y es) bien distinta.

El pluriempleo –o las horas extras– para hacer frente a los gastos crecientes de la casa (el televisor, la lavadora, el coche, los gastos de los chicos y un largo etcétera) dificulta las relaciones del padre con los hijos, y los nuevos planes de estudio impiden que aquél pueda vigilar su educación. Pero hay también otras razones que dificultan esa educación: los numerosos factores culturales (o contraculturales) que inciden sobre los jóvenes a través de los medios de comunicación de masas (discos de música “juvenil”, películas, *comics* en cantidades crecientes, etc.); la publicidad comercial, que exalta y halaga a la juventud para explotarla mejor; la glorificación de lo espontáneo y lo directo como valor superior en la música, en la literatura y en la pintura *psicodélica*, que no superan el techo del lenguaje, el colorido y las formas publicitarias comerciales; y la influencia de las bandas de amigos en las que los muchachos creen encontrar su verdadero hogar, sus amistades electivas, porque los otros muchachos tienen sus mismas aspiraciones imposibles (alcanzar las mismas satisfacciones que cualquier otro sin esfuerzo; o convertirse, sin una larga preparación, en un personaje brillante, popular, que gana dinero para satisfacer todos los deseos y caprichos que los diferentes canales de publicidad comercial han ido despertando en cada uno). Estos muchachos comparan su camaradería –la unidad de sus aspiraciones y la mutua comprensión de sus problemas– con la supuesta tacañería de los padres,²¹ las riñas contantes por el abandono de los estudios o por llegar tarde a casa y la tristeza del hogar, siempre con el mismo sermón de que “gastas mucho”, “nunca llegarás a nada”, “eres un perdido”, etc., etc.

Por ese tipo de pendiente está visto que no se tarda mucho en llegar a afirmaciones –que pasan por verdades inconcusas en libros, revistas y periódicos y en conversaciones privadas– de que padres e hijos pertenecen a generaciones y a mundos distintos y hasta hablan lenguajes diferentes. Como las relaciones entre padres e hijos se han venido haciendo cada día más difíciles, los padres llegan a esa misma conclusión y terminan por no atreverse a amonestar a los hijos y por apenas hablar con ellos; descubren pronto que cualquier influencia sobre sus hijos es imposible, que las

²¹ Hace bastantes años, entre 1964 y 1965, encontré en una revista juvenil, titulada *Panorama*, un editorial que acusaba abiertamente a los padres de tacañería, ya que, entre los países de Europa Occidental, eran los que menos dinero daban a sus hijos para sus gastos. Elogiaban a los padres norteamericanos, a los suecos, a los ingleses, etc., porque, con el dinero que daban a sus hijos, éstos podían comprar discos, ropas juveniles y otros objetos de los que la revista hacía publicidad. Simplemente, los fabricantes españoles de mercancías para el mercado juvenil se quejaban de que los muchachos españoles no podían comprar tantas mercancías como ellos deseaban venderles.

influencias externas son más poderosas y más eficaces, y que su autoridad disminuye en la misma medida en que aumentan esas otras.²²

La disciplina del niño es fundamental para su desarrollo, pero no puede existir si los padres no la crean y la sostienen; esto es, sin la autoridad de los padres. Ahora bien, en las sociedades industriales capitalistas todo conspira –como se ha visto– contra la práctica efectiva de la autoridad por parte de los padres.

Como se ha repetido, el cambio que se ha producido en la familia urbana –al pasar de recibir los hijos que Dios envíe a tener los que el matrimonio quiera y cuando los quiera– empieza por debilitar de modo grave a los padres que tienen uno, dos o tres hijos *por amor* y porque pueden tenerlos. En las condiciones de la sociedad industrial capitalista, esos mismos padres tienen que armarse de valor para reprimir a los niños, negarles cualquier capricho o castigarlos por las faltas cometidas. El cariño mal entendido de los padres a los hijos debilita su autoridad y puede repercutir de forma negativa en la educación de los niños. Quienes les dejen hacer lo que quieran y les concedan lo que les “apetezca” malcriarán a sus hijos. Pero también harán lo mismo aquellos padres que, inclinándose por la severidad, les impongan su voluntad y su autoridad, ya que, en tal caso, caben dos resultados distintos pero igualmente negativos: unos niños temerosos, sumisos y sin capacidad de iniciativa, con la voluntad aún sin desarrollar; o unos niños hipócritas, que ponen cara compungida delante de los padres pero por detrás se burlan de ellos sin guardarles ningún respeto.

Una educación genuina sólo se puede conseguir si la autoridad de los padres es equilibrada y racional y va siempre acompañada por el amor

En alguna parte y hace años he leído²³ que *la educación es amor y disciplina*, y, aunque no recuerdo bien quién era el autor de esa sentencia, no la he olvidado porque es muy justa y verdadera: educación equivale a amor y disciplina, al amor severo del que se habló hace años en algún país con gran futuro. Ese aforismo –la educación es

²² Desde hace algún tiempo, tanto los padres como los educadores, se enfrentan con un obstáculo que, en la sociedad industrial capitalista, parece insuperable: el desplazamiento de la influencia de unos y otros al ser contrarrestada y superada por otras influencias muchísimo más fascinantes y avasalladoras: las de la publicidad comercial y la cultura industrializada. Mientras en la sociedad campesina los muchachos no tenían otros canales de información que los padres, algún vecino, el cura y –en algunos casos– el maestro, en la sociedad industrial capitalista los canales más importantes de información son la televisión, el cine, la radio, los comics y todas las formas de publicidad. Sorprende que en nuestro país se siga creyendo que quienes desvían a los muchachos de las prácticas religiosas y las buenas costumbres son los malos profesores (masones, comunistas, etc.). En círculos reaccionarios y religiosos tradicionales, sobre todo, se cree en la omnipotencia de los profesores de los centros de EGB y BUP para orientar a los muchachos; una actitud, resultado, no sólo de desconocer el mundo en que viven, sino también del negarse a reconocer que éste ha cambiado notablemente en los últimos veinte años. La información que los profesores aportan a los alumnos no puede competir, en absoluto, con la que el chico recibe en los telefilms americanos. La explicación premiosa y rutinaria de un profesor no puede competir con las brillantes y seductoras imágenes del telefilm favorito o con las “lecturas” de los comics para niños y adultos. Nuestros reaccionarios –con buen criterio capitalista– prefieren echar la culpa del descarrío de los jóvenes sobre los profesores a acusar a la publicidad comercial (oxígeno de las grandes empresas) o a la industria de la cultura –mejor dicho, subcultura– americana y del propio país, de la que el buen reaccionario puede estar recibiendo buenos dividendos. En estas condiciones, los padres tienen que colaborar con los profesores para orientar a los niños al menos frente a esa avalancha de información y de cultura industrial que los amenaza e inunda.

²³ Probablemente en *Cómo enseña Gertrudis a sus hijos* o en *Cartas sobre educación infantil*, de J. H. Pestalozzi (1746-1827). (N. del ed.).

amor y disciplina— es la síntesis más valiosa y la guía más segura y correcta de la educación que debe practicar la familia en la sociedad industrial capitalista. Puede ser también el lema de nuestras familias, que están adquiriendo todos los caracteres de las familias urbanas industriales; y, para demostrar con plena evidencia su acierto y justeza, voy a analizar brevemente su acierto y justeza.

En primer lugar, a los hijos hay que educarlos, incluso por egoísmo y economía de esfuerzos. Pero una educación genuina, verdadera —que modele la conciencia infantil de manera que el niño se comporte lo mismo delante de los padres que en su ausencia, y que se respete a sí mismo cuando esté solo lo mismo que respeta a los demás (ya se trate de los padres o de otras personas) cuando está ante ellos— solamente se puede conseguir si la disciplina, la autoridad, va acompañada siempre del amor (si el niño obedece, más que por temor a disgustar a sus padres, por amor y, sólo en segundo lugar, por respeto). Pero conviene no olvidar que los niños tardan en responder al afecto de los padres con un cariño consciente, verdadero: hasta los cinco o seis años por lo menos, cuando algunos de los elementos de su temperamento y de su carácter ya están establecidos, desarrollados. Desde que el niño empieza a andar hasta los cinco años es la disciplina la que opera con más eficacia en él; pero, desde los cinco años, aproximadamente, en adelante será el amor generado en el niño por el afecto nuclear (por la adhesión profunda a la madre, desde la que se desarrollarán más tarde tanto el cariño a los padres como todos los sentimientos del niño) el que impulsaría al niño a no disgustar a los padres y a otros adultos.

Por lo mismo, la autoridad que se ejerza sobre el niño debe ser regular, equilibrada, racional, sin bandazos; y hay que evitar de modo expreso reñirle de modo violento, o castigarlo y a los pocos minutos acariciarlo y darle mimos, como para hacerle olvidar el castigo y congraciarse con él. Esos cambios desconciertan al niño, que acaba por no saber a qué atenerse; el niño quiere seguridad y regularidad, y, dentro de su limitada capacidad, debe entender el motivo del castigo. El que los padres le impongan su autoridad, el que lo disciplinen, no está en contradicción con el amor. Porque el amor, lo mismo al niño que a otra persona, no se le demuestra con frases melosas y mimos, como suelen hacer muchas madres que se comen al niño a besos después de tenerlo abandonado todo el día. El cariño se le demuestra estando a su lado siempre que necesite el apoyo de los padres, de modo que, cuando despierte asustado de noche, por ejemplo, encuentre en la oscuridad su voz y su mano para protegerlo. El amor de los padres se manifiesta en la seguridad de los niños, en la ausencia en ellos de reacciones de pánico o, por el contrario, en la naturalidad de su comportamiento.

Por último, la educación de los niños no se puede aislar del comportamiento de los padres entre sí. Si la relación entre los padres es desordenada y arbitraria —si tan pronto discuten, se gritan e insultan como se hacen caricias y mimos—, no se puede esperar que los niños no se vean afectados por esa conducta desordenada. Los padres tienen que aprender a respetar a los hijos desde la más temprana edad, y, fruto de ese respeto, es el buen ejemplo que deben dar a los hijos. Si los padres tienen conciencia de la influencia que ejercen sobre los hijos, deben respetarlos, respetándose mutuamente; y, en este sentido, los hijos pueden ser el motivo para que la pareja mejore sus relaciones. Por lo demás, en cuanto ningún matrimonio está obligado a tener hijos, una vez que se han propuesto tenerlos y los tienen, es una obligación

ineludible suya el darles en todo momento buen ejemplo, puesto que durante los primeros años de vida los padres son para los hijos la representación viva de la especie humana y éstos tratarán de formarse según su imagen.

II. EDUCACIÓN Y CLASES SOCIALES

A. La educación familiar en la sociedad agrícola tradicional

«La atención prestada a la educación de los niños campesinos puede parecer reiterativa. Pero esa insistencia no debe sorprender: la inmensa población de nuestro país era campesina, y hasta ahora, que yo sepa, se ha escrito muy poco o nada sobre ese importante tema. Éste no tiene cabida en las historias de la educación, precisamente porque la educación de los campesinos no requería libros ni teorías; y, como los historiadores de la educación –por inclinación natural y de clase– sólo atienden a los hechos que encuentran recogidos por escrito, es justo que se ocupen únicamente de la formación de la minoría que recibía una formación literaria (esto es, basada en libros). Ahora bien, ocuparse de la educación de la mayoría parece conveniente para entender mejor el propio proceso educativo, y para extraer de ella toda experiencia útil para planificar mejor la educación del futuro.»

Conviene recordar que en la familia pequeño-campesina que nos precede los padres criaban a sus hijos sin ayuda ni subvenciones de nadie: la educación era un asunto estrictamente familiar y los padres, los únicos responsables.

La educación familiar en el trabajo, el aislamiento, la pobreza informativa y una tecnología simple, clave de la psicología típica del campesino del Norte

Hoy nos resulta difícil admitir –y aún más comprender– que los hijos pudieran ser educados por los padres en exclusiva. Pero, en la mitad Norte de nuestro país, donde predominaba la familia campesina autosuficiente, la realidad era ésa. Por una doble razón: porque las relaciones sociales eran extremadamente limitadas, siendo por tanto la intensidad de las relaciones personales del individuo la cuestión clave, en buena pedagogía; y porque las técnicas de producción eran sencillas, simples. Dicho de otro modo: la pobreza de las relaciones sociales y lo rudimentario de la tecnología necesaria para la producción eran –como es lógico y racional– los determinantes del tipo de educación; sociedad, producción y educación se correspondían de un modo natural.

Merece la pena insistir en ese tipo de educación familiar, propia de las familias campesinas que producían para el autoconsumo. Los hijos se educaban al lado de los padres en los duros trabajos necesarios para producir los medios de subsistencia. La mayor parte de la experiencia la recibían mediante la imitación, sobre todo por vía muscular y en menor medida por vía del lenguaje. De ahí la pobreza de su expresión conceptual y su preferencia por la acción.²⁴

Los niños así educados poseen experiencia directa de los hechos, de los fenómenos y de los procesos, pero su capacidad para expresarse es baja y tienen graves dificultades para elevarse al pensamiento abstracto. De ahí su enorme pobreza de ideas y el que se aferren de un modo rígido a las pocas que poseen. Esa pobreza de

²⁴ Un escritor carlista observó que los vascos, los navarros y los aragoneses eran más amantes de la acción que de la palabra, de la oratoria. (R.Oyarzun, *Historia del carlismo*, Madrid, Pueyo, 1965, p. 332).

ideas frena sus relaciones sociales, por lo demás muy escasas, dado lo poco frecuentes de las relaciones personales.²⁵ De modo que, mientras la escasez de relaciones sociales (de encuentros o contactos personales) incide en la pobreza de la capacidad de abstracción y del pensamiento de estos niños, su dificultad para expresarse obstaculiza sus relaciones sociales, que se caracterizan por la timidez y por el no saber ni tener nada que decirse.

La psicología típica de las personas sin más educación que ese tipo de educación familiar se distingue por la escasez del vocabulario, la pobreza del pensamiento abstracto, la dificultad para tratarse con personas desconocidas, la timidez, la poca (o ninguna) sociabilidad, la escasa sensibilidad por la baja comprensión hacia los demás, falta de simpatía y de tacto, etcétera. Lo que no quiere decir que esas mismas personas no poseyeran otras cualidades meritorias, dado que el sistema de aislamiento, característico de la población agraria dispersa, persistió durante miles y miles de años.²⁶

La clave última de las deficiencias de ese tipo de educación familiar era el aislamiento en el que vivían los campesinos, pequeños cultivadores que sólo producían para el propio consumo. El sistema de producción los forzaba y mantenía en el aislamiento, reduciendo la cooperación a límites rigurosamente familiares: padres, hijos y algún pariente colateral. La familia era la unidad de producción y la unidad de consumo, además de la unidad de reproducción.

Los niños recibían toda su experiencia –el total de su formación– de un número reducidísimo de personas: los padres, los abuelos y algún tío. La visión de la realidad que el niño podía alcanzar venía limitada por la experiencia que esas pocas personas le podían proporcionar. Los cauces de su experiencia sus relaciones sociales– no podían ser más reducidos. Aunque, para sus condiciones de vida, no necesitaban más, puesto que sus contactos personales tampoco podían ser más escasos.²⁷

La educación de los niños en las familias campesinas que cultivan para el propio consumo es un caso particular dentro del proceso general de socialización del hombre en las regiones con población dispersa o diseminada. Por lo demás, las condiciones de dispersión afectan más a los niños que a los adultos. Fundamentalmente, porque en la etapa de la constitución de la conciencia (en cuanto organización del comportamiento y de la persona) la escasez de relaciones humanas empobrece la experiencia personal y da como resultado individuos con opiniones rígidas y un tacto social más bien rudo.

²⁵ Son muchas las familias que no se encuentran con personas ajenas a la propia familia durante los meses de invierno; e incluso en el verano –la época de las cosechas– los contactos con otras personas son poco numerosos.

²⁶ Dicho sistema debió de alcanzar su culminación en la Edad Media (quizás más bien en la Edad Media tardía), puesto que favorecía el predominio y la conservación del sistema feudal. Para el feudalismo, la fórmula ideal era la población dispersa: caseríos, pequeñas aldeas o lugares de algunos cientos de habitantes; en cambio, la ciudad era todo lo contrario –el enemigo–, ya que favorecía al hombre libre, intelectual y socialmente.

²⁷ Sorprendentemente, los cauces de experiencia –las relaciones sociales– de los campesinos no eran muy distintos a los de los niños en las ciudades actuales, en la edad preescolar. Las relaciones sociales de nuestros niños en las grandes ciudades se reducen a la vivienda familiar, en razón de la circulación rodada, que ocupa las calles, por lo que tienden a descender al mismo nivel que las propias de los campesinos autosuficientes. Eso sí, con la salvedad de que a los niños de las ciudades de hoy se les fuerza a romper el insularismo familiar valiéndose de la escuela y de otras organizaciones sociales, que les ofrecen nuevas relaciones sociales, cada vez más numerosas y alejadas del núcleo familiar.

La penuria de relaciones sociales –como cauces de experiencia– en los niños repercute en cuatro sentidos distintos en su etapa de formación: retrasa el desarrollo intelectual y emocional;²⁸ determina el carácter mediante la actitud del individuo, más abierta a todo lo que le rodea o más cerrada sobre sí mismo; disminuye la capacidad del individuo para relacionarse con los demás y, sobre todo, produce en él una fuerte resistencia a relacionarse con personas desconocidas; y limita y reduce la concepción de la realidad a los confines de un valle y de unas actividades muy rutinarias y rudimentarias.²⁹

²⁸ El contraste entre las familias con muchos hijos y las que sólo tienen uno o dos basta para evidenciarlo.

²⁹ El fuerte autoritarismo de los padres de la familia campesina, muy evidente entre los labradores que cultivan la tierra para el propio consumo, tiene raíces socioeconómicas profundas. Tan profundas e importantes, que han condicionado todos los aspectos de la vida desde la Alta Edad Media hasta muy recientemente.

En la primera parte de este trabajo señaló ya, al tratar de la familia campesina española, que el autoritarismo de la familia campesina es cuestión de supervivencia; ahora se trata de insistir en sus orígenes y en sus consecuencias culturales, generales.

Con los bajos rendimientos conseguidos por los campesinos con unos métodos y unas tecnologías muy anticuados no podían obtenerse alimentos suficientes para alimentarse ellos con su familia y sostener a una nobleza y un clero acostumbrados al lujo y al despilfarro. De ahí que los nobles - el clero alto (abades, obispos, etc.) incluido, que se comportaba como tal- sometieran a sus campesinos a una explotación tan ominosa como para forzarles a consumir los alimentos de peor calidad y a pasar hambre. «Ellos [los campesinos] siembran, ellos aran, ellos riegan, ellos trillan y, después de hechas todas las labores, les viene otra fatiga nueva, y la más sensible de todas, que es conducir los frutos o el valor de ellos a la casa de los poderosos, dejando en las propias la consorte y los hijos llenos de tristeza y bañados en lágrimas, *a facie tempestatum famis*».» [Feijóo, *Teatro Universal*, Clásicos Castellanos, Madrid, La Lectura, 1925, p. 308]. Así escribía Feijoo en el siglo XVIII en referencia a sus paisanos de Galicia, Asturias y las montañas de León.

Esa durísima explotación de los campesinos exigía a los nobles el uso constante de la fuerza para obligarles a entregar al señor los frutos de su trabajo. Ahora bien, la fuerza física es cara, porque los soldados y los guardias quieren comer bien, y, si lo que se arranca a los campesinos se lo comen los soldados, no es negocio para el señor. De ahí que siempre se haya tendido a sustituir la fuerza bruta por otras formas de coacción más refinadas y baratas: principalmente, la religión, la moral, la ley y, con frecuencia, también diversas formas de superstición.

Como, en realidad, la sometida a la explotación y el hambre era la masa del pueblo, la miseria se convirtió en estado normal y condición del género humano. La penuria, el dolor y la muerte condicionaban la vida del común de las gentes, mientras la religión convirtió este mundo en un valle de lágrimas, del que todo goce y todo placer quedaron totalmente desterrados. El sufrimiento se elevó a la categoría de valor máximo; hasta tal punto, que el mismo Dios se hizo hombre para sufrir por todos los hombres. Por lo demás, el dolor y la resignación purificaban al hombre; eran el único camino que conducía a Dios y a su Paraíso, y, cuando un hombre no alcanzaba una purificación perfecta con sus padecimientos la completaba en el Purgatorio. No se podía aceptar ninguna forma de placer, pues cualquier goce conduciría a buscar el fundamental -la satisfacción del hambre-; y, si todos los pobres saciaban su hambre ¿qué quedaría para los nobles y para el clero?

Así surgió y se impuso la moral de la austeridad -mejor dicho, la moral restrictiva-, que domino en las naciones del Occidente de Europa hasta muy recientemente y, en parte, todavía domina. La misma lucha de la Iglesia Católica contra el sexo tuvo su origen en esa condenación de todo placer, en tanto que las oscilaciones en esa lucha y la santa intransigencia de los dos últimos siglos y medio, con San Alfonso María Liguori como verdadero campeador, parecen haberse debido a la intensificación de la explotación a que fueron sometidos los campesinos desde mediados del siglo XVIII.

La religión del sufrimiento y la moral de la restricción originaron también el culto y la preocupación patológica por la muerte, tan característicos de los países mediterráneos y especialmente de España. De hecho, para millones de campesinos, la muerte aparecía como la transición de una vida llena de sufrimientos a otra plena de felicidad y beatitud; esto es, como el paso de este valle de miseria y lágrimas a otro mundo donde nada se puede echar en falta. La puerta de ese mundo es la muerte y quienes más han padecido aquí más derecho tienen al reino de los cielos.

La educación en la familia y en la calle –con su convivencia intensa y su contraste de pareceres–, clave de la psicología del campesino del Sur

Este tipo de población diseminada y de educación familiar, que se caracterizan por relaciones sociales muy limitadas y por contactos personales muy poco frecuentes, contrasta de modo radical con el propio de los habitantes de la mitad meridional de

La moral restrictiva alcanzó una gran difusión, y de hecho, es universal. Aunque coincide rigurosamente con el ámbito de influencia del catolicismo, se ha impuesto donde quiera que las masas campesinas hayan estado o estén sometidas a una gran explotación y dominadas por el hambre y la miseria. Por eso, también el capitalismo naciente glorificó la sobriedad de los pobres en sus comidas y demás necesidades. Por eso, penetró profundamente en las conciencias de los hombres y fue objeto de grandes alabanzas y exaltaciones hasta los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial en los Estados Unidos y hasta la década de los sesenta en los países industrializados del Occidente europeo, cuando comenzó a constituir un freno para el consumo y, mucho más, para la economía del despilfarro -del “tírrese después de usado”-, que está convirtiéndose hoy en la única salida posible para el capitalismo sobremaduro.

De hecho, aunque sin confesarlo abiertamente, los gabinetes de publicidad han iniciado una campaña contra todas las formas de ahorro y contra la moral restrictiva, contra toda forma moral de austeridad. Por lo demás, es lógico que las grandes industrias productoras de bienes de consumo se esfuercen en conseguir quebrantar todo pensamiento de ahorro y austeridad y persuadir a los individuos de que no hay que encariñarse con las cosas sino despreciarlas y ansiar el logro de nuevas; esto es, desear lo nuevo simplemente por ser nuevo. Al contrario de lo que ocurrió durante siglos, hoy los promotores de ventas excitan a las gentes incitándolas a disfrutar de las cosas lo antes posible y a gozar de la vida aquí y ahora; pues, para que puedan hacerlo, se han inventado determinadas instituciones financieras, las ventas a plazos y otros dispositivos culturales. No hay que caer en la tentación de ahorrar; sería peligroso. La gente puede entregarse al goce de consumir tantos artículos como produce la industria; ya pagará después. Eso sí, los policías, los jueces, las cárceles, etc., están ahí para quien no pueda pagar.

No hay nada más opuesto a la moral restrictiva católica que esta invitación constante y eficaz al disfrute y al goce de tantos bienes como se nos ofrezcan. El paso de la moral restrictiva del “valle de lágrimas” a la moral del goce, el disfrute, la abundancia y la gratificación supone un cambio radical. Se trata de hacer creer a los hombres que ya no se les cambian los bienes reales producidos por la tierra o por la industria, como resultado del trabajo humano, por bienes intangibles espirituales; que la ciencia y la técnica han hecho posible que los esfuerzos de los hombres se recompensen con bienes materiales, ni fraudes ni aplazamientos: que hay que arrinconar los incentivos morales en el viejo desván de los trastos de la historia.

Hoy conviven en nuestro país dos generaciones que responden a esas dos morales: la generación de los mayores, abuelos y padres, que se formaron bajo la presión de la moral restrictiva de la escasez y hasta de la miseria; y la generación de los nietos e hijos, que se han formado o están formándose bajo el apremio de la moral de las gratificaciones materiales y la constante invitación al disfrute y al goce, de la moral del bienestar. Es muy posible que los padres -y, por descontado, los abuelos- hayan pasado hambre y sufrido los zarpaos de la miseria, sensaciones del todo desconocidas para los jóvenes, que aprendieron a comer comiendo hasta saciarse. Los jóvenes han crecido en un clima de abundancia y de libertad, y, como los medios de comunicación de masas son tan sugestivos, se lo han creído, como se creen todo lo que les dice la televisión. Para ellos no reza el adagio alemán “de cómo trabajemos hoy dependerá el cómo viviremos mañana”, sino más bien este otro: “disfrutar y gozar hoy más que ayer y menos que mañana”.

Nuestros mayores, que llegaron de los campos a vivir en los cinturones de miseria de las ciudades en los años cuarenta y cincuenta, no pueden evadirse de unas sensaciones que les marcaron para siempre ni comprender a sus hijos o a sus nietos, que se han formado bajo el impacto de los medios de comunicación actuales; y los hijos tampoco pueden entender a los padres: piensan que los tiranizan sin motivo, que quieren frustrar su espontaneidad e impedirles que disfruten de una vida a la que tienen perfecto derecho, puesto que los bienes están ahí, a su alcance, para ser disfrutados. Pues en la ciudad es difícil que un muchacho se haga consciente del esfuerzo que cuesta ganar dinero: para él, el dinero posee la propiedad natural de servir para comprar cosas, pero ignora que el dinero sirve para comprar cosas porque representa cantidades discretas de trabajo social y que todo dinero se entrega, en última instancia, a cambio y en pago de un trabajo.

El encuentro de estas dos generaciones, condicionadas por morales tan opuestas, es el rasgo más característico de la familia actual.

nuestro país. Sobre todo, en los grandes pueblos de La Mancha, Extremadura, Andalucía y demás, donde la población está muy concentrada y los individuos viven casi todo el día unos a la vista de los otros. Pues, aparte de que las casas son muy pequeñas y no están rodeadas de huertas y prados, como en el Norte, en cuanto uno sale a la puerta ya está a la vista, enteramente a la vista, de los vecinos. La gente se ve obligada a vigilar y a cuidar la propia apariencia porque, con mucha frecuencia, está a la vista de los demás.

En los grandes pueblos de la España meridional, en los que además ha habido mejores servicios educativos, la educación familiar se ve completada por éstos y por la *educación en la calle*. La madre despacha pronto a sus hijos a jugar en la acera, donde se encuentran con los niños de otras familias. Dado el clima de estas regiones, los niños juegan con otros en la puerta de casa desde que comienzan a andar, y conviven con ellos horas y horas durante la mayor parte del día. De modo que están sometidos a una intensa socialización desde muy temprano. Y, aunque esas prematuras “relaciones sociales” no les aporten una experiencia demasiado valiosa ni constituyan verdaderos cauces de experiencia para ellos, sí que les predisponen para conectar con mayor facilidad con los demás, sobre todo en la adolescencia y, después, al llegar a adultos.

Estos niños pasan por una socialización muy intensa en sus juegos con los niños y niñas vecinos. Aprenden a hablar y –lo que tiene enorme valor formativo– a escuchar, puesto que no pueden jugar con otros niños sin escucharles, sin entender lo que dicen, lo que proponen, lo que exigen, etc. Los niños de estos grandes pueblos de la mitad Sur de la península aprenden desde muy pequeños a convivir con otros niños y niñas y a ver a los otros como iguales. Aprenden a tener necesidad de los otros para jugar, para hablar, para intercambiar experiencias a nivel infantil. Descubren que es más agradable estar con los amigos que estar solos. Aprenden a confiar en los otros porque conocen su valía. Anudan lazos de solidaridad y buscan apoyo en los otros en los momentos de aflicción y de desgracia. Es posible que en esas condiciones se produzcan individuos charlatanes, superficiales, individuos extrovertidos que exteriorizan prontamente sus emociones y experiencias. Pero todo ello ayuda también a la convivencia, al apoyo mutuo y, sin duda, a sentirse cada uno más libre y más seguro de sí mismo, puesto que cada individuo interioriza con mayor intensidad la comunidad en la que se ha desarrollado y en la que vive.

En comparación con los hombres de las poblaciones dispersas del Norte, los de las poblaciones del Sur conocen una rica diversidad de opiniones, mientras que aquéllos dan vueltas y revueltas alrededor de sus escasos pensamientos, hundiéndose cada vez más en el subjetivismo y sin poder contar con el contraste de otras opiniones que permitan a los individuos liberarse de sus situaciones depresivas y angustiosas. Para los hombres del Norte la calle, sus estrechas callejas, es sólo el lugar por donde pasan sus escasos vecinos y las vacas; en cambio, para los niños de las poblaciones concentradas del Sur, la calle es profundamente educadora y liberadora, por las intensas relaciones sociales que genera.

Un ejemplo aclarará esto. Puede imaginarse el efecto sobre unos y otros hombres de una misa en la que al sacerdote se le haya ido la mano y haya cargado un poco el acento predicando sobre los pecados mortales al referirse a los sufrimientos de las almas en el infierno. El hombre del Norte regresará a su caserío o a su aldea, rumiando con dificultad y con miedo creciente las palabras y las imágenes del

sacerdote, sin poder liberarse de su angustia. Por el contrario, el hombre del Sur se encontrará con sus amigos habituales, entre los que habrá alguno que empezará analizar, con respeto decreciente, esas mismas palabras e imágenes, hasta acabar por disolver su efecto deprimente sobre unos y otros; de modo que, al entrar en su casa, incluso se habrá olvidado ya del efecto del sermón dominical. Tal es la consecuencia liberadora de sus relaciones sociales.

La riqueza de la información no sólo estimula el desarrollo de la personalidad, al enriquecerla con los diversos puntos de vista sobre las cosas de todos los numerosos vecinos y amigos. También proporciona a cada individuo la asistencia solidaria de numerosas personas –sus iguales–, que constituye la base de una mayor y más firme libertad.

La información, en la forma de multiplicidad de opiniones, es el principal recurso contra el miedo, la opresión y la angustia de la soledad. Las poblaciones diseminadas del Norte no han dispuesto durante siglos de más canal de información que el sermón de la misa de los domingos; de modo que, en esas condiciones, los hombres se encontraban inermes ante la unilateralidad informativa (cuando no se trataba, más bien, de una información tendenciosa, de una verdadera deformación). En cambio, en las poblaciones concentradas del Sur, los hombres disponían de cauces más numerosos por los que recibir más información.

Ahora bien, la información es la base de la comprensión de la realidad y, por lo mismo, proporciona un mayor grado de libertad. Mayor información significa relaciones sociales más intensas, mayores posibilidades de solidaridad, más seguridad y más libertad.

B. La educación y la clase alta española

«Las familias aristocráticas, por poco más que la comida, contaban con amas de leche, niñeras, institutrices (extranjeras), y con dómines, maestros de canto, de baile, de etiqueta y de esgrima, como profesores particulares, y todos ellos ejercían sus funciones dentro de la mansión familiar y se les pagaba por hacerlo. Pero esta educación familiar no tenía nada que ver con la de la familia campesina: sus ejecutantes eran verdaderos criados, y el “complejo de niño educado por criados”, su rasgo principal. Claro que los niños aristócratas pasaban por muchas manos, de modo que unos “maestros” neutralizaban a otros, con el resultado final de un estereotipo humano inconfundible.»

La atención prestada a la educación de los niños campesinos³⁰ puede parecer reiterativa. Pero esa insistencia no tendría que sorprendernos: la inmensa población de nuestro país era campesina, y hasta ahora, que yo sepa, se ha escrito muy poco o nada sobre ese importante tema.³¹ Éste no tiene cabida en las historias de la educación, precisamente porque la educación de los campesinos no requería libros ni teorías; y, como los historiadores de la educación –por inclinación natural y de clase– sólo atienden a los hechos que encuentran recogidos por escrito, es justo que se ocupen únicamente de la formación que recibía una formación literaria (esto es, basada en libros). Ahora bien, ocuparse de la educación de la mayoría parece conveniente para entender mejor el propio proceso educativo, y para extraer de ella toda experiencia útil para planificar mejor la educación del futuro.³²

La idealización de la familia de los hidalgos cortos de la orla periférica cantábrica, origen más probable del estereotipo de la familia agraria

Por otra parte, como todo el mundo sabe, el modelo –el estereotipo–³³ de la familia agraria se caracteriza por la venerada autoridad del padre, la piedad de la madre, la humildad y respeto de los hijos y la fidelidad de los criados. Esa familia que todas las noches rezaba el Santo Rosario, reunidos todos sus miembros en torno al fuego del hogar. Esa familia, célula de la sociedad, que criaba a los hijos como buenos cristianos y buenos patriotas.

Ese modelo o estereotipo, que alimentó la imaginación de los escritores más cristianos y más patriotas del país, estuvo vigente en gran parte de la novela costumbrista y, sobre todo, en los más lacrimosos seriales de la era de Franco; y, como

³⁰ Téngase en cuenta que, con ligeras variantes, todo lo que se dice de los niños campesinos puede aplicarse a los niños artesanos.

³¹ Puedo hablar de la educación del niño campesino porque es toda la formación que yo recibí hasta los 16 años; luego la Guerra Civil me obligó a cambiar de aires y a buscar otros caminos.

³² La atención a la educación de los niños campesinos puede prestar una valiosa ayuda, precisamente por la extraordinaria simplicidad de la misma: dadas las condiciones –organización social y desarrollo del equipo tecnológico– en que se basaba la producción agrícola, este tipo de educación tenía que ser muy sencilla; pero, por lo mismo, no será difícil aislar los diferentes condicionantes y analizar el peso, la influencia y los efectos de cada uno.

³³ Una imagen “estándar” aceptada, admitida por el común de los miembros de un grupo y que representa una opinión, una actitud afectiva, un juicio no crítico, archisimplificado, relativo a personas, nacionalidades, razas o cosas.

es natural, ocupa aún las mentes de una gran parte de nuestros conciudadanos.³⁴ Y, sin embargo, curiosamente, no responde en realidad a la práctica de la clase dominante. De hecho, Larra y Antonio Flores, entre otros muchos, cuentan ya cómo se generalizó el *tuteo* en las tres primeras décadas del siglo XIX, una época en la que la autoridad del padre andaba ya, por cierto, bastante maltrecha.

Por lo demás, ¿qué necesidad tenían las familias de la clase superior de establecer una fuerte disciplina, ni de que los padres —el padre, en especial— ejercieran una autoridad tiránica? Para la existencia de una autoridad omnímoda no tenían más motivo que el de conseguir, por ejemplo, la aquiescencia del joven o la joven para una boda amañada, un matrimonio de conveniencia. Pero, en tal caso, los padres disponían de numerosos recursos para hacerse obedecer por los hijos (es más, bastaba la amenaza de desheredarlos). Las condiciones de vida y la organización de las familias aristocráticas tampoco propiciaban el ejercicio de ese tipo de autoridad, al haber estado condicionadas durante siglos por la existencia del mayorazgo, como clave para la persistencia del poder; y, puesto que el hijo mayor, el primogénito, era el heredero forzoso y los demás sabían de antemano que no podían heredar más que migajas, ni siquiera la amenaza del desheredamiento tendría fuerza alguna.³⁵

Entre los posibles orígenes del estereotipo de la familia agraria y patriarcal cabe mencionar el caso de las familias de los campesinos acomodados y, sobre todo, el de las familias de los hidalgos cortos de la orla cantábrica de la Península.

Esos hidalgos pobres se venían obligados a exhibir sus blasones y ejecutorías de continuo, para demostrar su rango. Como sus propiedades (sus “estados” o dominios) se reducían a unas pocas parcelas dadas a censo, en arrendamiento o aparcería, y tenían que vivir de tan escasas rentas, sin poder trabajar en ningún oficio, andaban siempre envarados y prontos a sacar a relucir a sus gloriosos antepasados, héroes de la reconquista.

Es muy posible que el origen del citado estereotipo radique ahí. Los hidalgos cortos constituían el testimonio vivo y la salvaguardia de la tradición más rígidamente feudal, más pretendidamente heroica y nobiliaria de España. Ellos fueron los guardianes del prototipo del español “mitad monje y mitad soldado”, que por cierto llenaba de orgullo a muchos de nuestros comerciantes y artesanos enriquecidos y ennoblecidos durante los siglos XIX y XX.

Sin duda, el estereotipo de la familia cristiana, agraria, es el resultado de la idealización de las familias de esos hidalgos cortos; y no fueron pocos los escritores burgueses que las tomaron como modelos y las presentaron como la esencia pura de la raza. Aunque, en realidad, no fueran más que nidos de hipocresía y muestrarios de vagancia, sepulcros vacíos y blanqueados.

³⁴ Que esto es así lo demuestran las críticas que se hacen a la familia actual a través de los medios de comunicación, donde no se cansan de protestar contra la tiranía de los padres (sobre todo, contra la del padre), la represión y opresión de los hijos, para convertir a éstos en dóciles miembros del sistema, o contra los padres como distribuidores de “roles”, etcétera, etcétera. Lo que no es sino un nuevo testimonio de cómo las relaciones sociales perduran como vestigios en las conciencias después de haber desaparecido.

³⁵ La existencia de los mayorazgos era un cáncer que corroía a la familia por dentro; y conviene recordar que vínculos y mayorazgos no eran privativos de la aristocracia: hubo una época en la que estuvieron difundidos por casi toda la escala de los propietarios..

Con todo, ese modelo de familia tuvo suerte. Todavía sigue vigente, y encandila a muchos ejemplares y especímenes de nuestra clase media y pequeña burguesía que ansían hacer reverdecer las esencias de la raza, las esencias de lo español. Es más, también fascina a tantos como hoy acusan a la familia de tiranizar a los hijos, de reprimir su espontaneidad y de explotar a la mujer, a la esposa.³⁶

El complejo de “niño educado por criados”, principal rasgo de la educación familiar de la clase alta

La educación de los hijos en el seno de la familia es otro componente del estereotipo de la familia cristiana, y fue cierto, tanto en las familias campesinas y artesanas, como en las aristocráticas. Aunque, en el caso de éstas, no fueron los padres quienes ejercieron de educadores, porque por de pronto no tenían tiempo para poder hacerlo, ya que ocupaban sus horas otras ocupaciones más perentorias e importantes.

Las familias aristocráticas, por poco más que la comida, contaban con amas de leche, niñeras, institutrices (extranjeras) y con dómines, maestros de canto, de baile, de etiqueta y de esgrima, como profesores particulares, y todos ellos ejercían sus funciones dentro de la mansión familiar y se les pagaba por hacerlo. Pero esta educación familiar no tenía nada que ver con la de la familia campesina: sus ejecutantes eran verdaderos criados, y el “complejo de niño educado por criados”, su rasgo principal. Claro que los niños aristócratas pasaban por muchas manos, de modo que unos “maestros” neutralizaban a otros, con el resultado final de un estereotipo humano inconfundible.

³⁶ Estos detractores tienen en el pensamiento la misma imagen de la familia, pero no tienen ni idea de cuál fue el origen del autoritarismo de las familias campesinas, que persistió durante siglos y hoy está en crisis, lo mismo entre las familias del campo que entre las familias de las ciudades y las zonas industriales.

C. Educación y clase media

«Las familias de la clase media dedican grandes esfuerzos a la educación de los hijos como condición de su bienestar y de la conservación del rango social. Pero, aunque por otras razones, les sucede lo mismo que a las familias de la clase alta. Los padres no tienen tiempo para educar a los niños (de hecho, ni siquiera pueden, sobre todo el padre). Como no disponen de recursos para llevar a cabo la formación en el hogar, los envían como internos o medio-pensionistas a colegios privados de cierto prestigio. Les obsesiona que los chicos no se mezclen con los de las clases bajas, y por eso eligen colegios caros, aun cuando estén protestando continuamente por los precios.»

La aristocracia, como clase que daba el tono, se podía permitir por supuesto todo tipo de licencias en su comportamiento, y las extravagancias de los nobles eran siempre originalidades para los obligados a admirarles. Pero la educación aristocrática dejó de ser un modelo para las clases sociales inmediatas —la clase media (de los altos funcionarios y los profesionales de las categorías superiores) y para la burguesía mercantil e industrial naciente—, probablemente durante el siglo XVIII.

Creación del arquetipo de la clase alta como clase dominante eficaz e influyente por la clase media, y modernización de ésta por los krausistas

Esas otras clases concedían mucha importancia a la educación de sus hijos, al considerar que la etiqueta, las maneras y un saber hacer eran el único recurso para mantener el rango o para el ascenso social. Sobre todo la clase media. Ésta fue la creadora y la mantenedora del estereotipo de la clase alta, y ella misma tendía a adaptar con rigor su comportamiento a dicho modelo. Estaba convencida de que la clase alta, como detentadora de los privilegiados puestos de decisión, sabría apreciar la educación de los candidatos y de que escogería entre éstos a sus más inmediatos colaboradores. De ahí que sometiera a sus hijos a un riguroso adiestramiento para conseguir que adquirieran los modales convenientes, el que se aferrara a los mismos, como peculiares de la clase alta y como una barrera frente a las clases inferiores, y que no transigiera con licencias entre sus miembros (incluidas las que se permitían los miembros de la clase superior en su comportamiento).

Ahora bien, esa misma orientación de la clase media ante la educación de sus hijos, determinada por su posición en la escala de las clases sociales y por las ventajas materiales y de prestigio que esperaba obtener de la misma, la impulsaba también con frecuencia a corregir y a educar a la clase alta por no adaptarse externamente al estereotipo que se había formado de ella, con el propósito de corregirla y educarla. Buena prueba de ello fue la obra educativa de Francisco Giner de los Ríos, cuya obsesión por los buenos modales transcendía los límites de la propia clase media. Le preocupaba el aplebeyamiento de la clase alta y luchó por mejorarla, tanto en su ilustración como en sus modales, con el fin de hacer de ella una clase dominante realmente eficaz e influyente. Un esfuerzo, por cierto inútil, pues, cuando una clase ha iniciado su decadencia porque su papel histórico y social ha caducado, no hay quien la detenga.

Con todo, los esfuerzos de Francisco Giner no fueron inútiles, puesto que consiguió reforzar temporalmente a la clase media preindustrial y prepararla para el cambio que se avecinaba: la transformación industrial del país, interrumpida por la Guerra Civil. Los pocos cuadros capacitados que ayudaron al desarrollo industrial, en oposición a la burocracia tradicional, salieron de sus filas. Aparte de que la labor educativa de Giner de los Ríos constituyó un fuerte freno a la influencia ideológica esterilizante de la “clase media” feudal tardía, constituida por los hidalgos cortos y sus admiradores y paniaguados “intelectuales”, obsesionados con la restauración de la España Imperial; esto es, con la recuperación de las esencias inmortales de la España eterna y los “ideales austracistas”, resumidos por cierto en la reciente noción de nacional-catolicismo.³⁷

Educación “en la *áurea mediocritas* y como “profesionales del conocimiento”, y en colegios privados y caros, de los hijos de la clase media

Las familias de la clase media dedican grandes esfuerzos a la educación de los hijos como condición de su bienestar y de la conservación del rango social. Pero, aunque por otras razones, les sucede lo mismo que a las familias de la clase alta. Los padres no tienen tiempo para educar a los niños (de hecho, ni siquiera pueden, sobre todo el padre). Como no disponen de recursos para llevar a cabo la formación en el hogar, los envían como internos o medio- pensionistas a colegios privados de cierto prestigio. Les obsesiona que los chicos no se mezclen con los de las clases bajas, y por eso eligen colegios caros, aun cuando estén protestando continuamente por los precios.

Esas familias quieren un tipo de centro de enseñanza que no destaca por su profesorado ni por la formación intelectual que proporciona, sino por sus actividades “paradocentes”: transporte, comedor, campo de deportes (en especial, tenis y educación: es muy elegante aprender a montar a caballo, para después andar en coche). Las consideran mucho, porque son de buen tono y ayudan a adquirir buenas maneras o modales. De hecho, hoy, en los colegios de clase media que presumen de proporcionar estilo de vida, además de formación intelectual, aquél queda reducido a esas actividades paradocentes.

La clase media (y lo mismo puede decirse de la actual burguesía alta y media) orienta a sus hijos hacia la *adquisición* de unos conocimientos “operativos”, eficaces para resolver problemas concretos de la práctica profesional: esto es, a dominar las operaciones rutinarias más corrientes, saber cómo recoger ideas de uno o varios libros, para pasar una oposición o redactar un informe, etcétera. Esto es muy característico de los individuos de la clase media preindustrial avanzada: saber espigar unos conocimientos que dan la impresión de saber, sin caer en la tentación de profundizar, de saber realmente.

Se trata aquí de una sabiduría “prudente” difícil de imitar. Hasta el punto de que uno se admira de que jóvenes de la clase media que ganan oposiciones con gran brillantez, una vez instalados confortablemente en el escalafón, tienen la rara virtud de

³⁷ El que los portadores de esos “ideales” de restauración de la concepción unitaria del hombre cristiano anterior a Lutero no consiguieran mayor influencia —ni siquiera al calor de la victoria en la Guerra Civil—, se debió al mayor dominio intelectual y al saber hacer de la clase media educada en las normas e ideales propugnados por Francisco Giner y llevadas a la práctica pedagógica y didácticamente por la Institución Libre de Enseñanza.

conseguir que no se vuelva a hablar de ellos. Son personas que logran adquirir un barniz intelectual suficiente para amenizar una tertulia, pero sin meterse en profundidades, como si “poseyesen” los conocimientos y si tuviesen un archivo a mano, pero sin que tales conocimientos entren, de hecho, a constituir parte de la propia personalidad.

Los hijos de las familias de la clase media aprenden a ser “profesionales del conocimiento”, al igual que los hijos de las familias artesanas aprenden y asumen la profesión del padre. Ese tipo de profesionalidad resulta útil y eficaz en determinados empleos, los típicos de la clase media (notarios, registradores de la propiedad y altos funcionarios de la burocracia estatal o empresarial en general), en los que se exige un cierto saber hacer rutinario o cuyas variantes son pocas y fácilmente previsibles.

No es difícil advertir que el desempeño de muchos de estos empleos –si no, de todos–, no exige aptitudes geniales, sino que más bien requiere seguridad, minuciosidad y dominio de la materia, pero al nivel estrictamente necesario. De hecho, el empleado que quisiera profundizar y buscar el porqué de lo que hace resultaría perturbador. Se trata de tareas que implican aptitudes y actitudes similares a los análisis rutinarios, en los que no hay que investigar nada sino sobre todo aplicar unas reglas bien aprendidas y dominadas. Tal es la actitud dominante en muchos servicios –estatales, empresariales, o, simplemente, de profesionales autónomos–, a los que el cliente acude con la esperanza de que sus problemas –sus expedientes– se resuelvan, de forma rutinaria sí, pero también con eficacia.

Esa capacidad de mantenerse en un nivel medio sin dejarse atraer por el vértigo de la profundidad es casi exclusiva de la clase media, o de actividades mentales de la misma, como, en concreto, las de los jóvenes que estudian para “poseer” unos conocimientos que les permitan un saber hacer. Porque a los miembros de la clase media no les atrae el conocimiento por el conocimiento para satisfacer una curiosidad ingenua, el conocimiento generado por la pasión de autosuperarse mediante la comprensión de la realidad, o, sencillamente, el conocimiento del mundo real como instrumento de una no bien comprendida posición de clase (algo que suele darse, en cambio, en muchos individuos de la pequeña burguesía o de las dos clases extremas de la sociedad capitalista industrial: el proletariado y la alta burguesía).

La clave del sentido del orden y de la disciplina funcional de los miembros de la clase media es la preocupación por no descender de categoría, debida con frecuencia a circunstancias especiales del padre (un buen profesional) o a una feliz condición personal para el ascenso en la burocracia estatal o empresarial. Porque no hay que perder de vista que el carácter diferencial de esa clase es que no controla sus condiciones de vida (esto es, sus fuentes de ingresos), aunque disfrute de un alto nivel de vida, que incluso le permite codearse con la burguesía y hasta con la aristocracia del dinero. Tal es la causa económica profunda del temor a perder la posición social privilegiada de que disfruta.

Ese temor no sólo es el mecanismo más evidente de la disciplina de los hijos, sino que a éstos les empuja también muy directamente a lograr su objetivo principal: conseguir una situación lo más adecuada posible para iniciar un rápido ascenso que les sitúe en nivel igual o superior al familiar y propio. Para ello cuentan, por cierto, con

algunas ventajas: un ambiente familiar de alto nivel (se podría decir “culto”) y el espíritu de cuerpo que tiende a favorecer a los de la propia clase.

Esas condiciones de clase tienden a generar entre los jóvenes el autoritarismo y el conformismo.³⁸ De modo que se inclinan a adaptarse a lo que la clase alta espera de ellos, o a lo que ellos creen que se espera que hagan. Porque saben muy bien que la clase alta, además de eficacia (o, tanto, como ésta), exige también adaptación, conformidad, entrega a sus normas.

³⁸ Probablemente, este autoritarismo de la clase media pesa mucho en las críticas que se le hacen hoy a la familia.

D. Educación y pequeña burguesía

«De hecho, buena parte de los problemas con que se enfrentan hoy las sociedades industriales capitalistas proceden de la gran desorientación de los jóvenes hijos de las familias de la pequeña burguesía y de las dificultades que encuentran para insertarse en la sociedad.»

En España la pequeña burguesía se dividía en dos grupos bastante desiguales: la pequeña burguesía agraria, campesina, y la pequeña burguesía artesana, industrial y mercantil.

De la primera, poco cabe añadir a lo que ya se ha dicho. Tan sólo, que no parece conveniente hablar de pequeña burguesía en referencia a los innumerables campesinos que cultivaban para el propio consumo, y cuyo nivel de vida era inferior –o casi inferior– al de los gañanes y braceros de las provincias del Centro y del Sur. En cambio, podrían incluirse, con todo derecho, en dicha categoría social otros tres grupos. A saber: los labradores arrendatarios o aparceros de las huertas de la orla mediterránea –que cultivaban y cultivan para para la exportación–, por su nivel de vida acomodado y una formación cultural más alta; los campesinos medios del área del trigo, el aceite y el vino, que producían en parte para el propio consumo y en parte para el comercio; y los campesinos ganaderos de la cornisa atlántico–cantábrica, que criaban vacunos para carne y (ya en este siglo) produjeron leche para las empresas lecheras.

Las condiciones de vida de la pequeña burguesía explican que una parte de ella opte por el realismo estrecho y otra, por el idealismo más abstracto

Pese a su diversidad, los diferentes estratos de la pequeña burguesía se distinguen por determinados rasgos característicos: la propiedad de los medios de producción (excepto la tierra, en el caso particular de los campesinos de las huertas de Levante); el empleo sobre todo de mano de obra familiar (hijos, hermanos, etc.) y, sólo en segundo lugar y en muy corto número, de mano de obra extraña; y la producción para el mercado y la dependencia del mismo como cauce principal del abastecimiento familiar y productivo.³⁹

Ahora bien, como dueña de sus propios medios de producción, la pequeña burguesía goza de cierta seguridad, vedada a la clase obrera e incluso a la clase media, cuyos miembros dependen principalmente de un salario. Además, los medios de producción son transmisibles bajo ciertas condiciones de padres a hijos, siempre que alguno de éstos sea capaz de dirigir el pequeño negocio como lo hacía el padre (lo que no es imposible, pues los hijos solían integrarse en el negocio al lado del padre). Pero, al estar la producción orientada al mercado, esa misma pequeña burguesía sufre

³⁹ La dependencia del mercado diferencia a la pequeña burguesía de los campesinos que cultivaban para el consumo propio. Por lo demás, hay notables diferencias al respecto entre los diferentes sectores de la pequeña burguesía. Así, en tanto que la pequeña burguesía urbana (industriales, artesanos, comerciantes, de los servicios, etc.) depende por completo del mercado, los campesinos acomodados producen gran parte de sus alimentos mientras dedican al mercado un determinado cultivo, el más especializado (ganado para carne, leche, trigo, plantas industriales, aceite, vino o frutas y verduras para la exportación).

también las consecuencias de sus oscilaciones, puesto que no puede influir sobre la marcha del negocio, debido al reducido volumen reducido de la producción de cada uno.

Esa dependencia del mercado orienta al pequeño burgués en sentido pesimista, sobre todo bajo el empuje de la producción capitalista. Porque, aun cuando en principio el clima cultural pequeño burgués y la economía de los pequeños productores resultan satisfactorios, el avance del capitalismo hace temblar el suelo bajo los pies de los pequeños burgueses, llevándoles a ver el futuro muy negro. De hecho, en las filas de la pequeña burguesía, el desarrollo industrial supone una verdadera catástrofe. Muchos de sus miembros se arruinan y proletarianizan. Otros se “reconvierten”, adaptándose a las numerosas posibilidades de negocio que se crean en los intersticios de las empresas capitalistas. Y sólo unos pocos logran transformarse en verdaderos capitalistas.

Las condiciones contradictorias de vida del pequeño burgués, como propietario de los medios de producción y al mismo tiempo a merced de un mercado que no puede controlar, generan la ambigüedad característica de su psicología típica, comenzando por la tendencia a optar entre el realismo de los hechos y el idealismo más abstracto. Por una parte, la propiedad de los medios de producción le hace sentirse un productor libre e independiente al enfrentarse con la realidad de los materiales en transformación. Pero, por otra, al depender de un mercado incontrolable; se ve dominado por unas fuerzas inmensas que pueden traerle la felicidad o la desgracia –la ruina–, sin saber qué hacer para evitarlo.

La remoción capitalista de las raíces de la pequeña burguesía explica su desorientación general y su búsqueda obsesiva de la “identidad” perdida

Durante los últimos veinte años han soplado malos vientos para la pequeña burguesía en nuestro país. Por un lado, los progresos del capitalismo la han impelido a la ruina, y, por otro, el ascenso de la clase obrera, posibilitado por esos mismos progresos, amenaza su posición de clase. Es cierto que la riqueza general le ha abierto también nuevas e inéditas posibilidades y que algunos de sus miembros (al igual que algunos asalariados de “espíritu emprendedor”) las han sabido aprovechar. Pero la clase en su conjunto se ha visto removida hasta en sus raíces más profundas, y eso ha generado una gran desorientación en todos ellos.

La desorientación de la pequeña burguesía abarca todos los aspectos de la vida: desde la política al arte, pasando por la concepción de la ciencia y la actitud ante el trabajo. Podría decirse que hoy la pequeña burguesía es, con toda probabilidad, la clase que se halla sometida a mayores contradicciones, la más desorientada y la que alimenta el espectro más amplio de las actitudes políticas, desde la ultraderecha a la ultraizquierda.

Por de pronto, es la clase que tiene un mayor número de miembros en busca de su “identidad” perdida. Pero ninguno de ellos quiere confesarse pequeño burgués; unos se sienten atraídos por la clase obrera y otros por la burguesía, si bien en su mayoría tienden a considerarse como formando parte de la clase media. De hecho, buena parte de los problemas con que se enfrentan hoy las sociedades industriales capitalistas proceden de la gran desorientación de los jóvenes hijos de las familias de la

pequeña burguesía y de las dificultades que encuentran para insertarse en la sociedad.⁴⁰

Puesto que se ubican en su mayoría en las ciudades y en las zonas industriales, las familias pequeñoburguesas disponen de los recursos necesarios para enviar a sus hijos a las instituciones de enseñanza superior en un número que supera de largo la demanda del trabajo calificado propio de los graduados universitarios. Pero, además, el problema se agrava por la actitud de los propios hijos de la pequeña burguesía ante la formación universitaria, ya que en esto se da también una tremenda dispersión de actitudes.

Dispersión de actitudes de los hijos de la pequeña burguesía ante la Universidad, por su carencia “tradición profesional” y de proyecto de vida

La gran mayoría de los hijos de la pequeña burguesía acuden a la formación universitaria como vía de promoción social. Pero la casi totalidad carece de “tradición

⁴⁰ La clase media, al igual que la alta burguesía, cultiva cuidadosamente las relaciones sociales dentro de la clase, cuya trama configura la identidad y la conciencia de clase de los miembros de la misma. En la medida en que los individuos se conocen relacionándose entre sí, influyen unos sobre los otros, se transmiten experiencia y se moldean mutuamente. Así se produce cierta solidaridad de clase, que es precisamente lo que cada uno busca, pues el anudar relaciones no tiene más objetivo para el individuo que ampliar sus puntos de apoyo más allá de la familia de cara a poder recabar ayuda para unas oposiciones, buscar trabajo o, simplemente, para pedir una recomendación para que un muchacho apruebe las matemáticas en primer curso de BUP. De hecho, nadie recurre tanto a la recomendación como las clase media, lo que tiene su explicación, pues tanto quienes la solicitan como sus receptores –desde catedráticos a magistrados, pasando por la gran burocracia– pertenecen todos a una misma clase social.

En comparación con esto, ¿cuál es la situación de la pequeña burguesía? Esta clase social carece por completo de coherencia interna. Las familias pequeñoburguesas no tienen el hábito de las relaciones sociales, pues no pueden reunirse ni se reúnen, por falta de motivaciones, de tiempo y del sitio adecuado, aparte de que no sabrían qué decirse. ¿Alguien se imagina una tertulia formada por fruteros, carniceros, tenderos de ultramarinos, dueños de lavanderías y otros similares, en el cuarto de estar de casa de una familia pequeñoburguesa? ¿Por qué habrían de reunirse? ¿De qué podrían hablar? No tienen esa formación extraprofesional, ese barniz intelectual que da el leer todos los días el periódico preferido de la clase –hoy, *El País*, en el caso de los más liberales, y *YA* o *ABC*, en el de los más conservadores– y, durante la semana, alguna que otra revista que ayude a entender superficialmente lo que sucede. Con este bagaje de conocimientos puede mantenerse una conversación entretenida e incluso brillar, hablando de cosas de las que los demás tengan menos conocimientos. Pero ¿cómo pedir a un grupo de matrimonios pequeñoburgueses una reunión de estas características? Sería una burla, pues la práctica totalidad de los miembros de la pequeña burguesía, o bien proceden de familias pequeñoburguesas (y han trabajado desde niños en el negocio al lado de sus padres) o bien han sido obreros y campesinos, trabajadores, que, como tales, apenas han tenido tiempo para cursar más estudios que la enseñanza primaria y esto, en muchos casos, de forma incompleta.

Así entendida, la pequeña burguesía es objetivamente una clase por la semejanza de las condiciones objetivas de sus miembros, pero no lo es subjetivamente. Si se le pregunta a un individuo de la pequeña burguesía a qué clase se adscribe, contestará que forma parte de la clase media, y muy, probablemente, muy pocos dirán que se consideran obreros. De ahí que el que el pequeñoburgués ande en busca de su identidad, cosa que no ocurre con los miembros de la alta burguesía, la clase media y la clase obrera.

El pequeñoburgués no tiene conciencia de clase ni tampoco se siente solidario con los demás miembros de su clase. Y su situación se agrava en el caso de los profesionales hijos de la pequeña burguesía, pues se sienten desvinculados de toda clase social y aspiran en general a integrarse en otra clase social (en la clase media o en la clase obrera). Es más, su situación, como las de los graduados universitarios en paro profesional o en empleos no congruentes con su formación, les convierte en inquietos y apesurados buscadores de un hueco social que les proporcione una identidad clara y evidente con un determinado grupo, aunque sea pequeño, como ocurre en las reducidas comunas de personas automarginadas.

cultural familiar”⁴¹ (esto es, de la “profesionalización intelectual familiar,” que los jóvenes de la clase media viven en sus casas). Estudian porque es la manera de escapar de algo que desprecian profundamente: el negocio familiar (la tienda de ultramarinos, la carnicería, la peluquería, el taxi o el camión, la lavandería, etc., etc.), que es precisamente lo que les permite estudiar y el fundamento de su “libertad”. Y es justamente esa misma huida la que impulsa al joven estudiante de la pequeña burguesía a la “búsqueda de identidad”, de su *status*.

La dispersión de las actitudes de los hijos de la pequeña burguesía ante la formación universitaria radica en la carencia de un proyecto preconcebido de vida (ser notario, administrador, directivo de empresa, funcionario del estado, etc.) que condicione el propósito del estudiante, al que adaptar sus esfuerzos. Unos estudian una carrera cuyos contenidos les satisfacen, pero sin ocurrírseles pensar en las salidas; éstos pueden llegar a ser buenos estudiantes, buenos teóricos. Otros no estudian, o lo hacen de mala gana, “prendiendo los conocimientos con alfileres” con el fin de obtener un título que les permita independizarse. Y una minoría opta por prepararse para adaptarse a las condiciones exigidas por la clase empresarial o por las élites burocráticas del funcionariado público.

La “policromía” que se observa en los vestidos y en los semblantes de los estudiantes de los *campus* universitarios de los países capitalistas, y en especial en los industrializados, se debe también a esa diversidad de actitudes de los hijos de la pequeña burguesía. Por lo demás, a diferencia de los jóvenes de la clase media –educados en la “tradición profesional” –, muchos de ellos creen en el valor intrínseco de los conocimientos, del puro saber abstracto. No se han enterado de que lo que la alta burguesía busca es el saber hacer profesional para resolver los problemas técnicos empresariales, y que los altos empresarios aprecian por encima de todo la capacidad de adaptación, la entrega incondicionada a la clase.

La alta burguesía conoce el “mercado de trabajo”. Sabe que puede escoger, y elige para colaboradores inmediatos a aquellos profesionales que manifiestan mayor semejanza –en apariencia y en comportamiento– con la imagen que ella tiene de su clase, de sí misma. Pero el joven estudiante pequeño burgués no sabe nada de esto. No puede saberlo porque nadie se lo ha dicho. No sólo carece de “tradición profesional” –esto es, de cultura letrada– sino también de modales. Sus padres son trabajadores (quizás trabajadores que han conseguido la anhelada independencia) que ganan algún dinero en su negocio, pero no tienen formación. Con el agravante, además, de que los hijos que han podido asistir a un colegio de pago⁴² gracias a ello, desprecian el trabajo de sus padres, que es precisamente el negocio que les permite vivir con cierta holgura.

⁴¹ La influencia familiar es fundamental para la formulación del proyecto de vida (la vieja vocación) y para el desarrollo de la voluntad necesaria para llevarlo a cabo; no hay voluntad ni constancia sin proyecto de vida asumido individualmente, pero condicionado exteriormente.

⁴² La llegada de los hijos de la pequeña burguesía, hacia 1950-1952, a los colegios de pago donde se educaban los hijos de la clase media y alta hizo exclamar a una señora de elevada cuna: “Ya no podemos enviar a nuestros hijos a este colegio porque se mezclarían con los hijos de todos los horteras de Madrid”. [La anécdota quizás responda a la propia vivencia personal del autor, cuando, recién llegado a Madrid en 1952, encontró empleo como “profesor de letras” en un centro privado de bachillerato del barrio de Salamanca, especializado en la enseñanza de los malos alumnos de la clase alta y media. (*N. del ed.*)].

Esos jóvenes estudiantes de la pequeña burguesía se sienten sin pasado, desarraigados. Su familia carece de relaciones en un mundo tan competitivo y en el que es muy difícil conseguir un puesto aceptable sin ayuda, sin el apoyo de clase. Eso es ya así en la burocracia del estado; y en el caso de los puestos de confianza y bien remunerados de las grandes empresas, raya en lo imposible. A falta de esas relaciones, la desorientación de esos jóvenes –privados de los conocimientos de la “gramática del opositor” (de ese saber hacer que está sólo en posesión de quienes han pasado por ello)– aumenta de modo muy notorio.⁴³ De ahí que los jóvenes graduados universitarios de la pequeña burguesía se vean obligados a orientarse hacia las categorías inferiores del funcionario y del personal técnico de las empresas, y que el paro profesional sea mucho mayor entre los jóvenes graduados de la pequeña burguesía que entre los de la clase media.

En Madrid, hasta la Guerra Civil, la actitud de los padres pequeño–burgueses ante la educación de los hijos fue del todo negativa. Los mandaban a la escuela pública, o a alguna escuela religiosa, semibenéfica, hasta los doce años para que aprendieran a leer y cuentas y adquirieran una buena letra; y a lo más que solían llegar era a estudiar algo de contabilidad, o un curso o dos de peritaje mercantil. No podían concebir que los hijos abandonasen el negocio propio, fundamento de la vida de toda la familia; para ellos, todo lo que hijos debían aprender podían hacerlo tras el mostrador, en el taller o en el obrador del negocio familiar. En suma, la pequeña burguesía seguía la tradición milenaria del artesanado y (en última instancia) de la familia campesina tradicional.

Lo sorprendente –lo que exige una explicación– es que en algunas provincias (como Santander, por ejemplo) la pequeña burguesía comenzara a orientar a los hijos hacia carreras universitarias y a las hijas hacia carreras cortas, como el peritaje mercantil, los estudios de magisterio y similares,⁴⁴ mucho antes que en Madrid. Eso tuvo que resultar de una crisis profunda dentro de la propia pequeña burguesía, ya que suponía el prescindir de la cooperación de los hijos en el negocio familiar, una desconfianza grave hacia la fuente de ingresos que había constituido el sostén de la familia e –incluso y en consecuencia– la desaparición del negocio al final de la vida activa de los padres.

Esa crisis tiene que tener su explicación. Quizás se debió a un descenso de la rentabilidad del negocio familiar, o quizás al afán o el deseo acuciante de ascenso social, ante el brillo y la ostentación de las clases media y alta (la aristocracia) que habría llevado a los tenderos, comerciantes y afines a sentirse avergonzados por su condición de trabajadores, a pesar de su independencia. Por lo demás, en Madrid se dio también el mismo proceso, aunque bastante más tarde, como ya se ha dicho; se inició al parecer en la década de los cuarenta, de una manera lenta pero firme y en crecimiento continuo, hasta el punto de constituir la clave del aumento imparable del alumnado de la enseñanza superior a partir de esa época.

⁴³ Quien no lo haya vivido no se imagina las dificultades y frustraciones que tiene que vivir el joven pequeñoburgués, falto de solidaridad de clase, que intenta penetrar en los dominios privativos de la clase media.

⁴⁴ Justamente a esto debió responder la existencia en todas las capitales de provincias de escuelas normales y escuelas de comercio.

Por otra parte, la orientación de los jóvenes de la pequeña burguesía hacia la enseñanza superior tuvo que originar graves discusiones y tensiones en el seno de las familias pequeñoburguesas. Sobre todo, por la carencia de relaciones familiares con los centros académicos y con los organismos e instituciones profesionales. Los padres, sin formación intelectual y simplemente trabajadores, desconocían por completo las instituciones en las que los jóvenes habrían de formarse y los lugares donde tendrían que ejercer su profesión; y estaban convencidos de que el dinero se ganaba detrás del mostrador, en el taller o en un sitio similar, y de que sólo ésa era la forma digna de ganarlo. La pequeña burguesía desconfiaba –y desconfía– de la validez de la formación académica y, sobre todo, del ejercicio profesional como fórmula para ganarse la vida. Y tiene bastantes razones para hacerlo; tendrán que pasar unas generaciones antes de que adquiera confianza en las salidas profesionales.

Esa actitud de las gentes de la pequeña burguesía no debe sorprender a nadie, dada su falta de formación intelectual y su ascendencia –inmediata o mediata– de la familia campesina tradicional o de la familia artesana. En el caso de Madrid, parece que la inmensa mayoría de los comerciantes, en su innumerable variedad, procedía de “provincias” y, en su mayor parte, del campo. Durante los últimos veinte años numerosas familias labradoras, que consiguieron vender su tierra, emigraron también a las grandes ciudades, donde invirtieron sus ahorros en una tienda de comestibles (una tienda de fiambres, una carnicería, una frutería, etc.) o en una droguería, o tal vez en una tienda de electrodomésticos. Pues, si bien la mayor parte de esas tiendas se arruinan por falta de experiencia de los propietarios, en el intermedio buscan un trabajo como obreros asalariados, mientras otros esperan ocupar el lugar que ha quedado vacío, para seguir posiblemente la misma suerte, dada la fuerza de su ilusión de independencia y de controlar las propias condiciones de vida.

Predisposición de los jóvenes de la pequeña burguesía por el grupúsculo radical y a veces mesiánico, en razón de su desarraigo familiar y de clase

Al tener que dedicar muchas horas al propio negocio, los padres de las familias pequeñoburguesas carecen por completo de tiempo y de humor para ocuparse de la educación de sus hijos, y esto sin contar con su falta de formación intelectual. Para que cursen la enseñanza general básica y el bachillerato, les confían a un “buen colegio privado”, sin contar con más indicio de la marcha de los estudios que las evaluaciones mensuales, o los suspensos o aprobados de fin de curso; la inmensa mayoría ni saben más ni quieren saberlo. Luego, en la enseñanza superior, la marcha de los estudios de sus hijos desborda por completo sus posibilidades de comprensión; de modo que lo ignoran todo, hasta descubrir que pasan los años sin que los hijos terminen la carrera o encuentren un empleo, lo que, para ellos, es prácticamente lo mismo. Un final que suele ser el resultado directo de la falta de aptitud y de atención de los padres con respecto a la educación y el aprendizaje profesional de sus hijos.

Muchos de esos jóvenes pequeñoburgueses aprendieron en esa misma escuela familiar que no debe perderse el tiempo cuidando a los niños ni esclavizándose por ellos. A los dos meses se les puede entregar a una guardería a las ocho de la mañana y recogerlos a las ocho de la noche para darles de cenar y ponerlos a dormir. Además, esos mismos jóvenes son los que piden que el estado se encargue de cuidar a los hijos para que los padres conserven su libertad de acción; y, aunque los de las generaciones

más jóvenes tienen ya más formación intelectual y pueden por tanto enterarse de lo que hacen sus hijos en el colegio, tampoco el tema les interesa demasiado.

Los jóvenes universitarios de las familias pequeñoburguesas se sienten sin pasado, sin familia e incomprendidos por los suyos, de los que además la mayoría se avergüenza. Para un profesional o un intelectual, ese desarraigo familiar y de clase es grave, ya que predispone a los jóvenes a la aventura de buscar sus propias afinidades electivas en grupos pequeños –muy pequeños– con otros que piensan lo mismo, al encontrarse en la misma o en idéntica situación. Y en esos grupos se habla de todo, se discute de todo, de una manera absolutamente radical, porque quienes los componen piensan que no deben nada a nadie y que ningún lazo les une con el pasado; lo que es verdad, porque su pasado es un puro vacío, al estar convencidos de que no han heredado nada de sus padres, de su familia.

El desarraigo intelectual y emocional de éstos jóvenes les induce a persuadirse de que esos reducidísimos grupúsculos son el centro del mundo y, por tanto, los iniciadores de una “nueva cultura”, de que son capaces de destruir todo lo malo existente y de construir un mundo nuevo. De modo que, con frecuencia, se sienten a un paso de la altísima responsabilidad de lanzarse a predicar una buena nueva, un nuevo sistema de vida, una nueva cultura, una nueva política y –lo que es muchísimo más fácil– una nueva religión. Así surgen tantos salvadores del mundo que ofrecen una salvación que da como resultado el que a veces se salven a sí mismos; pues lo que al comienzo parecía puro altruismo suele terminar en puro egoísmo.

Hoy es frecuente empezar por una actividad cultural, benéfica, política, salvadora de los hombres, y desembocar pronto, sin darse cuenta, empujados por amigos “desinteresados”, en un negocio saneado; más aún, altamente productivo. Véanse, si no, cuantos reformadores religiosos, políticos, “contraculturales”, etc., se convirtieron en hombres ricos con cuentas corrientes en grandes países capitalistas y en Suiza.

Todo es posible en países capitalistas donde la libertad de los negocios es sagrada (como la libertad de producir y de comerciar con *sex articles or commodities*, pertrechos de guerra, literatura de la violencia, etcétera), y donde el dinero, como es natural, no tiene color; hasta ciertas formas de actividad política (de terrorismo, por ejemplo) que comenzaron por alguna justificación y terminaron por persistir como modos inconscientes de resolver problemas personales de jóvenes con dificultades graves para salir de su situación de paro. Pues, en última instancia, ¿qué diferencia hay entre algunos tipos de terrorismo “político” actuales y las actuaciones de los grupos de *gangsters* de Chicago en los años veinte? ¿La hoja de parra política? Así se podrían justificar también algunas “colectas violentas” en sucursales de los grandes bancos.⁴⁵

⁴⁵ Son curiosas las conclusiones que se deducen del análisis del “sagrado derecho de los padres a elegir el tipo de adoctrinamiento ideológico que desean para sus hijos”. Porque no se trata de elegir una enseñanza de mejor calidad (no merece la pena entrar a discutir si la enseñanza de los colegios religiosos es mejor o peor que la de los centros oficiales). Tampoco es cuestión de la orientación de las disciplinas científicas, como las matemáticas, la física, la química, las ciencias naturales (de que no les hablen del evolucionismo, ni de Darwin, por ejemplo). En algunos casos quizás se trate de aprovechar los aspectos ideológicos a que se presta la enseñanza de la historia, la literatura, la filosofía, etc., en un colegio religioso, aunque, por los datos de que dispongo, parece que ni siquiera se aprovechan esas posibilidades, y tampoco pueden evitar las contradicciones, como –por poner un ejemplo–, que a un alumno de séptimo

de EGB el profesor de religión le diga que Dios creó el mundo hace cinco mil y pico años, mientras el de historia les habla de restos de fósiles de más de un millón de años.

Con tantos negocios y ocupaciones, los padres de las clases dominantes -alta y media- carecen de tiempo para educar a sus hijos: de pequeños, les dejan en manos del servicio doméstico, y, desde los cuatro o los cinco años, se los entregan a los religiosos (monjas o frailes, más o menos regulares), en cuyos colegios recibirán las enseñanzas especializadas y formación religiosa e ideológica. De modo que, prácticamente, no influyen en absoluto en la educación de sus hijos. Buscan colegios con un profesorado unitario, homogéneo y que les ofrezca la mayor seguridad para entregarles a sus herederos confiando en que no se los devolverán a los diecisiete o dieciocho años convertidos en agitadores comunistas, anarquistas y similares (algo no infrecuente en los últimos tiempos, por cierto). Pero, ante todo, quieren que los hijos no les causen preocupaciones, pues que ya tienen bastante con acumular riquezas suficientes para dejarles la vida resuelta.

Lo que no es tan comprensible es la preocupación de los padres de la clase media baja o de la pequeña burguesía por el adoctrinamiento ideológico de sus hijos en centros regidos por religiosos, si bien cabe apuntar algunos factores para explicarlo: el mimetismo hacia la clase superior; la convicción de que, al formarse en las maneras, principios e ideologías de las clases dominantes, sus hijos gozarán de mayores facilidades en la obtención de empleos de confianza y bien remunerados; la incapacidad para influir por sí mismos en la educación ideológica de sus hijos; la buena disposición y las inclinaciones manifiestas a ser manejados para fines políticos “so capa de religión” (como decía el P. Juan de Mariana); o, en fin, el reflejo nostálgico del sentimiento de propiedad, un sentimiento muy retrógrado, que debió alimentar ya la obsesión de perpetuidad de la propiedad en los creadores de mayorazgos que, al carecer de otras propiedades, proyectaban su nostalgia hacia los hijos con el propósito de determinar su futuro como si de una propiedad se tratara. Es más, probablemente es en este último sentido como hay que entender el sagrado derecho de los padres a elegir el tipo de educación para sus hijos, que no es otra cosa que el derecho a determinar su adoctrinamiento ideológico: esto es, el derecho o la libertad de los padres para coartar y restringir la libertad de los hijos.

No es difícil presentar pruebas demostrativas de todo esto, pero bastaría abundar en dos de las cuestiones apuntadas: la incapacidad de los padres de la clase media y alta para educar a sus vástagos y la dejación que hacen de sus funciones educadoras en la orden religiosa de su confianza.

Esta última es tan completa, que nuestra Confederación Nacional de Padres de Familia no es, en realidad, más que un simple recurso burocrático de los centros de enseñanza regidos por religiosos, de los que, por otra parte, los padres de los alumnos no suelen tener más noticias que el “carné de compras con descuento”. Esta teórica Asociación de Padres de Alumnos (conforme a la terminología de la Ley General de Educación) sólo tiene existencia en el papel, sin que se sepa por qué proceso electoral se ha dado un presidente en la persona del Excmo. Sr. Luis Coronel de Palma, marqués de Tejada. Para constatarlo, bastaría comparar las actividades de padres de familia pertenecientes a la Federación Católica de Asociaciones de Padres de Familia y Padres de Alumnos con las actividades de las Asociaciones de Padres de Alumnos de los centros de EGB de los barrios obreros de Madrid o Barcelona. Mientras las asociaciones de padres de alumnos de carácter tradicionalista y reaccionarias sólo son conocidas por el “carné de compras”, las nuevas asociaciones de padres de alumnos (APAS) se han visto dificultadas y sus reuniones impedidas por los directores de los centros y hasta por la policía y las autoridades superiores. Los obreros no tienen pereza en asistir a las reuniones ni son remisos a participar en toda clase de actividades deportivas, artística o “para-docentes”, con las que se proponen contribuir a mejorar la formación de los alumnos; y es que se preocupan realmente de la formación de sus hijos, pues según uno de ellos “no tienen otra cosa que dejarles que una buena formación”.

III. LA EDUCACIÓN Y LA CLASE OBRERA

«Ahora bien, el desarrollo industrial que ha tenido lugar en nuestro país -y que es la causa del fuerte crecimiento de la clase obrera- está planteando una serie de problemas realmente graves a la educación de los niños. Y esos problemas exigirán a los padres y a los enseñantes que tienen que enfrentarse a ellos el empleo de toda su capacidad imaginativa para encontrar soluciones».

Dualismo cultural de la España preindustrial: monopolio de la cultura letrada por una minoría y preservación de la popular por la mayoría social

No se puede entender la actitud actual de los padres obreros frente a la educación de sus hijos sin un análisis retrospectivo de la preocupación de la clase social de los obreros urbanos (industriales) por la enseñanza de sus hijos.

El obrero de las ciudades o zonas industriales (Barcelona, Madrid, Vizcaya, Guipúzcoa y, un poco, Asturias) podía influir muy poco en la educación de sus hijos. El padre carecía de condiciones objetivas para formar al niño a su lado en el trabajo; y tampoco tenía una motivación mínima por la educación de los hijos. Los padres obreros sabían que el destino de sus hijos era el de los trabajadores no cualificados –el peonaje–; y, por lo mismo, apenas se preocupaban de su enseñanza ni de su educación: bastante tenían con alimentarles y malvestirles. Sus hijos se educaban en la calle. No hay que olvidar que –para los padres obreros– los hijos no venían al mundo “con una hogaza de pan bajo el brazo”. No. Para ellos, eran una auténtica carga, sin compensación. Y por eso procuraban ponerlos a trabajar lo antes posible, a los diez o doce años, tan pronto como les encontraban algún acomodo.

A pesar de esa falta de interés –o, mejor dicho, de motivación– para dar una formación a los hijos, no eran escasas las familias que se sacrificaban para que el chico (las muchachas no tenían más salida que el matrimonio) adquiriese algún oficio, a fin de eximirle del triste destino del peonaje. Aunque las exigencias del enrarecido mercado de trabajo eran muy poco alentadoras para las familias; y, en esa situación, tampoco tenían ningún estímulo cultural.

La sociedad española era una sociedad preindustrial que –con toda razón– podría ser calificada de agrícola tradicional, aunque existiesen dos o tres enclaves típicos de industrias extractivas (Asturias y Vizcaya), de industrias transformadoras primarias (Guipúzcoa y Bilbao), pequeñas industrias del metal y, además, la industria textil (en Barcelona), que fue el primer sector en desarrollarse.

En una sociedad así caracterizada existían dos culturas: la cultura letrada de la clase media –la única que, en realidad, dominaba los instrumentos de la misma (lectura, escritura, cálculo, el diseño, la capacidad de abstracción, etc.) – y la cultura popular, la cultura transmitida por vía oral.

La cultura letrada permaneció limitada a la capa social de los profesionales y aparecía como un bien privativo de ésta, aunque penetraba en forma ligera hacia la aristocracia (la capa superior de la sociedad) y –en sus aspectos más operativos e

instrumentales— hacia la pequeña burguesía y la reducidísima clase obrera urbana. Pues, por supuesto, la amplia base de la sociedad —los campesinos y los pequeños propietarios de la mitad Norte de la península y de las zonas montañosas, y los numerosos braceros del Sur— vivían totalmente al margen de la cultura letrada. Aunque quienes quedaban fuera de alcance de la cultura literaria no, por eso, carecían de cultura. No. Eran los portadores y los sostenedores de la milenaria cultura popular, muy variada y diversa según las regiones y comarcas del país,⁴⁶ en virtud de la fuerte estratificación de la población y de la incomunicación entre las clases.⁴⁷

La rígida estratificación de las clases sociales de nuestro país —con la incomunicación consiguiente entre ellas— venía siendo reforzada por el estancamiento de la población agrícola, pues los campesinos y los braceros —sobre todo los primeros— permanecían apegados a sus miserables parcelas y a sus hogares aún más míseros, si es que se les puede llamar hogares. Ese estancamiento sólo lo quebrantaban los más osados que se atrevían a emigrar; pero la inmensa mayoría parecía un apéndice más de una agricultura rudimentaria, para el propio consumo. Para conmover esa quietud mortal era necesario un cataclismo, que, por cierto, llegó, con una furia brutal y sangrienta, con la Guerra Civil.

Desarrollo industrial capitalista, constitución de una nueva clase obrera y planteamiento de una serie de problemas nuevos a la educación del niño

Esa guerra cruenta y horrible, que duró tres años, despertó a toda la población española de su letargo. Su desenlace, con la victoria de los latifundistas y sus asociados (incluyendo a los pequeños campesinos de la mitad Norte, movilizados con el espantajo del “reparto comunista” de la tierra),⁴⁸ desilusionó al numeroso proletariado de la mitad Sur, hasta acabar con toda esperanza de poseer tierra. De hecho, los jornaleros del Sur iniciaron una lenta desbandada hacia las ciudades para constituir los típicos cinturones “semiagrarios” que empezaron a rodearlas desde la segunda mitad de la década de los cuarenta hasta que sus protagonistas fueron absorbidos, en los años sesenta, por la fuerte demanda de fuerza de trabajo interior o por la emigración, con la tremenda expansión económica de las naciones industriales del occidente de Europa.

Así se inició y se consumó la gran desbandada de nuestros campos, aun los más atrasados y apartados. De pronto, los campesinos de Galicia, de Asturias y de las montañas —quienes, como decía Feijóo⁴⁹, nunca se habían levantado saciados de la mesa, ni aun de los alimentos más viles—, marchaban, tristes aunque llenos de esperanza, a Alemania, Suiza, Holanda, etc., o a las ciudades industriales de nuestro país (Barcelona, Bilbao, Madrid), para iniciar una nueva vida. Dejaban sin pena sus misérrimas viviendas y abandonaban sus parcelas a la maleza. Pero esos campesinos,

⁴⁶ Esta cultura popular —que conformaba las conciencias y les proporcionaba contenidos— ha sido objeto de innumerables estudios, aunque siempre desde condicionamientos académicos, clasificatorios y como de museo.

⁴⁷ Sobrevivía por la ausencia de los poderosos medios de comunicación de masas, y, de hecho, fue barrida y aniquilada con el desarrollo de éstos en los años sesenta.

⁴⁸ Véase mi trabajo «Influencia de la agricultura sobre el desarrollo de la sociedad española», *Agricultura y sociedad*, 1979, julio-septiembre, pp. 9-58.

⁴⁹ *Teatro Universal*, Clásicos Castellanos, Madrid, La lectura, 1925, p. 308.

que sólo sabían de hambre, miseria y rudísimos trabajos, se enfrentaban así con un nuevo tipo de vida al que, necesariamente, tenían que adaptarse.

En un brevísimo período de tiempo, esos campesinos se convirtieron en obreros industriales, de la construcción y los servicios y se integraron en las filas del proletariado, que el desarrollo imparable del capitalismo generaba como su propia sombra, pasando así a configurar la nueva sociedad española en todos sus aspectos.⁵⁰ Pues hay que reconocer y tener bien presente que esa nueva clase obrera –que no tiene gran cosas que ver con el proletariado agrícola ni con el proletariado de mahón y alpargatas de las ciudades de la preguerra civil– es, en la actualidad, la clase más numerosa, más consciente y con más capacidad de presión.

Ahora bien, el desarrollo industrial que ha tenido lugar en nuestro país –y que es la causa del fuerte crecimiento de la clase obrera– está planteando una serie de problemas realmente graves a la educación de los niños. Y esos problemas exigirán a los padres y a los enseñantes que tienen que enfrentarse a ellos el empleo de toda su capacidad imaginativa para encontrar soluciones acertadas, justas y adecuadas al bienestar de las nuevas generaciones.

Entre los problemas que conviene analizar están los siguientes:

1. Las exigencias teóricas de la nueva tecnología, la comercialización y la fuerte expansión del turismo.
2. Las exigencias morales de la cooperación en la fábrica, en la empresa, con sus consecuencias sociales –sindicales–, vecinales, políticas, etc.
3. Las exigencias de la enorme intensificación de las relaciones sociales, personales, generadas por el vivir en las grandes ciudades o en grandes áreas industriales, la segunda vivienda, los viajes y el turismo, las empresas, etc.
4. La urgencia de una nueva moral, impuesta por la intensificación de la cooperación y la frecuencia creciente de las relaciones sociales.
5. La incidencia de los flujos de información sobre los niños y la naturaleza contradictoria de esos flujos, a los que hay que añadir la industrialización de la “cultura” y la tremenda expansión del *show business* y demás negocios recreativos.
6. La necesidad de que los padres colaboren en la educación de los hijos, teniendo en cuenta las interferencias de los flujos de información que tienden a condicionar a los niños y a perturbar la formación de sus conciencias.

Tendencia del trabajador a aplicar a sus necesidades lo aprendido en la empresa: racionalidad, orden, cooperación, exactitud, responsabilidad,...

En la sociedad industrial capitalista la unidad básica de producción es la empresa y su correlato físico, la fábrica. La organización de la producción en las fábricas alcanza el

⁵⁰ Sin conocer las aspiraciones y el pasado de esa nueva clase obrera no se podrán comprender los profundos cambios operados en todos los órdenes y aspectos de la vida española, pero, sobre todo, en la vida familiar, en las exigencias de educación y de cultura de nuestro país.

grado más elevado de racionalidad por medio de la tecnología, en constante evolución, y de la cooperación entre los hombres que impone la tecnología, las máquinas.

Pero la fábrica no sólo exige que los hombres cooperen. También les exige a éstos disciplina rigurosa y exactitud en movimientos y en tiempos (ya que la fábrica, si quiere competir, tiene que funcionar con exactitud de tiempo y medida); y disciplina y educa el comportamiento de los hombres, su atención, su sentido de la responsabilidad, etc. En la fábrica, los trabajadores aprenden a cooperar; y esa educación básica, durante por lo menos siete u ocho horas diarias, enseña a los hombres a cooperar en todas las actividades de su vida fuera de la fábrica.

La enseñanza básica del trabajo en la fábrica prepara a los trabajadores para organizar sus actividades reivindicativas –de importancia primordial para ellos–, pues, si no saben cooperar, organizarse, elegir los dirigentes más aptos, escucharles y asimilar con exactitud sus mensajes, no dispondrán de la fuerza necesaria para conseguir sus reivindicaciones.

Sin la obligación de escuchar y de esforzarse por comprender los objetivos de una acción, el trabajador individual no podrá prestar su apoyo a los demás ni contar a su vez con el de éstos. Ésa es la exigencia más apremiante y poderosa del condicionamiento de los trabajadores de las empresas; y ésa es también la razón que explica la profunda transformación experimentada por los campesinos más individualistas, a los pocos meses de estar trabajando en la fábrica.

Ahora bien, los trabajadores tienden a aplicar lo que han aprendido en la fábrica a todas sus necesidades: familiares, recreativas, políticas, etc. Así, el sentido del orden y la disciplina que se aprecian en las manifestaciones de los trabajadores es un resultado de su formación básica en la empresa, que difiere radicalmente de los condicionamientos de otros grupos de la población.

Las exigencias de participación que se vienen advirtiendo con claridad en nuestro país desde hace diez o doce años son también consecuencia de esa formación de los trabajadores. Si éstos quieren participar es porque entienden las líneas generales de la actividad correspondiente, ya se trate de la urbanización de su barrio, de la salubridad del mismo, o de su participación, como padres, en la educación de sus hijos, etc., etc.

Exigencia de una nueva actitud moral como requisito de la cooperación en la fábrica y fuera de ésta: renuncia al interés privado por el común

Parece evidente que la cooperación, tanto en la fábrica como en la actividad reivindicativa –sindical, vecinal, etc.–, no puede darse sin una actitud moral nueva, realmente nueva: sobre todo, en personas llegadas del campo, donde no existía (ni existe) cooperación y apenas hay relaciones sociales, encuentros personales. Pero, por lo demás, para quienes acepten voluntariamente la cooperación –y, más aún, para quienes creen que la cooperación de los trabajadores es absolutamente indispensable para conseguir mejoras en el trabajo–, se hace totalmente necesaria una actitud moral, sin la que es imposible una acción conjunta, resultado de la colaboración. Pues, el trabajador sabe que la acción unitaria exige una entrega moral, *la renuncia al interés privado en favor del interés de todos*.

Cuanto más intensos y frecuentes son los encuentros personales, más necesaria es una nueva actitud moral. Cuando la disposición de la vivienda es muy dispersa –tipo caserío o pequeña aldea, de muy pocos vecinos–, los encuentros personales son escasos y la dependencia personal rara o nula, con lo que casi desaparece la necesidad de una actitud moral: puesto que el hombre sólo conserva relaciones consigo mismo, sólo necesita una moral individual (lo que casi constituye una contradicción en los términos), en el mejor de los casos. Pero en las ciudades en que la división del trabajo es tan intensa y la producción para el mercado tan general que todas las personas dependen unas de otras, cada persona precisa de un afinado tacto moral para hacer las relaciones humanas lo más fluidas posibles. De ahí que, en los últimos diez o quince años, las “relaciones humanas” hayan tenido una expansión tal, que hoy no hay empresa, banco o institución pública de cierta magnitud que no haya creado su departamento de relaciones humanas.

Por lo demás, los trabajadores son conscientes de la necesidad de una actitud moral firme.

La cooperación de los trabajadores implica, por tanto, necesariamente, una actitud moral para conseguir la unidad de acción. Pero no sólo la cooperación en el trabajo –la fabril y la sindical– impone una postura moral; también lo exige la vida en las grandes ciudades en general.

En las grandes ciudades, la vida sufre transformaciones cualitativas, por la enorme frecuencia de los encuentros personales, por la desmenuzada división del trabajo y por el hecho de que cada uno depende de los demás, al depender por completo del mercado y de los servicios. Es más: esa dependencia es tan grande, que sustituye muchas actividades que en los pueblos y en las pequeñas ciudades se realizan en el hogar, como el elevado número de comidas que se realizan fuera del hogar, las ropas hechas y las alquiladas, los criados, niñeras y asistentes contratadas por horas a empresas especializadas, etc., etc.

Los viajes intensifican las relaciones personales o, mejor dicho, las multiplican de modo indefinido; y los que viajan mucho adquieren el tacto necesario para tratar con fluidez a todo el mundo. La posesión de la segunda vivienda duplica los lazos de vecindad, al añadirse a los vecinos de la vivienda habitual los nuevos vecinos de los fines de semana o del veraneo, con los que hay que entablar relaciones, inevitablemente.⁵¹ No es preciso insistir en la importancia de las compras, si bien en los grandes almacenes –en expansión, en la actualidad– se tiende a eliminar las relaciones personales, al dejar al comprador frente a la mercancía y frente a la caja; o en la dependencia de los servicios públicos, en los que las exigencias de reducir costes llevan a la amortización de puestos de trabajo a costa de los usuarios, a quienes se obliga así a valerse por sí mismos.

Bloqueo de la formación moral de la infancia y la juventud por el consumismo y la lucha –teórica y práctica– capitalistas contra toda moral

No hay duda de que una intensificación tal de las relaciones personales, junto con la de la cooperación, exigen una nueva forma de educación, con una nueva forma de impartir la enseñanza y nuevos contenidos.

⁵¹ Este fenómeno ha sido muy poco estudiado hasta ahora, a pesar de su indudable interés.

La enseñanza de una sociedad democrática industrial y capitalista tiene que desarrollar desde una edad temprana el respeto por el hombre, y, por lo mismo, tendría que despertar en el niño una gran sensibilidad por todo lo humano: por el propio hombre, ante todo, pero también por todos los seres vivos, pues es difícil desarrollar un gran respeto al hombre sin sentir una gran simpatía y un gran respeto para con todos los seres vivos.

Por lo demás, en ese aspecto –el desenvolvimiento de una afinada sensibilidad para con el hombre– la moral conecta de modo estrecho con el desarrollo y la enseñanza de una concepción racional del mundo; esto es, con la interiorización individual de la concepción científica del mundo, elaborada y apoyada en la física, sobre las bases establecidas –hace ya casi tres cuartos de siglo– por Einstein.

La formación moral constituye una de las más graves tareas con que se enfrentan las sociedades modernas, sobre todo por el gran número de niños que se forman al margen de toda relación y afecto familiar maternal. Aunque la necesidad de replantearse la formación moral de los niños es muy urgente y se extiende a todos, por diversas razones:

1. Por la quiebra de toda moral autoritaria, religiosa o no.
2. Porque los cambios bruscos e intensos de población, el anonimato de los individuos en las grandes ciudades y las rápidas transformaciones en los productos de consumo y en las tecnologías, no sólo debilitan la “cristalización” de normas morales en los muchachos, sino que incluso la impiden; y a eso se suma el efecto demostración, que induce a conseguir las cosas que se ven en los demás y, en especial, en aquellas personas a las que se admira.
3. Por la lucha teórica y práctica capitalista contra toda moral, en virtud de la necesidad que tienen las grandes empresas de forzar el consumo para que no disminuyan los beneficios (a ese fin, emplean las técnicas más persuasivas valiéndose de los medios de comunicación más influyentes –como la televisión, el cine, las revistas populares y demás).

A poco que se medite, se verán enseguida las grandes dificultades que implican la elaboración, difusión e inculcación de unas normas morales; esto es, conseguir que los muchachos asuman una autodisciplina, una orientación racional para su vida y que dispongan de valor suficiente para impulsarla.

Muchos obstáculos se deben al clima creado por las grandes empresas capitalistas, que, al necesitar forzar el consumo, están fomentando en las gentes –y, muy en especial, en los niños– los deseos e inclinaciones de *disfrutar de las cosas aquí y ahora*. De modo que, cuando a alguien le apetece algo, no debe esperar hasta tener el dinero para conseguirlo. De ninguna manera: basta con que diga “¡anótelo en mi cuenta!” y llevárselo a casa para gozar de él⁵². Ésa permanente incitación al disfrute

⁵² Las oleadas de la información que inundan y atosigan a las gentes en las sociedades industriales capitalistas provocan consecuencias gravemente negativas sobre las conciencias de los adultos y sobre el desarrollo intelectual y moral de los niños y adolescentes.

Por de pronto, conviene recordar que se trata de conocimiento hecho y de imágenes escogidas, sumamente elaboradas, que son recibidas pasivamente por el televidente, pasividad que determina la del conocimiento resultante; se trata de un conocimiento, no sólo superficial, planchado de las cosas,

quebranta todos los esquemas; sobre todo, cuando las cosas aparecen tan sugestivas a través de la televisión y de las revistas populares ilustradas, en las que con frecuencia las cosas se presentan más bellas y atractivas de lo que lo son en realidad.

Por otra parte, existen esfuerzos prácticos –y también teóricos–⁵³ dirigidos a quebrantar cualquier resistencia por parte de la gente que prefiere privarse de alguna cosa para ahorrar (hasta disponer de recursos para comprarla) y, sobre todo, encariñarse con las cosas, hacerlas durar y no renovarlas. Para algunos “teóricos”, eso es absurdo. Es antinatural. Hay que tender en todo a hacer realidad la frase “¡tírese después de usarlo!”,⁵⁴ ya que, para ser feliz, hay que cambiar de modo constante (pues el cambio es el padre de todas las cosas, como dijo ya Heráclito). Hay que renovar todos los objetos que nos rodean, desde los vestidos a la casa, pasando por el televisor, el coche, etc., sin que de esa renovación se salve ni siquiera la esposa o el esposo.⁵⁵

Lo que se pretende con esos esfuerzos prácticos y teóricos es predisponer a los individuos para que consuman lo que se les “eche” –o lo que se les indique, a través de los medios de comunicación de masas–, sin oponer ningún tipo de resistencia.

puramente fenomenal, de puras apariencias; también es un conocimiento que ignora la jerarquía de las cosas, es decir, los procesos determinantes. La información (especialmente la televisiva) pasa por alto dos aspectos fundamentales de la realidad: el orden de las cosas (su jerarquía, la coherencia general de la realidad) y su existencia objetiva, fuera y ajena al que conoce (esto es, la resistencia que toda cosa opone a ser modificada).

Estas dos omisiones influyen muy negativamente en la actividad cognoscitiva, pensante, pues suelen dar lugar a formas y desviaciones del pensamiento imperfectas, engañosas, falsas y desorientadoras: 1/ inducen a confundir las palabras con los conceptos, a valorar por igual todos los elementos de la realidad (desconociendo que hay elementos determinantes y elementos determinados, individuos que son focos de acción y experiencia, pasivos, instrumentales, etc.); 2/ los efectos mencionados arrastran a los individuos a confundir lo real con lo imaginario, que es, por cierto, probablemente uno de los propósitos interesados de toda la publicidad comercial, de la industria de la cultura y de la cultura de la imagen; en realidad, qué mayor éxito que conseguir que las gentes no sean capaces de distinguir lo real de lo imaginario [Ver Alvin Toffler, *El shock del futuro*, Barcelona, Plaza y Janés, 1974, p. 287], pues, en este supuesto, los consumidores –el público en general– se encontrarían inermes en manos de los gabinetes de promoción de ventas de las grandes empresas y de los agentes de manipulación de la opinión de los poderes estatales; pero lo más grave es que pretendidos científicos se entusiasmen y alaben con un logro humano esa incapacidad para distinguir lo verdadero de lo ficticio [Como ejemplo de esto puede verse el libro citado de Alvin Toffler].

Vivimos en una época de exaltación delirante de la información, calificándola de nuevo poder, de verdadera revolución, de panacea para resolver todos los problemas humanos. Da la impresión de que hay fuerzas fuertemente interesadas en hacer creer a las masas y a los científicos que la información es la clave para superar todos los males de la humanidad. Aunque el uso de la información requiere aparatos muy complejos y, por tanto, costosos: periódicos, revistas, libros, enciclopedias, microfilms, casetes, discos, máquinas fotográficas, diapositivas, proyectores, videotapes, radios, televisores (mejor en color que en blanco y negro), teléfonos, teletipos, telégrafos, calculadoras, ordenadores, etc., etc. Se dice que varias ramas de la industria más avanzada, que, sin duda, ofrece perspectivas únicas para el capitalismo, están al servicio de la información; a lo que habría que añadir su amplio dominio de la enseñanza en sus múltiples formatos. Pero es muy posible que la exaltación de la información responda más bien a la estrategia de los gabinetes de promoción de ventas de un gran número de empresas, poderosas y variadas; pues, de no ser así, sería difícil explicar la campaña vigente y dominante dirigida a estimular el consumo de información.

⁵³ Véase Alvin Gouldner, *La crisis de la Sociología Occidental* (Buenos Aires, Amorrortu, 1970), «Moralidad y escasez en el industrialismo» y otros pasajes, especialmente pp. 261 y ss.

⁵⁴ Alvin Toffler, *El shock del futuro*, Barcelona, Plaza y Janés, 1973, *passim*.

⁵⁵ Ver en *Cosmopolitan*, «The Joy of Sexual Adventures», 1978, septiembre, pp. 144-148.

La publicidad directa e indirecta es el nuevo y poderoso profeta de la nueva forma de religión, en la que el cielo está representado por el consumo: el que se porta bien, trabaja con ahínco y se adapta a las exigencias del negocio, recibe su premio en el consumo satisfactorio; por el contrario, al que infringe la ley de consumir y no pagar, ni disfrutar, sin corresponder con su esfuerzo, le esperan la policía, el juez y la cárcel.

La publicidad es el agente más influyente y poderoso sobre las masas –sobre todos los individuos, altos y bajos–, porque nadie puede escapar a su influencia.

Predominio abrumador de la “cultura de la imagen” y de la información desorganizada e irracional, como principal reto para los educadores

En la sociedad industrial capitalista la información predomina plenamente sobre la experiencia.⁵⁶ La información recorre, en flujos crecientes, los más variados canales para prender en las mentes de los individuos. En cuanto experiencia sublimada y decantada en las palabras, penetra con fluidez en las conciencias de los individuos, que, al asimilarla, tienen la sensación de enriquecerse sin esfuerzo. Por eso, las empresas capitalistas de la industria y los servicios se han apoderado de las fuentes y los canales de información, los dominan y fomentan en un doble sentido: al controlar los medios de información, a través de la publicidad; y al apoderarse de la producción y la distribución de la información.

Las empresas capitalistas se han dado cuenta del valor y significado de la información como nueva mercancía, en orden al dominio de las conciencias de los individuos. Pero, además, la industria de la “cultura” y el *show business* –los negocios recreativos– está estrechamente emparentada con la industria de la información. De modo que la publicidad –con el desarrollo consiguiente de los medios de comunicación de masas– y la industria de la “cultura” (más bien se debiera decir de la “subcultura”) constituyen dos rasgos de carácter dominante y –podría decirse– definidores de las sociedades capitalistas, industriales y democráticas; hasta tal punto, que podría hablarse de las mismas como de sociedades informadas, sobreinformadas, casi científicamente deformadas.

Ahora bien, el sistema de información de una sociedad industrial capitalista –al igual que el “sistema” de libre empresa– no obedece a plan alguno. Es anárquico. Cada una de las empresas publicitarias –las empresas anunciadoras– y de las empresas productoras de mercancías “culturales” tiene sus propios objetivos, aunque coinciden en uno, común a todas: maximizar las ganancias. Esa diversidad de objetivos de las empresas anunciadoras es la causa de que, a través de su publicidad comercial, desarrollen influencias a veces contradictorias. Aunque los objetivos de las dedicadas a la producción de mercancías culturales son aún más contradictorios; y cada una por separado trata de imponer a la mayor clientela posible un amplio abanico de variedades, que se extiende desde la pornografía (y los *bijoux indiscretos*) a libros y objetos de edificación.

⁵⁶ Llamo ‘experiencia’ a la vivencia o percepción del curso y resultados de la acción, tanto animal como humana. La ‘información’ es experiencia humana generalizada, liberada del esfuerzo, al vincularla a las palabras (el animal no tiene información porque carece de lenguaje, en el que se decante y sirva para transmitir la experiencia). Es decir: la experiencia exige un esfuerzo; el lenguaje, no; y, mucho menos aún, las imágenes del cine y la televisión.

Lo más grave de todo es que en el sistema capitalista de libre empresa todos los objetivos empresariales son lícitos y no cabe ninguna protesta. Existe total libertad: el que no quiera una mercancía, por sus influencias degradantes, puede dejarla; y el que quiera ver una película con calificación S, puede hacerlo. Eso vale lo mismo para los adultos que para los niños y los adolescentes; y en esa labor de incoherencia y confusión coinciden y cooperan tanto la publicidad comercial como la producción y circulación de la cultura industrializada.

La necesidad de comercializar la creciente producción de artículos de consumo exige persuadir a las gentes de que precisan de esos bienes para satisfacer unos deseos y unas necesidades previamente creadas con los mismos métodos y técnicas con los que se anuncian los productos. De hecho, la publicidad comercial acabó por convertirse en la industria de industrias; en España, su volumen comercial asciende ya a muchos miles de millones de pesetas.

La publicidad no sólo ha conseguido reforzar los medios de comunicación existentes, sino también estimular el nacimiento de otros nuevos. A ese fin, la publicidad coincide hasta tal punto con el desarrollo de la industria de la cultura, que ambas se apoyan mutuamente. Pero los medios de comunicación no pueden aportar tan sólo anuncios publicitarios, porque la publicidad sola no atrae lectores; esto es, no crea por sí sola una audiencia. Para conseguir publicidad y tener ganancias, los medios de comunicación se ven obligados a conquistar una audiencia amplia, y esto solamente es posible despertando el interés, atrayendo a la gente con contenidos de calidad. Pues, un periódico que, a fuerza de calidad y de acercarse a los gustos del público, consigue una tirada elevada, dispone de la publicidad que quiera, aunque siempre buscando un difícil equilibrio entre publicidad e información.

Es así como hay que entender la afirmación de que una sociedad industrial capitalista es una sociedad informada; más aún, sobreinformada.

Por otra parte, esa orientación o esas tendencias coinciden con las exigencias sociales y políticas de las democracias capitalistas, en las que se pide a las masas –a nivel de Estado o a nivel local– que tomen decisiones, pues para ello se necesita información, ya que toda opción política –como todo propósito social y toda decisión sobre el propio proyecto de vida– sólo se puede tomar sobre la base de una información amplia. De hecho, en las sociedades capitalistas avanzadas los ciudadanos disponen de flujos crecientes de información que les ayudan a comprender mejor los complejos procesos que ocurren en el entorno de los individuos. Ahora bien, en realidad, se puede afirmar que la información que incide sobre el individuo es excesiva. Hasta tal punto, que los hombres no pueden interiorizarla, clasificarla y ordenarla: con lo que –en lugar de ser un elemento insustituible de racionalidad– se convierte en un factor de desorganización y de envilecimiento de los que la reciben, de degradación de las conciencias de los individuos.

Los efectos de esos flujos masivos de información de todo tipo merecen estudios más profundos dirigidos a evaluar sus repercusiones en las conciencias, no sólo de los jóvenes y adultos, sino, en especial, de los niños y adolescentes. Es más: los efectos de los flujos masivos de información en los primeros años de vida⁵⁷ constituyen el reto capital con que se enfrentan los educadores. Pero lo más grave es que éstos se

⁵⁷ Las cuatro mil horas de televisión de los niños antes de ir a la escuela.

niegan a tomar en cuenta la existencia y la acción sobre los niños de tales flujos de información y cómo actúan sobre las conciencias en formación; los enseñantes no son conscientes de ello y no quieren reconocer que su más formidable competidor es la televisión (y los *comics*).

¿Quién se ha planteado en nuestro país el análisis de los efectos de la llamada, elogiosamente, “cultura de la imagen” sobre la información intelectual del niño? ¿Favorece la “cultura de la imagen” el desarrollo intelectual del niño, como aseguran hoy, con unanimidad, algunos pedagogos y periodistas? ¿O la retardan o impiden, como sostienen algunos investigadores aislados?

Según una declaración del senador Beall del Estado de Maryland ante el Senado de los Estados Unidos, el 22 de marzo de 1973,

«se ha calculado que alrededor de 18 millones y medio de adultos son funcionalmente analfabetos; que unos 7 millones de muchachos de las escuelas elementales y secundarias necesitan una intensa ayuda especial para leer; que en las zonas urbanas entre el 40 y el 50 por 100 de los muchachos presentan niveles bajos de lectura; que el 90 por 100 de los 700.000 estudiantes que abandonan los estudios cada año están clasificados como de bajo nivel en lectura».⁵⁸

Aunque existen otros datos aún más alarmantes y casi increíbles. Como, por ejemplo, éste:

«En los actos de otorgación de grados en la ciudad de Dallas, en junio de 1973, entre 500 y 1000 de los 9000 que recibían grados al finalizar sus estudios, cruzaban el estrado para recibir unos diplomas que no eran capaces de leer (*they could not read*)».⁵⁹

Se puede afirmar que un niño que ha nacido y reside en una gran ciudad recibe más información en un día que algunos hombres del pasado viviendo en pequeñas aldeas agrícolas, e incluso que los burgueses de las ciudades, en años. La información –oral o por medio de imágenes– que recibe un niño desde los primeros años⁶⁰ es realmente ingente; y, además, abarca los aspectos más variados de la realidad, pues, aparte de intensiva, es enormemente diversa.⁶¹

Por otra parte, la información que recibe el niño no es una información cualquiera. Los mensajes que contiene, como el vehículo que los soporta, están pensados y calculados para que causen el mayor impacto, para que se fijen en la

⁵⁸ A. Bannatyne, *Language, Reading and Learning Disabilities*, Springfield III, Charles C. Thomas, 1971.

⁵⁹ F. Steele & A. Bourne, *The Man/Food Equation*, Londres, Academia Press, 1975, p. 224.

El autor del trabajo del que se ha extraído esta cita atribuye los fracasos en la lectura a las sustancias químicas que ingieren los niños con los alimentos, en forma de aditivos. Naturalmente, esa explicación resulta de una deformación profesional, pues, antes de buscar causas tan alejadas del hecho que se analiza, es más científico buscar causas más coherentes con el mismo. Es, a todas luces, improbable que un producto químico genere efectos tan alejados de su nivel; un producto químico puede matar con facilidad a un hombre -o a cualquier otro animal-, pero lo que parece absurdo es que afecte a la disposición de aquél para la lectura. Todo el mundo sabe que la lectura no tiene nada de misterioso, que consiste en el aprendizaje de un proceso de traducción de las palabras escritas a palabras habladas, ya que la palabra hablada es el estímulo más vivo y significativo para el hombre, y, en particular, para el niño.

⁶⁰ Como es bien sabido, en la inmensa mayoría de las familias se deja a los niños ver la televisión desde el segundo año, porque es una manera de que estén entretenidos y no molesten.

⁶¹ Cuando se habla de un animal, un niño de seis o siete años exclama: “¡Yo lo he visto!”. Y, si se le pregunta, donde lo ha visto, contesta que lo vio en una película de dibujos animados.

mente receptora. Tiene que ser así, porque cada *spot* televisivo cuesta millones de pesetas; por eso toda la información de la televisión está igualmente dirigida a personas para dejar una huella duradera. Y el impacto de una televisión así difundida tiene que afectar profundamente a la mente del niño.

Se ha calculado que un niño recibe el 80 por 100 de su información de la televisión. Ahora bien, si el 20 por 100 restante se reparte entre todos los demás cauces de información, ¿qué aportación hace la escuela, teniendo en cuenta que otros cauces importantes son los amigos de juego, la familia, la iglesia, etc.? No cabe duda que la escuela, la iglesia y la familia juegan un papel secundario en el aporte de información al niño. Pero el peso relativo de esos distintos cauces de información plantea problemas muy graves. Basta considerar que la escuela, en primer lugar, la iglesia, en segundo, y la familia, por último, son los cauces que proporcionan al niño información organizada y, en parte, al menos, racional; y que el predominio de la información desorganizada –más aún, irracional– es francamente abrumador, irresistible.

Los enseñantes –y, también, los padres, la iglesia, los poderes locales y el Estado– tienen que saber con bastante aproximación a qué tipo de información están sometidos los niños y los muchachos. Porque sólo conociendo la clase de información que reciben pueden adoptar una estrategia para organizar, depurar y completar toda esa masa de percepciones y de conocimientos diversos y contradictorios. Tienen que saber además que esa información es muy eficaz en orden a conseguir el objetivo de quienes la controlan, que no es otro que predisponer, en general, al niño y al muchacho a favor del consumo y atraer la atención de cada uno hacia un producto concreto. Y no deben olvidar que –frente al atractivo y la sugestión de la cultura de la imagen– su capacidad para interesar al niño e inclinarlo a aceptar con agrado los conocimientos científicos y el método necesario para obtenerlos –el método experimental– es realmente mínima y rudimentaria; tanto, que resulta extraordinariamente difícil lograr que los muchachos se interesen por las matemáticas, la física, la mineralogía.

Lo sorprendente y grave es que no se resuelve nada con impedirles que vean la televisión (durante los días laborables), porque algunos la ven; y, entonces, éstos campan por sus respetos entre el resto, relatando las distintas escenas del “serial” a los muchachos que no la han visto y alimentando así su fantasía –con mayor daño aún para estos últimos, incluso–. Los niños, los muchachos y, en gran medida, los mismos adultos están sumergidos en un clima informativo, y hace falta un gran esfuerzo de voluntad para privarse de ver lo que ven todos los demás. De hecho, no es difícil comprobar que ese clima informativo afecta a todos: a analfabetos (funcionales) y a gentes poco cultivadas, lo mismo que a intelectuales, que lo dejan traslucir rápidamente al incluir en sus escritos (y, a veces, presumiendo de ello) frases publicitarias (y no digamos cómo lo reflejan en sus compras).

Con esto último, hemos llevado al final de la división de los ámbitos culturales por clases sociales. A saber: la cultura popular, propia de las masas trabajadoras, y la cultura literaria y científica, privativa de la clase media, que han permanecido durante siglos aisladas la una de la otra y bastante separadas y sin contacto, a pesar de que a finales del siglo XIX surgió una intensa preocupación por la cultura popular entre los intelectuales de la clase media.

La separación entre cultura popular (que, como es lógico, abarcaba todos los aspectos de la vida humana) y cultura literaria o letrada (que, en realidad, sólo afectaba a la cultura “espiritual” –arte, literatura, ciencia, etc. –, pero no a la cultura material, base de la sociedad, incluida en cambio en la cultura popular) persistió hasta que el desarrollo del capitalismo produjo, como consecuencia, las grandes conmociones migratorias, el aumento de los ingresos personales y la expansión de los medios de comunicación, en especial, de la televisión. La expansión de este último medio de comunicación por todo el país, junto con el desplazamiento de miembros de la familia a las grandes ciudades y zonas industriales y la mayor frecuencia de los viajes a ciudades con mayor población permitieron o facilitaron la difusión de formas de la vida urbana a las zonas rurales.⁶²

La influencia de los medios de comunicación sobre el ambiente rural se manifiesta también en el hecho de que, desde hace unos años, en las tiendas de las aldeas más apartadas (si cuentan con ellas) existen los mismos productos que en las grandes ciudades. Es realidad, es imposible encontrar productos locales, comarcales o regionales, ni siquiera en la clase de frutas o verduras. De modo que, en los veranos, se suelen encontrar en las aldeas frutos procedentes de la franja mediterránea, de Lérida o de otras zonas especializadas en la producción de frutas o de verduras.

Este tipo de hechos es la más firme prueba de la tremenda influencia de la televisión y de la expansión irresistible del comercio capitalista, que tienden a unificar los gustos y, por consiguiente, los comportamientos. Ante esa influencia tan abarcadora –o general– y avasalladora no hay tradiciones ni costumbres que se resistan; y, con esos condicionamientos tan arrolladores, tienden a disolverse las diferencias de clase, étnicas, religiosas y demás.

Ahora bien, si no cabe ningún tipo de resistencia ante la fuerza dominadora de la publicidad y de la industria de la cultura, por lo que se refiere a los adultos –incluyendo a los cultivados y a aquellos que se adhieren a confesiones religiosas con fuerte disciplina, partidos políticos, etc.–, ¿qué cabe esperar de su acción y condicionamiento sobre los niños, que carecen de predisposiciones previas y de compromisos ideológicos de cualquier tipo?

Es así como hay que concebir la educación en la sociedad industrial capitalista. Sobre todo, hay que tener una conciencia clara de que los niños ya no están ante el profesor dispuestos a recibir pasivamente el “maná” de su sabiduría. Los niños reciben masas ingentes de información, mucho más atractivas para ellos que la proporcionada por el profesor; y éste se ve obligado a competir con esos canales de información. De modo que, para imponer la suya, el profesor tiene que usar toda la experiencia posible y toda la teoría para atraer la atención del alumnado.

En esto radica el problema. Pero ¿cómo resolverlo? Tan sólo la experiencia puede proporcionar la respuesta.

⁶² Tiene interés observar cómo, conforme mejoraban los ingresos y se desarrollaban los transportes, se transformaban las áreas comerciales, desplazándose los centros de comercio cada vez más lejos a poblaciones mayores, dotadas de mejores servicios. De acuerdo con la mejora de la información de la gente y de la capacidad adquisitiva, las personas muestran mayor predilección a seleccionar mejor sus compras, por lo que exigen mayor surtido, mayor variedad y las últimas novedades de que tienen noticia por la televisión, que se encarga de “meter las cosas por los ojos” a todo el mundo.

Estado de crisis de la educación por la falta de un análisis riguroso de los factores que desorganizan la conducta de la infancia y la juventud

Antes –por los años cuarenta y cincuenta–, estaba en vigor el viejo precepto de “la letra con sangre entra”, aunque en forma atenuada y dependiendo de la clase social. Y, si no estaba vigente con toda su crudeza, en las escuelas estatales y en las escuelas para niños pobres se daba por sentado que la obligación del niño era atender y aprender: cualquiera que fuera el método empleado por el maestro, el niño tenía que esforzarse en absorber las palabras del “maestro” y asimilarlas o aprenderlas de memoria, aunque no las entendiera; la obligación del niño era aprender –de modo pasivo o activo– los conocimientos que el maestro le señalaba en el libro o le comunicaba de palabra.

Ahora se habla mucho de enseñanza activa y se critica la enseñanza del pasado, porque condenaba al niño a una actitud puramente pasiva, receptiva y no participativa, cuando la realidad era muy distinta: el niño tenía que prestar voluntariamente atención; tenía que aprender; tenía que esforzarse en aprender, porque, si no aprendía, era castigado, física y moralmente. Por el contrario, ¿qué sucede hoy, en realidad, con la enseñanza activa? Pues que el maestro se ve forzado a atraer la atención del niño, a interesarle por cosas de por sí poco atractivas; y que dispone de un amplio arsenal de recursos mecánicos y ópticos para fijar su atención, como diagramas, fotografías en colores, diapositivas, magnetófonos diversos y demás.

Por otra parte, en el pasado el niño vivía en una sociedad autoritaria y duramente represora, por lo que estaba siempre predispuesto a aceptar imposiciones, racionales o absurdas, porque eso no se discutía: el autoritarismo y la opresión eran el clima dominante. Hoy todo es distinto. El niño vive en una sociedad permisiva, tolerante y condescendiente. Los estímulos para ser libre o ejercer la libertad son muchos, pues se sobrentiende que la libertad tiene como fundamento la información, que libertad e información son correlativas. De modo que, en la actualidad, para el niño vivir es gozar de todas las satisfacciones peculiares del propio medio; es decir, tener libertad, ejercer de modo constante la propia iniciativa, o, más bien, ejercer una espontaneidad telesugerida; vivir libre de toda disciplina engorrosa, fastidiosa y opresora.

Desde hace dos decenios, en los países capitalistas más avanzados se exaltan una serie de valores nuevos y en contradicción con los más estimados en el pasado. Valores tales como la juventud, la “espontaneidad” –íntimamente relacionada con la iniciativa y, por consiguiente, con una manera determinada de entender la libertad–, la satisfacción y el goce inmediato de todo lo que ofrece el mercado, una aparente tolerancia para bastantes acciones hasta hace no mucho tiempo reprendidas con severidad e incluso la permisividad para actos que bordean el delito.

El más destacado de todos esos nuevos valores es el antiautoritarismo, que –según algunos teóricos– constituiría una reacción lógica contra las tiranías que asolaron el mundo entre 1934 y 1945, y también contra la tiranía paterna y otras tiranías menores. Aunque lo curioso es que esa reacción antiautoritaria se da en países que no sufrieron ningún fascismo: en países tradicionalmente democráticos, como Suecia, Dinamarca, Estados Unidos, etc., etc.

Esa forma de antiautoritarismo se manifestó –y aún se manifiesta– casi únicamente entre los jóvenes, hecho que exige reflexión. ¿Por qué reaccionan contra la autoridad los jóvenes de los países más tradicionalmente democráticos y donde los padres ejercían menos autoridad? ¿Por qué ese rechazo de la autoridad no se da en países agrícolas como Marruecos, Turquía, Irán, etc., en los que prevalece un autoritarismo político y familiar opresivo, donde los hijos –como se dijo al comienzo de este texto– son sometidos a un trabajo duro y a muchas privaciones?

No es difícil discernir las causas. Mientras en las sociedades basadas en la agricultura tradicional la disciplina de trabajo se mantiene por el hambre y por la fuerza física, en las democracias industriales se confía al mercado de trabajo: el paro es la penalización para los que no se sometan a la rigurosa disciplina del trabajo, que es mucho más intensa en las sociedades industriales que en las agrícolas atrasadas. Los jóvenes ven con angustia creciente que su destino insoslayable es el mercado de trabajo. Les llena de temor pensar que tendrán que someterse a las mismas penalidades que observan en sus padres, por unos ingresos que les permitan mantener la corriente consumidora, que en muchos aspectos no entienden ni consideran necesaria. Y, como no han asumido aún responsabilidades familiares ni se han insertado en “la espiral del prestigio social”, intentan rebelarse contra su destino en el mercado de trabajo y la disciplina férrea que este impone, rechazando el consumo como su determinante directo aunque no evidente.⁶³

En la sociedad industrial capitalista todo está conjurado para frustrar cualquier intento de conseguir una educación de los jóvenes disciplinada, coherente y racional. A este objetivo conspiran diversos factores: la información masiva y contradictoria que incide sobre el niño, compuesta por la omnipotente y omnipresente publicidad; la “cultura” industrializada y los recursos auxiliares “didácticos”; las constantes incitaciones a disfrutar aquí y ahora de los innumerables artículos que ofrece la industria capitalista; la exaltación de lo espontáneo en los muchachos y en los jóvenes con desprecio de normas de convivencia penosamente adquiridas, lo que significa un descenso al puro nivel de las sensaciones, a lo puramente empírico; la intensificación de las relaciones personales; y la insistente incitación a cambiar de todo –de objetos, de ambiente–, a viajar y ver cosas nuevas, caras distintas, a recorrer a toda prisa países y ciudades (de la mano de los *tour operators*).

Sobre todo, ese continuo impulsar a los individuos a disfrutar –a gozar de las cosas– sin preocupaciones ni deberes ni obligaciones de ningún tipo, que a los jóvenes, en especial, tiene que darles la impresión de que la sociedad industrial ofrece la felicidad sin contrapartida, sin esfuerzo. Como si este mundo fuese un paraíso: la sociedad opulenta y del bienestar –tan exaltada por los años 60–, en contradicción total con el largo y reciente pasado en que se nos recordaba con insistencia que este mundo era un valle de lágrimas, un mundo de peregrinaje y de prueba.

En las sociedades industriales capitalistas avanzadas ese clima ha calado tan profundamente en los jóvenes que ha creado en ellos la impresión de que la sociedad les debe todas las satisfacciones sin esfuerzo ni obligaciones, por su parte; y que, por lo

⁶³ En las sociedades industriales capitalistas, el consumo no aparece como directamente vinculado ni determinado por el trabajo, sino que se presenta como una opción atractiva y libre. Pues ya se sabe: cuando se anuncia un artículo sugestivo e incitante, jamás se dice “disponer de él le costará a Vd. tantas horas de esfuerzo”.

mismo, todo esfuerzo para formarse, educarse y prepararse para la inserción en la actividad productiva social es opresión, represión, etc.⁶⁴

Tal vez, se ha insistido con excesiva frecuencia en realzar a lo largo de este trabajo los factores con mayor impacto sobre los niños y los muchachos, al ser los que más problemas y dificultades presentan en el proceso educativo. Pero se ha hecho porque parecía necesario, sobre todo en una sociedad como la nuestra, que ha llegado de modo tardío y brusco al estadio industrial, y en la que las gentes no se han hecho plenamente conscientes de los efectos deformadores de tales factores. Más bien al contrario, puesto que se tiene la impresión de que se valoran como ventajosas influencias claramente negativas, como, por ejemplo, la llamada “cultura de la imagen”, que tan buena prensa ha tenido –y aún tiene– en nuestro país.

Pero hemos llegado a un punto en que la educación se está revelando como un grave problema social, que está dando ya resultados alarmantes, como el crecimiento de las manifestaciones de conductas desorganizadas y hasta delictivas (crecimiento grave de la delincuencia juvenil, amoralismo, indisciplina, falta de sensibilidad humana, insolidaridad, etc.) o el achatamiento del nivel intelectual de los muchachos, a la conclusión de los distintos grados académicos.

Las repercusiones de los cambios de conducta de los jóvenes han provocado alarma en la sociedad española, si bien más por sus aspectos inconformistas (como el pelo largo, las barbas, el uso de ropas masculinas por las muchachas y la convergencia de los sexos en el atuendo en general, la opción por las formas de vestir que rompen el ciclo de las modas, cierto exhibicionismo en el vestir y en las manifestaciones amorosas, etc.) que por sus manifestaciones delictivas o simplemente amorales.

Habida cuenta de los piropos y los halagos que los fascismos y la publicidad comercial dedicaron –y dedican– a la juventud, en los medios intelectuales se ha criticado con excesiva prudencia a los jóvenes. Es más: esa postura es aún la dominante, en especial entre los partidos políticos y las iglesias. Por lo demás, en los sectores más conservadores se culpa a los padres de los extravíos juveniles, por no ejercer su autoridad con rigor,⁶⁵ y se conecta esa falta de autoridad con la democratización de las instituciones y de los Estados: hay una crisis de autoridad.

Esa falta de un análisis riguroso de los factores que determinan y desorganizan la conducta de los jóvenes es la causa fundamental del estado de crisis en que se encuentra la educación actual y de la incertidumbre sobre la posible salida de la misma.

Concretamente, en nuestro país, los padres culpan de las frustraciones educativas a los centros de enseñanza, al profesorado y a la “calle”; y las autoridades

⁶⁴ La “espontaneidad” -entre comillas, con razón- y la liberación de todo condicionamiento han adquirido tal prestigio y eficacia, que los padres de una cooperativa de enseñanza alientan a sus hijos a no tener en cuenta las reglas gramaticales -y en especial, las ortográficas-, por su carácter “represivo” de la espontaneidad del niño. Cuando se llega a extremos como éste, no tendría que extrañar el que los jóvenes rechacen de forma abierta lo que constituye la clave de toda represión y anula toda espontaneidad: el trabajo y, en general, cuanto implica esfuerzo mantenido, disciplina y dedicación atenta.

⁶⁵ Siempre resulta más fácil y sencillo echar la culpa sobre los padres que no al funcionamiento de las instituciones de las sociedades modernas: cargar los vicios del medio social sobre el individuo es una vieja táctica.

educativas y los profesores, a los padres –a la familia– y a la “la sociedad” –así, en abstracto–. Pero ni unos ni otros se proponen indagar sus causas con seriedad.

Sin la colaboración de los padres es del todo imposible la educación. Pero resulta curioso que, después de elevar a rango de premisa fundamental el derecho de los padres a *elegir* el tipo de educación para sus hijos, su elección acabe ahí: en la elección del colegio. Es más: los mismos que defienden con pasión ese derecho son los más reacios a permitir la participación de los padres en *sus* colegios, alegando que éstos son propiedad privada.

En realidad, tanto en los colegios privados como en los estatales, existe un clima de rechazo radical a la intervención de los padres. Habiendo demostrado que no pueden ir más allá de proporcionar unos conocimientos superficiales, los profesores no podrán, en modo alguno, educar sin la colaboración de los padres. Toda vez que carecen de autoridad sobre los niños para modelar su personalidad, tampoco tienen posibilidad de influir sobre ellos: los chicos no respetan a los profesores por su sabiduría, porque el constante zarandeo de “modelos” se lo impide; ni por sus virtudes; y ni aun siquiera por el afecto que pudieran despertar en ellos.

De hecho, el profesorado ni siquiera pretende impartir una enseñanza eficaz, imposible por lo demás sin algún tipo de respeto. Sin la colaboración de los padres, los profesores pueden estar realizando un esfuerzo que es contrarrestado en las horas que el niño pasa fuera del colegio. La educación de los niños impone, por lo pronto, la necesidad de coordinar las relaciones e influencias que inciden sobre el niño, tanto en el colegio como en el hogar, sin dar lugar a que advierta excesivas divergencias. Es muy importante que el niño no note contradicciones entre el hogar y la escuela, porque –aparte de que nada es más perjudicial para su educación que el desorden– en tal caso podría justificar sus fracasos con esa diversidad.

No cabe duda de que la participación de los padres en la escuela les forzará a tomar conciencia de los problemas de la educación y a contribuir con su autoridad a mejorar –a racionalizar– la formación de los niños. Esa autoridad de los padres –por pequeña que sea, y que dependerá del afecto que hayan conseguido despertar en sus hijos– constituirá un apoyo valioso para el profesorado y para la eficacia de la enseñanza, en general.

En ese sentido, los padres aportan lo particular y concreto, los sentimientos, y los profesores, lo general y abstracto, lo intelectual: los dos principios básicos de la educación humana. La cuestión radica en hallar los términos teóricos y morales de esa colaboración entre los padres y los profesores.